Julio Meinvielle

EL JUDIO

en el misterio de la historia



EL JUDIO EN EL MISTERIO DE LA HISTORIA

JULIO MEINVIELLE

EL JUDÍO

EN EL MISTERIO DE LA HISTORIA

SEXTA EDICIÓN

CRUZ Y FIERRO EDITORES
BUENOS AIRES

Primera edición, *El judío,* Editorial Antídoto, 1936.
Segunda edición, *El judío,* Editorial Gladium, 1940.
Tercera edición, *El judío en el misterio de la historia,* Ediciones Theoria, 1959.
Cuarta edición, *El judío en el misterio de la historia,* Ediciones Theoria, 1963.
Quinta edición, *El judío en el misterio de la historia,* Cruz y Fierro Editores 1976.
Sexta edición, *El judío en el misterio de la historia,* Cruz y Fierro Editores, 1982.

Traducido al francés:
Les juifs dans le mystère de l'histoire, Documents-Paternité, Nos. 107-108, 1965.

Hecho el depósito que marca la ley.

Septiembre de 1982

Impreso en la Argentina

Con las debidas licencias

INDICE

Capítulo III:

Capítulo IV:

EL JUDIO EN EL MISTERIO DE LA HISTORIA

Prólogo a la sexta edición

I

He aquí un libro profundamente serio. Y si la afirmación resulta obvia dada la eximia capacidad del autor, no lo es en cambio por la naturaleza del tema tratado.

Tanto se ha dicho y escrito sobre la persecución a los judíos; tanto se han sensibilizado los pensamientos con el fantasma del totalitarismo; tanto se ha condicionado a la opinión pública con la acechanza —supuestamente constante— del antisemitismo; y tanto se ha fantaseado en torno del presunto resurgimiento del Tercer Reich, que es imposible encarar críticamente el problema judaico sin ser acusados con repetidos apriorismos.

El de "nazi" es el primero e insoslayable, y al parecer sólo preocupa el nazismo en lo que tiene de antihebraico. Jamás se recuerda a la hora de las admoniciones, su odio a Cristo y al Catolicismo [1]; como jamás invocan —los que tanto gustan de ostentar repudio al Nacionalsocialismo—, su manifiesto rechazo por la Cruz y por la Iglesia, rechazo cuya paradojal similitud con ciertas prescripciones rabínicas, no ha dejado de llamar la atención de algunos observadores. Pero además, quien objete, cuestione o enjuicie al judaísmo, será un "panfletario" y si es posible, un demente. Nadie osará nunca concederle los rangos de la cordura y del saber científico.

Así las cosas —e incluimos expresamente a la Argentina y a esta obra en la situación descripta— valga nuestra observación inicial: *He aquí, efectivamente, un libro serio.* Escrito con el rigor metodológico de las ciencias, con la lucidez del servicio a la Verdad y

[1] Justamente ha sido el Padre Meinvielle —tantas veces acusado de nazi con arbitrariedad y malicia— uno de los pocos que enjuició *debidamente* al Nacionalsocialismo. Véanse, entre otras, sus obras: *Entre la Iglesia y el Reich. Ed. Adsum, Bs. As., 1937* y *Hacia la Cristiandad. Ed. Adsum, Bs. As., 1940.*

con la necesaria caridad por aquello de San Agustín: "matar al error, amar al que yerra". Cada tesis tiene una acabada fundamentación y un sólido respaldo. No encontrará el lector ni sesgo de heterodoxia, ni vanos apasionamientos, ni planteos antojadizos o fantásticos. No se encontrarán tampoco, actitudes rencorosas o agresivas, de las que obnubilan el entendimiento y tuercen la conducta.

Meinvielle sabía muy bien lo que decía. Su sabiduría teológica era el fruto de un esfuerzo y de un don de la inteligencia. Con ella tornaba inteligible todo el curso de los tiempos. Su rigurosa información política y social lo proveía de los elementos necesarios para mostrar la realidad con todas sus desgarradoras miserias, pero también, con sus recónditas esperanzas.

Pudo correr entonces, implacablemente, el velo de las nuevas y viejas "fábulas doctas" (2. Ped. 1, 16); y como los mejores apologistas, escribió con Fe, que aún perseguida y acechada, la historia culminará con el triunfo de la Fe; pero precisamente en el misterio de la Historia —de la historia teológicamente entendida, que es la única manera de entenderla— halló la razón y la clave del judío.

II

El libro consta de cuatro partes fundamentales. En la primera *"El judío según la teología católica"*, *Meinvielle* comienza por centrar el análisis en su punto exacto; esto es, *en* y *desde* el ámbito teológico. Se equivocan los que ven en el judaísmo una cuestión política, económica, racial o cultural. Siéndolo sin duda, no se reduce a ello, ni deben confundirse los accidentes con la esencia. *El judaísmo es, ante todo, una cuestión teológica.* Sólo la teología puede develarnos el drama y el enigma del linaje más grande y más miserable de la tierra. El que fue elegido y el que prevaricó; el de la fidelidad de Abraham y la traición de Judas; el de Ismael e Isaac, el de Esaú y Jacob; el linaje que engendró a María y el que mató al Redentor

Desde entonces, desde el crimen inefable del Calvario, no quedan más que dos caminos opuestos: el *cristiano* y el *judío*. Pero también, desde entonces, los judíos son *"enemigos teológicos"*, con una enemistad *"universal, inevitable y terrible"* de la que los cristianos han de precaverse y defenderse. Es más, están obligados a ello "hasta que la misericordia de Dios disponga el tiempo de la reconciliación". Reconciliación que únicamente tendrá lugar —conviene recordarlo en esta época de eclecticismos inauditos— cuando los judíos *reconozcan, acaten* y *amen* fervorosamente a Nuestro Señor Jesucristo.

Coadyuvar a este *reconocimiento*, a este *acatamiento* penitencial y a este *amor* arrepentido, debe ser seguramente la razón principal por

la que la Iglesia viene fomentando los vínculos con los judíos. Mas si este propósito no significa para los cristianos una misión inabdicable, tales vínculos, no sólo les serán inconducentes, sino riesgosos para la integridad espiritual, como en algunos casos viene sucediendo.

En la segunda parte: *"El judío y los pueblos cristianos"*, se formulan cuatro acusaciones tremendamente graves y ciertas: "1. cómo los judíos, llevados por un odio satánico, buscan la destrucción del Cristianismo; 2. cómo conspiran contra los estados cristianos que les dan albergue; 3. cómo se apropian de los bienes de los cristianos; y 4. cómo los exterminan, arrebatándoles las vidas, cuando pueden".

Inútil aclarar a quien no se disponga a una lectura receptiva y serena, que estas formulaciones no son inventos, ni están motivadas por el odio; ni constituyen una incitación al antisemitismo, al que el autor condena expresa y categóricamente con la autoridad de la Iglesia.

Meinvielle no hace más que citar, por un lado, al *Talmud* y a representativos autores judíos, aclarando los ardides de que han intentado valerse para evitar su genuina lectura y difusión; tal el caso del *Sínodo Israelita* reunido en *Polonia en 1631* o la conspiración contra la obra del *Padre Pranaitis*, finalmente asesinado.[2] Pero, por otro lado, el *Padre Meinvielle*, funda sus acusaciones en la misma palabra del Evangelio y de la Iglesia; en aquellos documentos inequívocos en los que el Magisterio *señaló la perfidia y la peligrosidad judía, la necesidad imperiosa de procurar su conversión*, al par que preservarse de sus influencias negativas.

La tercera parte: *"El judío y los pueblos descristianizados"*, podría servir de respuesta a un interrogante básico, formulado a veces con sospechosa candidez: ¿qué han hecho los judíos?; ¿cuáles son en el tiempo sus obras y sus frutos? La verdadera respuesta nos lleva al misterio de la iniquidad. Porque indagando el acontecer humano, detrás de la iniquidad, asoma siempre el judío.

No nos estamos refiriendo a casos personales; no es este o aquel israelita que pueda señalársenos —meritorio, abnegado o pecador como cualquier ser contingente— el destinatario de semejantes afirmaciones. Es el espíritu judaico, la cosmovisión y el programa judío que viene desarrollándose implacablemente.

Desde las primeras persecuciones a los cristianos —frecuéntense los *Hechos de los Apóstoles*, las *Actas de los Mártires*, las confesiones

2 Nos referimos obviamente a *Monseñor I. B. Pranaitis* y a su libro *"Christianus in Talmude Judaeorum, sive Rabbinicae doctrinae de christianis secreta"*, publicada originalmente en *1892*, por la *Academia de Ciencias de San Petersburgo.* El padre Meinvielle utilizó la edición fotocopiada y traducida al italiano de *Mario de Bagni (Ed. Tumminelli y Cía., Milán, Roma, 1939)* Pranaitis fue asesinado durante la Revolución Bolchevique.

de los apologistas– hasta los actuales embistes del *Sionismo,* es una constante comprobada que judaico es el sentido de la Revolución Mundial Anticristiana, como judaicos son sus planes, principios y protagonistas.

Judío fue el espíritu triunfante del Renacimiento y la Reforma, judía la inspiración que alienta a la Masonería; creaciones judías el Capitalismo y el Comunismo, y maquinación judía la crisis que asuela hoy a la Iglesia por las fuerzas combinadas del Progresismo y todas las corrientes desacralizantes.[3]

No vendrá ahora la sensiblería periodística a recordarnos tal o cuál invento o éste u otro benefactor de origen hebreo. No es a eso a lo que apuntaba nuestra pregunta, ni es tampoco –como vimos– la contestación *esencial* que objetivamente nos da la historia.

La verdad es que se ha absolutizado lo fáctico, pero los mismos que han optado por este rumbo le vuelven las espaldas a determinados hechos, cuando ellos no sintonizan con sus propios artificios ideológicos.

La cuarta parte: "*Los judíos en el misterio de la historia y de la escatología*", nos reúne nuevamente –en feliz culminación y síntesis– con los primeros principios teológicos. La historia no se entiende sin Dios, porque Él es el Señor, el Autor y el Eje de los siglos. El sentido del transcurrir no está dado –como quieren los historicismos– por la supuesta distancia entre un origen simiesco y un porvenir de progreso continuo, sino por "el tiempo que se necesita para que los pueblos abracen la fe cristiana". Sólo en la convergencia en Cristo encuentran los hombres y las naciones su significado histórico. Y esto vale de un modo particularísimo para los judíos.

Se convertirán sin duda al final del camino; pero ese camino lo recorrerán –lo vienen recorriendo– sembrando los gérmenes de la subversión y la ruina, corrompiéndolo todo. Irán errantes por los senderos del mundo –humillados y humillando– hasta que adoren a Aquél a quien no quisieron conceder ni un instante de reposo.

Es su castigo y su culpa. Y es el acicate para que los cristianos ejercitemos el bien y libremos el *buen combate.* Porque acertadamente dice el *Padre Meinvielle* que "*hay que sacudir con energía viril esta dominación mortífera afirmando y consolidando la vida cristiana en los pueblos y reprimiendo directamente las acechanzas judaicas con la táctica franca y resuelta de la espada*". Esto es, protegiendo y afianzando el Orden Natural con los recursos legítimos y responsables de la Justicia.

[3] Meinvielle se ocupó especialmente de este tema. Remitimos a su sólido trabajo *"De la Cábala al Progresismo". Editora Calchaquí, Salta, 1970.*

III

Entre nosotros la reedición de este libro no podía ser más oportuna. En el momento de escribir las presentes líneas, la Argentina ya ha sido vapuleada ante diversos foros internacionales por supuestas actividades antisemitas. En nombre de los derechos del hombre, se violan impunemente los deberes para con la Verdad, para con la soberanía de las naciones y hasta para con Dios.

No es la primera vez que esto ocurre, pero hoy la paradoja resulta intolerable. Y decimos paradoja porque en rigor, *es nuestro país el invadido, copado y elegido por el Poder Judío buscando sus propios beneficios y conveniencias estratégicas.* Para afirmar esto no necesitamos acudir a ningún esotérico plan patagónico ni a discutidos protocolos. *Son los mismos judíos quienes lo han sostenido con más o menos sutileza.*[4] Son los mismos judíos los que evidencian a diario —medios de comunicación, industrias, bancos, negocios, profesionales, oficios, empresas, logias, consorcios y un larguísimo etcétera— la imbricada red de ocupación que han tendido sobre la Nación. Tampoco necesitamos apoyarnos en la autoridad de pensadores "reaccionarios"; léanse ciertos escritos de *Sarmiento* y hasta de *La Nación* de *Mitre*[5] y se comprenderá la vigencia de sus severas prevenciones y reparos por la presencia judía en nuestra tierra.

[4] Los planes para la dominación judía de la República Argentina pueden seguirse desde la obra de *León Pinsker: Autoemancipación* (1892) hasta cualquier número suelto de *La Luz, Mundo Israelita* o *Nueva Sión,* sin olvidar *El Estado Judío* de *T. Herzl* (1895), los proyectos de *Hirsch* con la *Jewish Colonization Association* (1891), la *Historia y destino de los judíos de Joseph Kastein* (1945), las *Páginas Escogidas de Sigfredo Krebs* e *Isaac Arcavi* (1949), la *Historia del Sionismo de Wolf Nijelsohn* (1945), *Serás siempre David* de *Arieh León Kubovy* (1953), *Abraham León y el pueblo judío latinoamericano* de *Carlos Etkin* (1954) y un larguísimo etcétera, que abreviaremos aquí con la sola aclaración de que estas obras han sido editadas cuando no difundidas libremente en todo el país.

[5] Escribió *Sarmiento*: "Hay que perseguir a la raza semítica, que con Cahen, Rostchild, Baring y todos los sindicatos judíos de Londres y de París, nos dejan sin banca. Y los judíos Joachim y Jacob. que pretenden dejarnos sin patria, declarando a la nuestra, artículo de ropa vieja negociable y materia de industria. ¡Fuera la raza semítica! ¿O no tenemos tanto derecho para hacer salir del país a estos gitanos bohemios que han hecho del mundo su patria . . . ?" (siguen otros conceptos similares). Véase: *"Somos extranjeros"*, artículo de Sarmiento publicado en *El Censor* en *1886* y recopilado junto con otros bajo el título *"Condición del extranjero en América". Lib. La Facultad. Biblioteca Argentina. Director Ricardo Rojas. Bs. As., 1928, pp. 260-261.*

En cuanto a *La Nación* refiriéndose al proyecto de venta de 1.300 leguas cuadradas al barón *Mauricio de Hirsch,* después de calificar de "vergonzoso, desventajoso e irregular esa venta de tierras fiscales", aclara: "Todos los informes son desfavorables a la nueva población que ha de venir a incorporarse a nuestra vida. En todas partes donde los judíos se han reunido en número considerable

La Patria ha sabido librar una dura guerra contra el Marxismo. Las Fuerzas Armadas destruyeron sus formaciones en heroicos enfrentamientos, pero deben vencerse aún, tanto las fuentes nutricias de los males como sus tóxicos frutos. Y es aquí cuando se impone conocer al Judaísmo, pues dos errores deben ser cuidadosamente evitados en toda la apreciación que se haga del Marxismo.

Consiste el primero en explicarlo como un fenómeno social, político y económico; y el segundo, en creer que dicho fenómeno se halla en abierta oposición con el Capitalismo. Nada más ajeno a la verdad. Reducir el Marxismo a una expresión cultural, por real que esta afirmación resulte, es limitarse a señalar sus consecuencias pero negarse a buscar la causa. Y la causa del Marxismo no es otra que la apostasía orgullosa de la creatura frente al Creador, la impía claudicación del alma ante la materia, la deserción de la Eternidad, la huida errante de la Cruz buscando los treinta dineros. El Marxismo es la locura deicida que después de entonar el criminal "requiem aeternam Deo" culmina con el "homo homini Deus". Muerto Dios, el hombre es el único dios para el hombre.

Por eso el Marxismo —que también se entiende teológicamente o no se entiende— no podía sino ser una creación judaica. Porque el judío encarna como misión insoslayable la pérfida voluntad de subvertir. Es el crimen de Caín, la libertad de Barrabás y la traición de Judas; es el ciego "non serviam" de Luzbel.

Esas mentes de postguerra, tan amantes de las estadísticas, los sondeos y tan prontas a simplificarlo todo, nos adeudan una explicación. Porque desde *Marx* hasta *Timerman*, la larga, interminable lista de revolucionarios comunistas, está constituida substancialmente por judíos. No se pretenderá balbucear una razón casual en esta época de las razones mensurables.

Queda aceptar pues, y con valor de confesión, la tesis que tantos judíos defienden: "*El judaísmo es el padre del Marxismo y del Comunismo*".[6]

Con respecto al segundo error enunciado, su rectificación exige la misma perspectiva teológica. El Capitalismo, el Poder del Dinero, el sórdido afán de poseer el oro, no es sino el otro rasgo innegable de la naturaleza judaica.

Desde la noche desértica de la Fe, que los movió a adorar a un becerro de oro (Exodo 32, 4) hasta la conspiración del Sanedrín, la imagen más cabal del judío sigue siendo el Iscariote: por dinero, hasta se es capaz de crucificar al Amor.

---

han provocado cruzadas en su contra. Se afirma sobre hechos innegables que en general son sucios, indolentes, ineptos para las labores agrícolas" (Cit. por *Terrera, G. A.*: *La Sinarquía. Bs. As., 1976, pp. 53-54;* sin mención de editorial).

[6] La frase está tomada del órgano sionista *Le droit de vivre. París, 12-5-1933.*

Desde entonces, la subversión y el dinero han marchado en íntima unión. "Estiércol de Satán", llama Papini al dinero, y se entiende que las heces del diablo sólo pueden conformar a sus hijos, los judíos, según olvidada enseñanza de Cristo (Juan, 8, 44).

La historia verdadera derrumba silenciosamente todas las ficciones, y el mito del Comunismo en las antípodas de los poseedores y los poderosos, cede desplazado ante el hecho innegable de que *todas las revoluciones marxistas han sido y son financiadas por la plutocracia judía.* La Argentina no fue en esto una excepción, y el famoso *"caso Graiver"* sólo se explica dentro de este contexto universal y teológico. Es el milenario ayuntamiento judío –subversión y dinero– que una vez más se ha cumplido triunfante.

Y restaría por enmendar un tercer error, tal vez el más contagioso. La necia suposición de que la Democracia liberal es la antítesis del Comunismo, y de que éste se combate con más democracia. Nos hablan tan claro en esto los ejemplos concretos que pueden obviarse los conceptos teóricos.

Basta volver los ojos hacia Europa, donde el Comunismo se ha enseñoreado en ella precisamente cuando dejó de ser una Pasión –como notó Gómez Tello– para convertirse en un mercado sufragista. Basta volver los ojos hacia América o hacia nosotros mismos.

Entiéndase de una vez por todas que la democracia es la Celestina ramplona del Comunismo Internacional. Ella es la vía natural, inevitable, obligada que conduce al terror bolchevique; ella es el puente lógico que necesita el Marxismo para cruzar e instalarse. Así lo han afirmado con total naturalidad Marx y Engels, Lenin y Trotzky, Mao y Stalin, Castro y Allende y cuanta internacional, congreso o partido comunista se haya reunido hasta hoy. *"El primer paso de la Revolución Obrera es la conquista de la Democracia"*, dice el "Manifiesto". *"La República Democrática es el acceso más próximo a la Dictadura del proletariado"*, explica Lenin en "El Estado y la Revolución". Y así se ha cumplido con una precisión que muchos han olvidado.

¿O no fueron acaso los "grandes demócratas occidentales" los que entregaron en Yalta y Potsdam la mitad del mundo a la barbarie roja?, ¿o no fue la democracia la que permitió y contempló alegremente en Rusia, Polonia, Hungría, Eslovaquia, Vietnam o América el triunfo sangriento de la hoz y el martillo?, ¿o no fue el demócrata Lanusse quien convocó al Poder al Gran Responsable de la subversión, cuyos cuadros de criminales escupieron a nuestros soldados, mientras –por obra y gracia del "fallo inapelable del pueblo soberano"– se entregaba el bastón presidencial al "hombre alfombra" del verdadero vencedor? Creemos necesario recordar *ante la posibilidad de que se reiteren los mismos errores,* lo que hizo el

Marxismo en los años del gobierno más votado, más aplaudido, más democrático de cuantos se jactó conocer el país.

Nadie puede negar esta aserción terrible: la guerrilla marxista clavó sus garras en nuestra Patria bajo el patrocinio de la más pura democracia liberal. Y a la hora del "festín de los corruptos", la Democracia los convocó a todos y la Sinagoga no faltó a la tenebrosa cita.

Detrás de la iniquidad está el judío. Y estará también, cuando así lo disponga Dios, detrás de la Gloria y de la Gracia.

Pero en tanto, nos asiste el deber de combatir, de no dejarnos engañar, de conocer y saber, de velar y vigilar, de resistir con coraje y sabiduría.

A todo esto y mucho más, nos insta, nos ayuda y nos orienta este formidable libro del *Padre Julio Meinvielle* que ningún argentino debe dejar de leer; máxime si se considera con orgullo, católico militante al servicio de Cristo Rey.

ANTONIO CAPONNETTO

Buenos Aires, 25 de marzo de 1982,
Anunciación de Nuestra Señora.

PROLOGO
Primera Edición

No es posible disimular que el tema del presente libro es sumamente difícil y sumamente apasionante.

Difícil, porque el pueblo judío llena toda la historia de Dios y de los hombres. ¿Qué período de la historia se puede escribir sin mencionar a este pueblo? Sin mencionar a este pueblo glorificándolo o condenándolo, pero es forzoso hacer mención de él. Dos son los misterios de la historia, ha dicho un escritor judío (Ed. Fleg, JÉSUS RACONTÉ PAR LE JUIF ERRANT, p. 177): *¡Jesús es un misterio como Israel es un misterio! Y cuando ponéis juntos estos dos misterios, ¿queréis que os diga lo que pasa? ¡Hay un tercer misterio más misterioso, él solo, que los otros dos!*

Apasionante, porque ¿quién puede ocuparse del judío sin un sentimiento de admiración o de desprecio, o de ambos a la vez? Pueblo que un día nos trajo a Cristo, pueblo que le rechazó, pueblo que se infiltra en medio de otros pueblos, no para convivir con ellos, sino para devorar insensiblemente su substancia; pueblo siempre dominado, pero pueblo lleno siempre de un deseo insolente de dominación.

Más apasionante aún ahora, porque la dominación de este pueblo, aquí y en todas partes, va cada día siendo más efectiva. Porque los judíos dominan a nuestros gobiernos como los acreedores a sus deudores. Y esta dominación se hace sentir en la política internacional de los pueblos, en la política interna de los partidos, en la orientación económica de los países; esta dominación se hace sentir en los ministerios de Instrucción Pública, en los planes de enseñanza, en la formación de los maestros, en la mentalidad de los universitarios; el dominio judío se ejerce sobre la banca y sobre los consorcios financieros, y todo el complicado mecanismo del oro, de las divisas, de los pagos, se desenvuelve irremediablemente bajo este poderoso dominio; los judíos dominan las agencias de información mundial, los rotativos, las revistas, los folletos, de suerte que la masa de gente va forjando su mentalidad de acuerdo a moldes

judaicos; los judíos dominan en el amplio sector de las diversiones, y así ellos imponen las modas, controlan los lupanares, monopolizan el cine y las estaciones de radio, de modo que las costumbres de los cristianos se van modelando de acuerdo a sus imposiciones.

¿Dónde no domina el judío? Aquí, en nuestro país, ¿qué punto vital hay de nuestra zona donde el judío no se esté beneficiando con lo mejor de nuestra riqueza al mismo tiempo que está envenenando nuestro pueblo con lo más nefasto de las ideas y diversiones? Buenos Aires, esta gran Babilonia, nos ofrece un ejemplo típico. Cada día es mayor su progreso, cada día es mayor también en ella el poder judaico. Los judíos controlan aquí nuestro dinero, nuestro trigo, nuestro maíz, nuestro lino, nuestras carnes, nuestro pan, nuestra leche, nuestras incipientes industrias, todo cuanto puede reportar utilidad, y al mismo tiempo son ellos quienes siembran y fomentan las ideas disolventes contra nuestra Religión, contra nuestra Patria y contra nuestros Hogares; son ellos quienes fomentan el odio entre patrones y obreros cristianos, entre burgueses y proletarios; son ellos los más apasionados agentes del socialismo y comunismo; son ellos los más poderosos capitalistas de cuanto dáncing y cabaret infecta la ciudad. Diríase que todo el dinero que nos arrebatan los judíos de la fertilidad de nuestro suelo y del trabajo de nuestros brazos será luego invertido en envenenar nuestras inteligencias y corromper nuestros corazones.

Y lo que aquí observamos se observa en todo lugar y tiempo. Siempre el judío, llevado por el frenesí de la dominación mundial, arrebata las riquezas de los pueblos y siembra la desolación. Dos mil años lleva en esta tarea la tenacidad de su raza, y ahora está a punto de lograr una efectiva dominación universal.

¡Y pensar que este pueblo proscripto, que sin asimilarse vive mezclado en medio de todos los pueblos, a través de las vicisitudes más diversas, siempre y en todas partes intacto, incorruptible, inconfundible, conspirando contra todos, es el linaje más grande de la tierra!

El linaje más grande, porque este linaje tiene una historia indestructible de 6.000 años. El linaje más grande porque de él tomó carnes el Cristo, Hijo de Dios vivo.

Y bien, este pueblo que aquí y en todas partes, ahora y en los veinte siglos de civilización cristiana, llena todo a pesar de ser una infinitésima minoría, ¿qué origen tiene?, ¿cómo y por qué se perpetúa?, ¿qué suerte le cabe en la historia?, ¿qué actitud hay que tomar frente a él? He aquí lo que espero explicar en los capítulos siguientes.

Explicar, digo, porque estas páginas pretenden ser una explicación del judío, y en este caso, la única posible, una explicación teológica. La Teología es la ciencia de los misterios de Dios. Los misterios de Dios son los juicios inescrutables del Altísimo que nos son conocidos cuando Él se digna manifestárnoslos. Sin su manifestación jamás podríamos ni vislumbrarlos.

Ahora bien, el judío, como enseña la Teología católica, es objeto de una especialísima vocación de Dios. Sólo a la luz teológica puede explicarse el judío. Ni la psicología, ni las ciencias biológicas, ni aun las puras ciencias históricas pueden explicar este problema del judío, problema universal y eterno, que llena la historia por sus tres dimensiones; problema que por su misma condición requiere una explicación universal y eterna, que valga hoy, ayer y siempre. Explicación que, como Dios, debe ser eterna; es decir, teológica.

¿Será menester advertir que estas lecciones, que tocan al vivo un problema candente, no están de suyo destinadas a justificar la acción semita ni la antisemita? Ambos términos tienden a empequeñecer un problema más hondo y universal. En el problema judaico no es Sem contra Jafet quien lucha, sino Lucifer contra Jehová, el viejo Adán contra el nuevo Adán, la Serpiente contra la Virgen, Caín contra Abel, Ismael contra Isaac, Esaú contra Jacob, el Dragón contra Cristo. La Teología Católica, al mismo tiempo que derramará la luz sobre "el misterio ambulante" que es todo judío, indicará las condiciones de convivencia entre judíos y cristianos, dos pueblos hermanos que han de vivir separados hasta que la misericordia de Dios disponga su reconciliación.

Buenos Aires, 1936.

JULIO MEINVIELLE.

PROLOGO

Tercera Edición

La primera edición de este ensayo tiene ya más de veinte años. Pero su posición no ha cambiado en lo más mínimo. Ni podrá cambiar. Al examinar la razón del problema judío —que es un problema tan fundamental como la historia misma— hemos tratado sobre todo de determinar su raíz. Y ella no está en la economía, ni en la política, ni en la sociología, ni en la antropología, sino únicamente en la teología. El pueblo judío es un pueblo sagrado, elegido por Dios de entre todos los pueblos para cumplir la misión salvífica de la humanidad, cual es la de traernos en su carne al Redentor. Y éste pueblo se ha hecho, en parte, infiel a su vocación, y por ello cumple en la humanidad la misión sagrada y diabólica de corromper y dominar a todos los pueblos.

Este libro quiere ser una meditación —una simple meditación— sobre este punto preciso, para destacarlo en toda su fuerza y hacerlo penetrar en la mente distraída del hombre moderno.

El estudio de este punto nos ha conducido a introducir en esta tercera edición un cuarto capítulo, que se intitula "El judío en el misterio de la historia", y en el cual se considera el papel excepcional que le toca desempeñar al judío en la historia y en la escatología. Esta consideración es también de tipo teológico, basada sobre la exégesis de los capítulos noveno, décimo y undécimo de la Carta de San Pablo a los romanos.

Al añadir este nuevo capítulo tuvimos mucho cuidado de no quitar nada de lo anterior. Sin embargo, el punto de vista general con que aparecía enfocado el problema a través de todo el libro era como transportado a otro nivel, que lo hacía menos polémico. Por lo mismo, preferimos cambiar el título con que aparecieron la primera y segunda ediciones, y denominar a esta tercera con el título del nuevo capítulo. Y así, en efecto, nuestro libro "El judío" se llamará, de ahora en adelante, "El judío en el misterio de la historia".

Como han persistido hasta aquí las disensiones entre judíos y cristianos sobre la perversidad del Talmud, verdadero y único libro sagrado del judío, hemos utilizado para esta edición el libro famoso del I. B. Pranaitis "Cristo e i cristiani nel Talmud", donde su autor reproduce fotográficamente el texto hebreo de los lugares en que el Talmud se refiere a Cristo y los cristianos. A título de muestra, y para que el lector tenga una idea exacta del valor del libro de Pranaitis, reproducimos en esta edición copia fotográfica de algunas páginas de dicho libro.

Las variantes que hemos introducido en diversos pasajes de la presente edición no afectan en lo más mínimo el contenido, sino que tratan de reforzarlo.

Buenos Aires, en la fiesta de los
Santos Apóstoles Pedro y Pablo de 1959.

JULIO MEINVIELLE.

PREFACIO
Edición Documents-Paternité

El 8 de noviembre de 1963 se distribuyó entre los Padres del Concilio Vaticano II un bosquejo de documento sobre "la actitud de los católicos respecto a los no cristianos, especialmente los judíos". En tal proyecto de esquema se rinde homenaje a los judíos, no en cuanto raza o nación, sino en cuanto Pueblo Elegido del Antiguo Testamento. También se subraya que la parte que tuvieron los dirigentes judíos del tiempo de Cristo en la Crucifixión no exime de culpa a toda la humanidad, y que no es justo calificar a dicho pueblo de "deicida", ni considerarlo "maldito" por Dios.

El documento señala así las entrañas de misericordia que la Iglesia ha tenido para los judíos. En rigor, no hay en esto novedad alguna: la Iglesia ha mostrado siempre entrañas de misericordia, y los Soberanos Pontífices han evidenciado permanentemente tal bondad en actos y palabras.

Pero el problema no se plantea desde el punto de vista de la Iglesia, sino de los judíos, quienes al rechazar a Cristo y su Mensaje se han constituido en enemigos de los pueblos al impedir su evangelización. Ese es, precisamente, el reproche que formulaba San Pablo a los judíos de su época cuando escribía (1, *Tes.*, 2, 15-16): "...los judíos, que mataron a Jesús y a los Profetas, y que a nosotros nos persiguen, disgustan a Dios y están contra todos los hombres, pues impiden que se predique a los gentiles y se les lleve la salvación".

Los judíos se han erigido en enemigos del nombre de Cristo y de los cristianos que manifiestan este Nombre. Es un hecho, y la historia lo demuestra. Pese a todo, los cristianos tienen la obligación de amar a los judíos y de procurar su salvación. Allí radica el sentido del documento del Concilio Vaticano II en favor de los judíos.

Considerando la actitud de la Iglesia para con los judíos y de la de los judíos para con la Iglesia, este libro quiere descubrir la esencia de una y otra actitud.

Buenos Aires, 7 de marzo de 1964,
fiesta de Santo Tomás de Aquino.

JULIO MEINVIELLE

PREFACIO
A la presente Edición

Al cumplirse el próximo 2 de agosto el tercer aniversario de la desaparición de nuestro maestro, el Padre Julio MEINVIELLE, presentamos esta quinta edición de su obra clave, que resume espléndidamente la lucha de toda su vida consagrada al Reinado de Cristo y de Su Iglesia.

Otro gran luchador y erudito teólogo, como el Padre Leonardo Castellani pudo así con razón escribir, al dedicarle un ejemplar de "Los Papeles de Benjamín Benavides":

"Al Dr. Julio MEINVIELLE, Pbro.
que escribió sobre
el *problema judío*
un libro
el mejor que yo conozco".
(Bs. As., 18-12-67).

En esta edición, totalmente revisada a fin de conservar fielmente el texto original, hemos corregido numerosas erratas que se habían deslizado en anteriores ediciones y controlado nuevamente todas las citas de la Escritura.

En homenaje al tomismo del Padre Julio —al que consideraba una verdadera "gracia"— hemos agregado como Apéndice II la traducción completa y por primera vez en la Argentina del DE REGIMINE JUDAEORUM de Santo Tomás, al cual el Padre hace explícitamente referencia en el texto (cfr. pp. 27 y 53).

Con esta nueva edición creemos así haber realizado una obra útil para los dos grandes amores que tuvo su autor: la Iglesia y la Patria.

Buenos Aires, 21 de junio de 1976,
festividad de San Luis Gonzaga.

CRUZ Y FIERRO EDITORES.

Judíos y gentiles, *no tenéis otro nombre en el que podáis lograr la Salud, más que en el nombre de Jesús.* (San Pedro en los Hechos de los Apóstoles, IV, 12).

Sólo en la fe y en el amor de Cristo se puede lograr vuestra reconciliación.

En la medida en que os apartáis de Cristo, aumentáis la carga de vuestras culpas y aumentáis también vuestra mutua enemistad.

Cristo es la Grandeza y Unión de judíos y gentiles porque Emmanuel nos fue dado como *Paz a los hombres de buena voluntad.*

Capítulo I

EL JUDIO SEGUN LA TEOLOGIA CATOLICA

El judío no es como los demás pueblos, que hoy nacen y mañana fenecen; que crean una civilización admirable restringida a un punto del tiempo y del espacio. Recordemos los grandes imperios de los egipcios, de los asirios, de los persas, de los griegos y romanos. Su gloria fue gloria de un día.

El pueblo judío, porción minúscula enclavada en la encrucijada del Oriente y del Occidente, está hecho de pequeñez para llevar el misterio de Dios a través de los siglos. Y para llevar este misterio grabado en su carne.

No debe crear una civilización porque esto es humano, y a él está reservado lo divino.

Es el pueblo teológico, que Dios crea para sí. Moisés nos refiere en el Génesis cómo el Señor Dios, 2.000 años A. C., llama al Patriarca Abrahán, que vivía en Ur de Caldea, en la Mesopotamia, y le dice:

1. *Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré.*

2. *Y hacerte he en gran gente, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito.*

3. *Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditos todos los linajes de la tierra.* (Cap. 12).

El pueblo judío, hijo de Abrahán, tiene entonces su origen en Dios, porque El lo selecciona del resto de la humanidad y porque a él le promete su bendición en forma tal que en él serán benditos todos los linajes de la tierra. Israel, entonces, es grande, y grande con grandeza teológica.

¿Pero esta grandeza de Israel estriba puramente en su descendencia carnal de Abrahán, en que este pueblo está formado en los lomos del Patriarca, o en cambio estriba en la fe que tiene Abrahán en la Promesa de Dios?

Esto es sumamente importante; porque si las bendiciones de Dios son para la descendencia carnal de Abrahán, para la pura descendencia carnal, entonces por el hecho de ser hijo de Abrahán, el pueblo judío será elegido y bendito entre todos los linajes de la tierra. Si en cambio las bendiciones están reservadas a la fe en la Divina Promesa, la pura descendencia carnal no vale; es necesaria la descendencia de Abrahán por la fe en la Promesa, o sea una descendencia espiritual fundada en la fe.

Ismael e Isaac

¿En qué estriba, entonces, la grandeza de Israel, según los divinos designios? Para mostrarlo Dios le da a Abrahán dos hijos. Uno, de su esclava Agar, que nace en forma corriente y natural, y recibe el nombre de Ismael. El otro que contra toda esperanza le pare su mujer Sara en la vejez, de acuerdo a la Promesa de Dios, y que es llamado Isaac.

Con Isaac y con su descendencia después de él confirma Dios el pacto celebrado con Abrahán. A Ismael le otorga el Señor también una bendición puramente material, prometiéndole hacerle caudillo de un gran pueblo. De este Ismael descienden los actuales árabes, que tan reciamente se han opuesto a la entrada de los judíos en Palestina. Como Ismael, el hijo de la esclava, se burlase y persiguiese a Isaac, Abrahán, a instancia de Sara, su mujer, y de acuerdo a la orden de Dios, tuvo que echarlo de su casa. (Ver *Génesis*, cap. 21, 9-21).

¿Qué significado tienen estos dos hijos de Abrahán, Ismael e Isaac? San Pablo, el gran Apóstol de los Misterios de Dios, nos explica que en Ismael e Isaac están prefigurados dos pueblos. (San Pablo ad. *Gál.* 4, 22-31).

Ismael, que nace primero de Abrahán, como fruto natural de su esclava Agar, figura la Sinagoga de los judíos, que se gloría de venir de la carne de Abrahán. Isaac, en cambio, que nace milagrosamente de acuerdo a la promesa divina, de Sara la estéril, representa y figura a la Iglesia, que ha surgido, como Isaac, por la fe en la Promesa de Cristo.

No es, por tanto, la descendencia carnal de Abrahán lo que salva, sino su unión espiritual por la fe en Cristo.

El pueblo judío, formado en Abrahán, no es precisamente por su unión carnal con Abrahán, sino asemejándosele en la fe, creyendo en Cristo, como puede lograr su salud.

Todos los que se unen con Cristo forman la descendencia bienaventurada de Abrahán y de los Patriarcas, y son el objeto de las Divinas Promesas. La Iglesia es Sara hecha fecunda por la virtud de

Dios. El espíritu vivifica, y la carne, en cambio, nada vale, decía más tarde Jesucristo. (S. *Juan*, 6, 64).

¿Podría suceder que este pueblo, o parte de este pueblo, unido por lazos carnales con Abrahán, creyese que esta pura unión genealógica es la que justifica y salva?

Sí podría suceder, y sucedió... Y para prefigurarlo, comenta el Apóstol San Pablo, dispuso Dios que *Abrahán tuviese dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Mas el de la esclava nació según la carne; al contrario, el de la libre nació en virtud de la Promesa.*[1] Todo lo cual fue dicho por alegoría para significar que el hecho de una pura unión carnal con Abrahán está representado en Ismael, el hijo de la esclava, y la imitación de Abrahán por la fe en Jesucristo figurada en Isaac, el hijo de la Promesa.

De aquí que haya que distinguir entre los verdaderos israelitas porque imitaron su fe en Dios creyendo en Jesucristo, y éstos están figurados en Isaac, y los israelitas que descienden de Abrahán por la carne sin imitar su fe, y éstos están figurados en Ismael.

Ismael perseguía a Isaac. Y San Pablo, comentando, añade: *Mas así como entonces el que había nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora.* (*Gál.* 4, 29).

Y aquí está expresada la necesidad teológica de que Ismael persiga a Isaac, la Sinagoga persiga a la Iglesia, los judíos que están unidos con Abrahán por sólo una unión carnal persigan a los cristianos, verdaderos israelitas, unidos por la fe en Cristo.

Esaú y Jacob

El mismo misterio nos lo revelan los dos hijos que el Señor concedió al Patriarca Isaac: Esaú y Jacob.

Nos refiere el Génesis en el capítulo 25:

21. *Hizo Isaac plegarias al Señor por su mujer porque era estéril, y el Señor le oyó, dando a Rebeca virtud de concebir.*

22. *Pero chocaban entre sí, en el seno materno, los gemelos que concibió; lo que le hizo decir: Si esto me había de acontecer, ¿qué provecho he sacado yo de concebir? Y fue a consultar al Señor.*

23. *El cual respondió diciendo: Dos naciones están en tu vientre y dos pueblos saldrán divididos en tu seno, y el uno sojuzgará al otro pueblo y el mayor ha de servir al menor.*

24. *Llegado ya el tiempo del parto, he aquí que se hallaron dos gemelos en su vientre.*

[1] *Gál.* 4, 22-23. (N. del E.)

25. *El que salió primero era rubio y todo velludo, a manera de un pellico, y fue llamado Esaú. Saliendo inmediatamente el otro, tenía asido con la mano el talón del pie del hermano, y por eso se le llamó Jacob.*

San Pablo, en su carta a los romanos, donde revela el misterio del pueblo judío, hace ver cómo Esaú, el mayor según la carne, es el pueblo judío, unido con Abrahán por puros lazos de sangre, y Jacob, el hermano menor, es la Iglesia (formada de judíos y gentiles), que porque está unida por la fe en Cristo, es preferida a Esaú. Y así se cumplen las palabras escritas: *He amado más a Jacob y he aborrecido a Esaú.*[1] Y así la Iglesia vence a la Sinagoga, aunque la Sinagoga, como Esaú, *mantiene vivo su odio y dice en su corazón: Yo mataré a mi hermano Jacob.* (Gén. 27, 41).

Grandeza del pueblo judío

He recordado estas figuras de los antiguos Patriarcas no como evocación literaria, sino porque en el origen mismo del pueblo judío, en Abrahán y en Isaac, está figurada la grandeza y miseria de este pueblo y su oposición con la Iglesia.

El pueblo judío es el linaje teológico, escogido, consagrado, santificado para significar y traernos en su carne a *Ese otro* que había de venir, al Esperado de las naciones.

He aquí lo tremendo de ese pueblo: su carne está santificada y estigmatizada para traernos a Aquél que es la Verdad y la Vida; que es la Salud de los hombres.

Pero, ¿por qué esta carne es santa? ¿Porque es del linaje de Abrahán, o porque ha de traernos a Cristo? En otros términos: ¿Es Cristo quien santifica al linaje judío, o es el linaje judío el que santifica al Cristo?

He aquí, entonces, que Cristo, como había predicho Isaías (cfr. *Rom.* 9, 33), ha sido puesto como piedra de tropiezo y de escándalo para este pueblo.

Porque si este pueblo, con la humildad de Abrahán, cree en el Cristo que santifica su linaje, está llamado a ser raíz y tronco de una frondosa Oliva que es la Iglesia de Jesucristo; si en cambio parte de este pueblo rechaza al Cristo fundado en la soberbia de su linaje, está llamado a ser la raíz y el tronco de una Vid silvestre que no produce sino frutos amargos de pecado.

Si lo primero, este pueblo será Isaac, Jacob, Abel; si lo segundo, este pueblo está llamado a desempeñar el papel de Ismael, Esaú, Caín.

1 *Rom.* 9, 6-13. (N. del E.)

Pero este linaje escogido siempre tendrá superioridad sobre los otros linajes de la tierra. Si acepta al Cristo será lo principal, lo mejor de la Iglesia. Será la raíz y el tronco de esa Oliva que produce frutos para la vida eterna, como enseña el Apóstol. Si rechaza al Cristo será también lo principal, es a saber, lo peor en el reino de la iniquidad.

El Apóstol San Pablo, que con orgullo se sentía israelita, subraya esta superioridad del judío en lo bueno y en lo malo cuando, escribiendo a los Romanos, dice (2, 9-10):

Así que tribulación y angustia aguardan al alma de todo hombre que obra mal, del judío primero y después del griego.

Mas la gloria y el honor y la paz serán de todo aquél que obra bien, del judío primero y después del griego.

Grande es, pues, la superioridad de los judíos, enseña el mismo Apóstol, (*Rom.* 3, 2) *porque a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios.*

El judío es, entonces, primero en el orden de la bondad, en el misterio de la gracia. Judío, entonces, el tronco del árbol que es la Iglesia. Judíos o Israelitas, los Patriarcas; Judíos los Profetas; Judío, Bautista el Precursor; Judío, San José; Judía, la Madre de Dios; Judío, Nuestro Adorable Salvador, en quien son benditas todas las naciones. Judíos los Apóstoles y Evangelistas; Judío, el Protomártir Esteban.

¡Qué pueblo, este pueblo teológico, hecho tronco del Arbol de la Iglesia!

Delante de esta Oliva, ¿qué valen los pueblos gentiles que no son más que pobre acebuche?

¿Qué el poderío de Roma y la ciencia de los griegos? Estulticia y necedad, los llama el Apóstol, porque absolutamente de nada sirven para la salud.

Los gentiles, con los griegos a la cabeza, si quieren entrar en la vía de salud tienen que entrar de limosna, aprovechando que algunos judíos serán rechazados para que ellos puedan ser injertados, y así dice el Apóstol que la caída de parte del pueblo judío:

11. *Ha venido a ser una ocasión de salud para los gentiles.*

17. *Si algunas ramas han sido cortadas, y si tú, pueblo gentil, que no eres más que un acebuche, has sido injertado en lugar de ellas y hecho participante de la savia que sube de la raíz del olivo.*

18. *No tienes de qué gloriarte contra las ramas. Y si te glorías, sábete que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.* (*Rom.* 11).

Miserias del pueblo judío

Pero cuanto mayor sea la grandeza de Israel, que ha sido predestinado en el Cristo, tanto mayor ha de ser su fidelidad a Cristo. ¡Miserable este pueblo si llega a rechazar a Aquél que es su salud! Entonces seguirá siendo el primero, pero el primero en la iniquidad. Y todo cuanto más inicuo y perverso produzca el mundo saldrá también de este pueblo.

Judío fue Judas el traidor. Judíos, Anás y Caifás. Judío el pueblo que se gozaba con la sangre del Salvador y que exclamaba: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Judíos, los que apedrearon a San Esteban. Judíos, los que dieron muerte al Apóstol Santiago de Jerusalén. Judíos, todos los que acechaban contra la predicación de los Apóstoles. El crimen más grande de todos los tiempos, la muerte del Hombre Dios, ha sido perpetrado por este pueblo, que mereció por eso el nombre de "pérfido".

¿En qué está la raíz del pecado y de todos los errores judaicos?

En que "parte de este pueblo" creyó que las Promesas hechas a los judíos a causa de Cristo que debía nacer de ellos fueron hechas a su carne, a su genealogía.

En otras palabras: En lugar de advertir que si el pueblo judío era pueblo de predilección lo era por el Cristo, ellos, en su obcecamiento, creyeron que el Cristo recibió gloria de su descendencia genealógica.

Así no era de Cristo de quien venía la gloria, sino de la carne de Abrahán. Por esto los fariseos, encarnación genuina de este espíritu de iniquidad, decían con orgullo para no aceptar a Jesucristo: *Nosotros tenemos por Padre a Abrahán.*

Su pecado consistió, entonces, en carnalizar las divinas Promesas. De esta suerte, dieron valor de substancia a lo que no era más que figura. Esperaron la salud de lo que no era sino signo.

Y del Mesías, que era el esperado para traer al mundo la gracia y la verdad, hicieron ellos un dominador político, terrestre, que debía asegurar y perpetuar la grandeza de Israel sobre todas las naciones sujetadas como esclavas al imperio judaico.

Carnalización del pueblo judío

Es aleccionador indicar las etapas del proceso de carnalización obrado en el pueblo judío.

Siempre fue el israelita de condiciones naturales perversas, dominado por una gran soberbia y una gran avaricia.

Moisés advierte expresamente a los Israelitas (*Deut.* 9, 6):

Sabe, pues, que no por tus justicias te ha dado el Señor Dios tuyo esta excelente tierra en posesión, pues eres un pueblo de cerviz muy dura.

Y advierte más adelante (*Deut.* 9, 13-14):

13. *Y me dijo de nuevo el Señor: Veo que este pueblo es de dura cerviz.*

14. *Déjame que lo desmenuce y que borre su nombre de debajo del cielo y te ponga sobre una gente que sea mayor y más fuerte que ésta.*

Pero de modo particular este pueblo prevaricó y se carnalizó en la época de los Reyes, entregándose a mil deshonestidades e idolatrías, de suerte que en castigo fue primero desmembrado y llevado luego cautivo a Babilonia por el rey Nabucodonosor, seiscientos años A. C.

Setenta años duró este cautiverio, al cabo de los cuales, vueltos los judíos a Palestina, se reconstituyeron en nación sobre las bases nuevas y más firmes que les dio Esdrás, a quien los judíos consideran un legislador casi tan grande como Moisés. De esta reorganización que dio Esdrás al pueblo judío arranca en realidad el judaísmo tal como era en tiempo de Jesucristo y como se perpetúa hasta nosotros.

Para caracterizar a los judíos, hemos de decir que el judío es un pueblo atado a un Libro, el Libro por excelencia, la Ley, la Thora. En realidad forman la Thora los 5 libros del Pentateuco que escribió Moisés. Pero los judíos sólo aceptan la Thora con las interpretaciones que los Rabinos han ido trasmitiendo de boca en boca como *palabra de Dios superior a la del mismo Moisés*, interpretaciones que han quedado consignadas y en cierto modo petrificadas en un voluminoso libro, llamado el Talmud, que es el código civil y religioso de los judíos.

El Judaísmo

Los judíos son, entonces, un pueblo forjado por la mentalidad de los Rabinos, en especial de los Rabinos fariseos.

El Fariseo nos muestra al vivo el carnalismo judaico. Carnal, digo, no precisamente porque los judíos tengan una propensión especial a los pecados de la impureza, sino en la acepción que Jesucristo daba a esta palabra cuando anatematizaba la tendencia de atribuir una interpretación literal, inferior y terrestre a lo que en la mente de Dios tiene un sentido espiritual superior y celeste.

Los Fariseos, en lugar de seguir las huellas de los Profetas que, como Isaías y Ezequiel, habían predicado la adoración de Dios en espíritu, la compunción del corazón, la reforma de las costumbres, la caridad para con todos los hombres, se afanaron por inculcar en el pueblo la observancia literal de ritos mezquinos y un sentimiento de orgullo por el hecho de la descendencia carnal del Patriarca Abrahán.

Nosotros somos hijos de nuestro Padre Abrahán, exclamaban con orgullo, como si la carne justificase. (*San Juan*, 8, 31 y sig.).

Los Fariseos, casuístas miserables, habían redactado numerosas prescripciones sobre la purificación, la ablución, la loción e inmersión de las manos, de los cuerpos, de las copas, de los manteles, a fin de asegurar la pureza del pueblo. Obligaban al baño a todo fiel que había tocado a un no-judío en el paseo, en el mercado, y consideraban grave pecado la violación de estas reglas rituales.

El que comiere pan sin lavarse las manos —dice el *Talmud*—, *obra tan mal como el que se echa con la meretriz.*

Nada demuestra mejor el carnalismo judaico que aquellos terribles *¡ay!* que en los últimos días de su vida mortal pronuncia Cristo, denunciando la hipocresía de religión, la hipocresía de pureza y la hipocresía de piedad del pueblo farisaico. (*Mt.* 23).

Denuncia la hipocresía de religión cuando dice:

13. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar a otros.*

15. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que rodeáis la mar y la tierra para hacer un prosélito, y después de haberle hecho le hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros.*

16. *...¡ay de vosotros guías ciegos!...*

23. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que pagáis diezmos de la yerba buena y del eneldo y del comino y habéis dejado las cosas que son más importantes de la Ley, la justicia y la misericordia y la fe...*

24. *Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello.*

Denuncia la hipocresía de pureza cuando les increpa, diciendo:

25. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de inmundicia y de rapiña.*

27. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos a los hombres y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad.*

Denuncia por fin la simulación de culto y piedad para con los antepasados cuando les dice:

29. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificáis los sepulcros de los Profetas y adornáis los monumentos de los justos.*

30. *Y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas.*

32. *Llenad vosotros la medida de vuestros padres.*

33. *Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis del juicio de la gehenna?*

34. *Por esto he aquí que yo envío a vosotros profetas, y sabios y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad.*

35. *Para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, al cual matasteis entre el templo y el altar.*

Nadie en el curso de la historia ha pronunciado anatemas más terribles que el Hijo de Dios contra este pérfido carnalismo judaico que iba a colmar toda medida con la muerte del Justo por excelencia.

El gran pecado de los judíos

El 14 de Nisán del año 33, el pueblo judío, agrupado en Jerusalén delante del Pretorio del gobernador Pilatos, azuzado por sus sacerdotes, pide a voz en grito la muerte del Prometido.

Crucifícale, dicen, *crucifícale.*

¿Qué mal ha hecho?

Nosotros —responden los judíos— *tenemos una Ley, y según esta Ley debe morir.* (*Juan,* 19, 7). Y antes habían dicho los Rabinos en un concilio secreto contra Jesús: *¿Qué hacemos...? Si lo dejamos así, creerán todos en él; y vendrán los Romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación.* Y Caifás añadía: *Conviene que muera un hombre por el pueblo y no que toda la nación perezca.* (*Juan,* 11, 48-50).

Los Judíos, entonces, en nombre de su Ley, de su Thora, y para servir a los intereses carnales de su Nación, de su Raza, piden la Sangre de Aquél que les fue prometido como Bendición.

Ellos concitan a los gentiles contra Jesús; ellos, con los gentiles como ejecutores de sus planes, crucifican a Aquél que será levantado en alto como Signo de contradicción. (*Lc.,* 2, 34).

Y Cristo, Piedra de Tropiezo, levantado en alto, por encima del tiempo y del espacio, con los brazos extendidos, dividirá en dos a este pueblo; los unos en la persona de los Apóstoles, serán los grandes instrumentos de la Misericordia de Dios en la Fundación y Propagación de la Iglesia; los otros, en la persona de los escribas y fariseos, serán instrumentos de la Justicia Divina en el Reino de Satanás, en su obra de perdición de la Iglesia y de las almas.

El judío, verdadero Caín

Dios no exterminará al judaísmo carnalizado. Cuando los judíos deicidas se vuelvan al Señor y, como verdadero Caín, le digan:

13. *Mi iniquidad es muy grande para merecer el perdón.*

14. *He aquí que me echas hoy de la haz de la tierra, y me esconderé de tu presencia, y seré vagabundo y fugitivo en la tierra; por lo que todo el que me hallare me matará.* (*Gén.*, 4).

El Señor les dirá, como a Caín:

15. *No será así; antes bien, todo el que matare a Caín, siete veces será castigado, y puso el Señor a Caín una señal para que no le matase todo el que lo hallase.*

Y desde entonces este pueblo marcado con el Sello de Dios debe andar errante por el mundo, ¿haciendo qué?

Llevando en su carne el testimonio de Cristo en el misterio de la iniquidad.

Porque la carne judía, quiérase o no, proclama a Cristo el Bendito de todos los siglos. Lo proclama la carne porque Cristo es de esa genealogía. Lo proclama la carne judía porque esa Ley del judío, rabínicamente interpretada, ha crucificado a Cristo, Término y Cumplimiento de la Ley. Y Cristo no puede ser recordado sin que recordemos al judío, y el judío no puede ser recordado sin que recordemos a Cristo.

Lo proclama la carne judía en el misterio de iniquidad porque el judío, sellado en la iniquidad después que perpetró su crimen, queda para el resto de la historia como el agente de iniquidad.

El judío, que fue misterio de bondad, queda convertido en misterio de iniquidad.

Ya no es Isaac, sino Ismael. No Jacob, sino Esaú. No Abel, sino Caín.

Otros le han arrebatado los derechos de primogenitura. A otros les fueron acordadas las Bendiciones de la Promesa. Y esos otros somos todos aquéllos —judíos y gentiles, judíos primero y después gentiles— que formamos la Iglesia de Jesucristo.

La Iglesia de Jesucristo es el verdadero Isaac, el verdadero Jacob y el verdadero Abel. Cristo ha sido el santificador de judíos y gentiles para formar una creación nueva, la Iglesia de Jesucristo, *que adora al Padre en Espíritu y en Verdad.* (*Juan*, 4, 23).

Frente a la Iglesia, que es Isaac, Jacob, Abel, ¿qué hará la Sinagoga?, ¿qué hará el judío?

Hará el papel de Ismael, de Esaú y de Caín.

¿Qué hacía Ismael con Isaac? Se burlaba de él y le perseguía. (*Gén.* 21, 9). ¿Qué hacía Esaú con Jacob? Nos dice el *Génesis*, 27: 41. *Esaú, pues, aborreció siempre a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido; y decía en su corazón: Vendrán los días de luto de mi padre y mataré a mi hermano Jacob.*

He aquí el papel que le toca entonces desempeñar a la Sinagoga, al judío que queda judío y no quiere reconocer a Cristo. Se dedicará a perseguir a la Iglesia, como observa el Apóstol.

Y tendrá que hacerlo porque ésa es su misión, su papel teológico.

El judío será, entonces, el agente de la iniquidad. Así como en el reino de la bondad le cupo y le cabe (porque la historia es un presente a los ojos de Dios) la primacía, así también en el reino de la maldad le ha de caber el primer lugar. Y todo lo malo que se perpetre en los veinte siglos de historia cristiana debe ser primera y principalmente judaico. Los otros pueblos, los gentiles, si quieren obrar la iniquidad tendrán que venir a la zaga de los judíos. Los gentiles, si quieren carnalizar, tendrán que judaizar; así con gran exactitud teológica los Santos Padres llaman judaizantes a los gentiles que diseminan la herejía.

Conclusiones teológicas

Yo no sé si habré logrado exponer con fuerza la oposición teológica, es decir, dispuesta por Dios, que ha de existir a través de la historia cristiana entre la Sinagoga y la Iglesia, entre cristianos y judíos, entre Isaac e Ismael, entre Jacob y Esaú.

En los dos capítulos siguientes estudiaré históricamente estas relaciones entre judíos y cristianos. Lo indispensable aquí es dejar consignadas las conclusiones teológicas a cuya luz debe interpretarse la historia.

PRIMERA CONCLUSION

El pueblo judío, cuyo destino fue traernos a Cristo, tropezó en Cristo. Parte del pueblo creyó en Cristo y se edificó sobre Él para

formar la raíz y el tronco de la Oliva que es la Iglesia. Otra parte del pueblo cayó y renegó de Él invocando el orgullo carnal de la raza y de la nación judaica. Esta parte de Israel fue rechazada y lleva sobre sí la sangre de Cristo como maldición. Esta parte forma el Judaísmo propiamente dicho, que es herencia y continuación de los Rabinos que rechazaron a Cristo.

Después de Cristo no hay, para los descendientes de Abrahán, sino dos caminos: o ser cristianos adhiriéndose a Cristo, o ser judíos. El que a sabiendas no se convierte sinceramente al cristianismo, es judío con todas las perversidades satánicas de la raza estigmatizada.

SEGUNDA CONCLUSION

El Judaísmo es un enemigo declarado y activo de todos los pueblos en general, y de modo especial de los pueblos cristianos. Desempeña el papel de Ismael, que perseguía a Isaac; de Esaú, que buscaba matar a Jacob; de Caín, que dio muerte a Abel. San Pablo, en su I Carta a los Tesalonicenses, dice que *los judíos son enemigos de todos los pueblos* (2, 15). Observemos que esto es tremendo e importantísimo. Son enemigos teológicos. Es decir, no es una enemistad local, o de sangre, o de intereses. Es una enemistad dispuesta por Dios. Los judíos, si son judíos, es decir, si no se han convertido sinceramente al cristianismo, aunque no quieran buscarán con mentiras hacer daño, perder y corromper a los cristianos, apoderarse de sus bienes y sujetarlos como a viles esclavos. Desempeñan en ello una función teológica como la desempeña el diablo, de quien son hijos, en expresión de Jesucristo, quien decía de los fariseos: *Vosotros sois hijos del diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de suyo habla, porque es mentiroso y padre de la mentira.* (*Juan*, 8, 44).

TERCERA CONCLUSION

Si los judíos son enemigos teológicos, esta enemistad debe ser universal, inevitable y terrible.

Universal, porque debe extenderse a todos los pueblos, ya previniendo al Cristianismo, ya acompañándole, y así vemos que donde va el cristianismo van los judíos. No hay modo de evitarlo, porque es teológico. El Cristianismo y el Judaísmo han de encontrarse en todas partes sin reconciliarse y sin confundirse. Representan en la historia la eterna lucha de Lucifer contra Dios, de las tinieblas contra la Luz, de la carne contra el Espíritu. Representan en el tiempo el cumplimiento espiritual y el cumplimiento carnal de la Escritura. La Letra tiene que estar en todas partes para ser sirvienta

del Espíritu, y por esto Santo Tomás de Aquino enseña que el judío es sirviente de la Iglesia.

Enemistad terrible, porque es teológica. En el judío hay un misterio de iniquidad, como enseñan San Jerónimo y San Justino haciéndose eco de Jesucristo y de la predicación Apostólica. No os fiéis del judío porque ejerce la enemistad simulando que os beneficia. Jesucristo los anatematiza llamándoles infinidad de veces hipócritas y mentirosos. El judío hace daño sin mostrar la mano. Los judíos obran detrás de los bastidores, insinúa el gran judío Disraeli. Y en ello no hacen sino perpetuar lo que un día hicieron con el Cristo: ellos tramaron contra Él la conjuración secreta, pero sus planes los ejecutaron los gentiles. Así la acción judaica sobre el mundo se realiza en la sombra de los concilios secretos, y los personajes que parecen regir los pueblos no son más que títeres manejados por estos hijos de la iniquidad.

CUARTA CONCLUSION

Después que Cristo fue levantado en alto sobre el monte Calvario, el mundo ha quedado entregado a dos fuerzas verdaderamente opuestas: la judía y la cristiana.

En el mundo actual, en todas las manifestaciones de la vida no puede haber más que dos modos verdaderamente fundamentales, dos polos de atracción: el cristiano y el judío. Sólo dos religiones: la cristiana y la judía. Sólo dos internacionalismos: el cristiano y el judío. Todo lo que no sea de Cristo y para Cristo se hace en favor del judaísmo. De aquí que la descristianización del mundo corra paralelamente con su judaización.

¿Por qué no puede haber más que estos dos modos? Porque éstos son los únicos queridos por Dios. Son los únicos teológicos. Dios ha repartido el mundo entre Isaac e Ismael, entre Jacob y Esaú, entre Caín y Abel, entre el Cristo y el Anticristo.

Todas las fuerzas humanan tienen que plegarse en uno u otro frente.

De aquí que a los pueblos gentiles, a nosotros, a quienes se nos ha propuesto la vocación a la fe cristiana, no nos queda más que dos caminos: o cristianizarnos o judaizarnos. O formar en la Oliva de la Iglesia o en la Vid estéril del Judaísmo; o ser hijos de Sara la libre, o de Agar la esclava.

Los pueblos gentiles, si quieren ser libres y grandes, no tienen otra solución que adherirse humildemente a la Iglesia; no tienen *otra grandeza en la libertad* que la grandeza incomparable de las naciones cristianas de la Edad Media, que forjó los santos y los héroes,

que levantó las catedrales, que educó al pueblo en la contemplación de los santos, que le dio el sentido de la belleza en el canto gregoriano y en los frescos del Angélico y del Giotto, que sublimó su inteligencia con la Suma Teológica del doctor Angélico.

Si los pueblos gentiles, repudiando esta grandeza como obscurantista y sombría, quieren ser grandes con la grandeza carnal de Babilonia, podrán serlo, sí, pero como sirvientes del judaísmo. Porque los judíos tienen la superioridad en el dominio de lo carnal.

Y he aquí que la historia nos dice (Werner Sombart hace la comprobación) que la decantada grandeza del capitalismo inglés y americano no es más que una creación judaica. Grandeza carnal incomparable, pero que es el trabajo de millones de cristianos en beneficio de un puñado de judíos.

QUINTA CONCLUSION

La única defensa y protección de los pueblos gentiles para no caer en la esclavitud judaica es la vida cristiana. Porque Cristo, únicamente, es la Salud del hombre. De aquí que la Edad Media no ha sufrido la dominación de los judíos. Los judíos han asechado, pero sin lograr jamás la dominación.

HOMENAJE DE GRATITUD DE LOS JUDÍOS A LA IGLESIA

La Iglesia, reconociendo la perversidad teológica que hay en ellos, sabía sujetarlos con leyes sabias y con vigilancia alerta para que no inficionasen a los cristianos. Sin embargo, la Iglesia jamás ha odiado al judío. Al contrario, ha orado y ha hecho orar por ellos; los ha defendido de las vejaciones y persecuciones injustas, de tal suerte que cuando el Sanhedrín judío se reunió públicamente, por vez primera después de siglos, en Francia en 1807, convocado por Napoleón, rindió homenaje público a la benevolencia de los Pontífices en documentos que se conservan. (*Collection des Actes de l'Assemblée des Israëlites de France et du royaume d'Italie*, par Diogène Tama).

Los Diputados Israelitas del Imperio de Francia y del Reino de Italia en el Sínodo hebraico decretado el 30 de mayo último, penetrados de gratitud por los beneficios sucesivos que el clero cristiano ha hecho en los siglos pasados a los Israelitas de diversos Estados de Europa;

Llenos de reconocimiento por la acogida que diversos Pontífices han hecho en diferentes tiempos a los Israelitas de diversos países, cuando la barbarie, los prejuicios y la ignorancia reunidos perseguían y expulsaban a los judíos del seno de las sociedades; declaran:

Que la expresión de estos sentimientos será consignada en el proceso verbal de este día para que quede para siempre como un testimonio auténtico de la gratitud de los Israelitas de esta Asamblea por los beneficios que las generaciones que les han precedido han recibido de los eclesiásticos de los diversos países de Europa.

SEXTA CONCLUSION

Los cristianos, que no pueden odiar a los judíos, que no pueden perseguirlos ni impedirles vivir, ni perturbarlos en el cumplimiento de sus leyes y costumbres, han de precaverse, no obstante, contra la peligrosidad judaica.

Precaverse como quien se precave de los leprosos. Tampoco se puede odiar ni perseguir ni perturbar a los leprosos, pero hay que tomar precauciones contra ellos para que no inficionen el organismo social. Dura cosa es, no hay duda; pero es irremediable. Así los cristianos no han de trabar relaciones comerciales, ni sociales, ni políticas con esa casta perversa que hipócritamente ha de buscar nuestra ruina. Los judíos deben vivir separados de los cristianos porque así se lo ordenan a ellos sus Leyes, como veremos más adelante, y además porque son "infecciosos" para los demás pueblos.

Si los demás pueblos rechazan estas precauciones, tienen que atenerse a las consecuencias, o sea a ser lacayos y parias de esta raza, a la que le corresponde la superioridad en el reino de lo carnal.

SEPTIMA CONCLUSION

En la vida errante y despreciable del judío, que se prolonga, al menos, durante dieciocho siglos, hay que descubrir el misterio cristiano. Así lo demuestra magníficamente el abbé Joseph Léhmann, judío convertido, en su libro *L'Entrée des Israëlites dans la société française.* (pág. 3).[1]

El judío había llenado de oprobio al Justo. Le había puesto un manto de burla sobre sus espaldas, una corona de espinas sobre su cabeza, una caña en su mano, golpes, escupidas, insultos, injurias, vergüenzas de toda clase le había prodigado, y nada le perdonó de cuanto es oprobioso. Y al final le vendió por el precio vil de treinta monedas.

Estos oprobios se han encontrado después, como castigo y pena de talión, en la vida del pueblo judío. Ya lo había anunciado Moisés: *Seréis como burla y risa de todos los pueblos adonde os condu-*

1. Ver pág. 67. (N. del E.)

cirá el Señor. (*Deut.* 28, 37). Enunciaremos algunos oprobios del pueblo judío durante la diáspora:

a) Venta en remate como animales de los judíos después de la ruina de Jerusalén. Se había vendido al Justo por treinta denarios, y en la feria de Terebinto, en la llanura de Mambré, se llegó a dar treinta judíos por un denario.

b) Prohibición, durante siglos, de venir a llorar sobre las ruinas de Jerusalén.

c) Exclusión de los judíos de los rangos de la sociedad, en pago de que el judío había excluído a Cristo como leproso de todo trato de hombres.

d) La cachetada que en Tolosa, Béziers y otras partes estaba obligado a recibir un diputado de la comunidad judía, públicamente, el viernes santo.

e) La rueda o estrella amarilla que debía llevar en su pecho o en su sombrero para ser reconocido como judío.

f) Los barrios o juderías donde debían vivir amontonados.

g) La obligación en ciertas ciudades de pagar hasta el aire que respiraban, como en Augsburgo, donde pagaban un florín por hora, y en Bremen un ducado por día.

h) Prohibición de aparecer en público desde el Domingo de Ramos hasta el día de Pascua.

i) Los insultos al judío errante.

j) La desconfianza o creencia de una malicia perpetua del judío, aún en las causas entre ellos. En Puy, las diferencias que surgían entre dos judíos eran sometidas a monaguillos, a fin de que la extrema inocencia de los jueces pusiese en descubierto la extrema malicia de los litigantes.

k) En Alemania y en Suiza se colgaba al judío al lado de un perro, en burla, porque éste era símbolo de fidelidad.

l) Permiso dado a todo oficial público para usar epítetos infamantes contra los judíos.

m) Expulsión, todas las tardes, de ciertas ciudades, al toque de trompeta de los judíos.

n) Prohibición de bañarse en las playas donde se bañaran los cristianos.

o) Interdicción de pasearse en paseos públicos. En ciudades de Alemania se colocaba esta inscripción: *Prohibición a los judíos y a los perros de entrar aquí.*

p) El peaje, que era un derecho que se cobraba por la entrada de todo judío a la ciudad.

¿Hasta cuándo ha de prolongarse esta enemistad tremenda entre judíos y cristianos? Hasta que la misericordia de Dios disponga el tiempo de la reconciliación.

San Pablo nos enseña que día vendrá en que Israel reconozca a Aquél a quien ha negado (*Rom.* 11):

25. *Mas no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, que la ceguedad ha venido en parte a Israel hasta que haya entrado la plenitud de las gentes.*

26. *Y que así todo Israel se salve...*

Cuando llegue esa hora, que está en las manos de Dios, Esaú se reconciliará con Jacob, esto es: los judíos se convertirán en cristianos, y entonces se cumplirá la palabra del Profeta Ezequiel, dicha 500 años antes de Cristo:

21. *He aquí yo tomaré a los hijos de Israel de en medio de las naciones, a donde fueran; y los recogeré de todas partes, y los conduciré a su tierra.*

22. *Y los haré una nación sola en la tierra, en los montes de Israel, y será sólo un rey que los mande a todos; y nunca más serán dos pueblos, ni se dividirán en lo venidero en dos reinos.*

27. *...Y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.* (*Ez.*, 37).

Entonces todos "en el Cristo" serán una sola cosa, porque los judíos dejarán de ser "judíos" y los cristianos serán cristianos de verdad, y la paz se realizará como fruto de la justicia y de la caridad en Aquél, el Prometido de Abrahán, a Isaac y a Jacob, que es Jesucristo, la Bendición de todos los siglos.

Capítulo II

EL JUDIO Y LOS PUEBLOS CRISTIANOS

En el capítulo anterior hemos expuesto la grandeza y miseria de este pueblo judío, *único linaje sagrado* de la tierra. Y porque *linaje sagrado*, único que ha de perpetuarse a través de la historia como un *testimonio carnal* de Aquél en quien son benditos todos los linajes de la tierra. La carne judía, el linaje judío, es el misterio de Grandeza y de miseria. Porque ese linaje nos trajo al Redentor. Pero el Redentor, puesto como Piedra de Tropiezo al mundo, también fue *tropiezo* para este linaje que llevó su sangre. Por esto los de este linaje que creyeron en Cristo fueron hechos tronco y raíz de la Oliva frondosa que es la Iglesia. Los de ese linaje que rechazaron a Cristo fueron hechos tronco y raíz de la Vid que no produce más que uvas silvestres. (*Is.* 5, 4).

De los judíos viene la Salud. Pero la Salud aun para los judíos. La Salud no son los judíos ni es su Padre Abrahán. La Salud es Cristo. ¡Ay de este pueblo forjado y santificado para traer *la Salud*, para producir a Cristo, si cree que su carne es la Salud! Entonces en nombre de su "Carne" crucificará a Aquél que constituía su grandeza. Y entonces este pueblo, hecho Grande por Aquél que sale de su linaje, se trocará en Miserable por el rechazo voluntario que hará de Cristo.

Es importante compenetrarnos de este Misterio de Grandeza y de Perfidia del judío. El judío que no se adhiere a Cristo es un "ser de iniquidad", es un "ser de perfidia", y no puede estar haciendo otra cosa en el curso de la historia que perseguir a Cristo. Aunque no lo quiera, es su destino. Porque la razón de ser de esta raza es el Cristo. O con Él o contra Él. De aquí la perfidia del judío carnal. Y carnal es todo judío que no se adhiere a Cristo. Luego digamos sencillamente: *la perfidia del judío.*

Pero advirtamos nosotros, los gentiles que hemos abrazado la fe de Cristo, que esta perfidia judaica tiene un carácter sagrado, teológi-

co. Está en ella el sello de Dios. Luego, no hemos de combatir contra "esta perfidia judaica", contra "este pueblo deicida", como se puede combatir contra otras fuerzas humanas. Recordemos que este pueblo, nuevo Caín, lleva sobre sí una señal para que nadie se atreva a exterminarlo.

No es, por tanto, a base de persecuciones y de "pogroms" como se soluciona el problema judío, y por esto los Sumos Pontífices en todo tiempo han protestado contra todo odio contra los judíos, y en la tremenda persecución de Hitler, el Romano Pontífice y los Obispos alemanes han hecho oír su voz de protesta.

Pero aunque los cristianos debamos amar al judío de acuerdo al precepto de Cristo de amar a nuestros mismos enemigos, no se sigue que no hayamos de reconocer la peligrosidad que hay en ellos y que no hayamos de precavernos contra ella. También debemos amar a los leprosos, y esto no impide que se los aísle para evitar la contaminación; debemos amar a los delincuentes, y esto no obsta a que se los encarcele para que no dañen a la sociedad.

Es muy importante subrayar, en el ambiente moderno en que vivimos, que se ha dejado atontar por las ideas sentimentales del *Liberalismo*, que el judío, verdadero Ismael frente a Isaac, Esaú frente a Jacob, Caín frente a Abel, no puede estar regido por el derecho común de los cristianos. Debe estar regido por un derecho de excepción que tome las debidas y adecuadas precauciones contra la *peligrosidad teológica* de esta raza.

Ni exterminarlos de en medio de los pueblos cristianos como pretende el *antisemitismo*, ni darles derecho de igualdad, que en realidad es de superioridad, como pretende el *liberalismo* o *filosemitismo*.

El *antisemitismo* está condenado por la Iglesia en decreto del Santo Oficio del 25 de marzo de 1928, que dice: *La Iglesia Católica ha acostumbrado siempre a rezar por el pueblo judío, que fue el depositario de las Promesas divinas hasta Jesucristo, a pesar de la ceguera de este pueblo. Más aún, lo ha hecho a causa de esta ceguera. Regla de esta misma caridad, la Silla Apostólica ha protegido a este pueblo contra injustas vejaciones, y así como reprueba todos los odios y animosidades entre los pueblos, así condena el odio contra el pueblo escogido por Dios en otro tiempo, este odio que hoy se designa de ordinario con el vocablo de antisemitismo.*

También está condenado el *Liberalismo* en toda la legislación y práctica de la Iglesia.

El judío ha de vivir en medio de los cristianos como testigo ciego de la verdad cristiana y como acicate que nos obligue a permanecer fieles a Jesucristo. Ni se lo debe exterminar, ni se lo debe frecuentar.

No lo primero porque desempeña el papel teológico de Caín, que lleva el sello de Dios para que nadie lo extermine. No lo segundo porque es sumamente peligroso.

El judío podrá ser y es bueno dentro de su pueblo. Sus costumbres son generalmente intachables y laudables. Pero con respecto a otros pueblos, aunque viva dentro de ellos, es un enemigo hipócrita que está acechando en la sombra contra los que le brindan hospitalidad. Es un enemigo que acecha... Que acecha aun sin querer y sin saber, pero que acecha.

Así como un día enjuició a Cristo, le insultó y escupió y le entregó a los gentiles para que fuese clavado en la cruz, así desde entonces su única razón de ser y su única preocupación es destruir el cristianismo.

Los *Hechos* de los Apóstoles nos refieren cómo todas las persecuciones primeras levantadas contra los Apóstoles y contra la Iglesia fueron urdidas por los judíos. Ellos amenazaban a San Pedro para que no predique a Cristo (4, 1-23); apedrean a San Esteban (6 y 7), persiguen a los cristianos de Jerusalén (8, 1), toman consejo para matar a San Pablo (9, 23), concitan persecuciones contra Pablo en Iconio (14), en Listra (14), en Tesalónica (17), en Corinto (18), en Jerusalén (22). Tertuliano resume las denuncias de los Padres contra la peligrosidad judaica en esta frase: *Synagogae Judaeorum fontes persecutionum.* Las Sinagogas de los judíos son las fuentes de nuestras persecuciones.

Los judíos en todas estas persecuciones no hacen sino cumplir su destino. San Pablo, el terrible Fariseo convertido a Cristo sobre el camino de Damasco, que conocía por experiencia propia el odio satánico de los judíos contra Cristo, enuncia la ley de las persecuciones contra la Iglesia (*Gál.* 4):

28. *Nosotros, hermanos,* dice a los cristianos de Galacia, *somos hijos de la promesa, según Isaac.*

29. *Mas como entonces aquél que había nacido según la carne perseguía al que era según el espíritu, así también ahora.*

Y este "así también ahora" debe perpetuarse en toda la historia cristiana porque es una ley teológica más fuerte que todos los planes y recursos de los hombres.

El Talmud

Lo que importa saber es que el judío realiza esta su ley en virtud de su judaísmo, como quien cumple con una misión.

Porque esta ley contenida en el Talmud, que rige al judío, le manda, en efecto, despreciar y odiar a todos los pueblos, en especial a los

cristianos, *y no parar hasta dominarlos y sujetarlos como a esclavos*. Veamos qué nos enseña sobre el Talmud, Paulus L. B. Drach, el célebre rabino del siglo pasado convertido al cristianismo, en su famosa y rara obra *De l'harmonie entre l'Eglise et la Synagogue*, (Paul Melier Libraire-éditeurs, París, 1844). Dice Drach que el Talmud designa el gran cuerpo de doctrina de los judíos, en el que trabajan sucesivamente, en épocas diferentes, los más acreditados ministros de Israel. Es el código completo, civil y religioso, de la sinagoga. Su objeto es explicar la ley de Moisés conforme al espíritu de la tradición verbal, y encierra las discusiones de los diversos doctores. Si el lector juicioso del Talmud puede afligirse a veces de las extrañas aberraciones en que puede caer el espíritu humano, si más de una vez las torpezas del cinismo rabínico obligan a cubrirse el rostro, si el fiel ha de conmoverse por las atroces e insensatas calumnias que el odio impío de los fariseos difunde sobre todos los objetos de su veneración religiosa, en cambio el teólogo cristiano puede recoger allí datos y tradiciones preciosas para la explicación de más de un texto oscuro del Nuevo Testamento y para convencer a nuestros adversarios de la antigüedad del Dogma Católico. El Talmud contiene las tradiciones reales, que están confiadas a un cuerpo de setenta doctos, el sanhedrín, que era mirado como legítimo sucesor de Moisés. Allí se mezcla lo religioso con lo profano, sobre todo después que los judíos fueron llevados cautivos a Babilonia (586 a. c.). La autoridad de los rabinos desplaza entonces a Moisés y los profetas. Las prescripciones para el acrecentamiento temporal del pueblo judío adquieren más importancia que los preceptos del mejoramiento religioso. Con estas enseñanzas rabínicas, que agravan los peores instintos del pueblo judío, se ha llegado a crear una mentalidad antisocial y criminal que hace de este pueblo un inadaptado entre todos los pueblos que le dan hospedaje.

El Talmud adquirió singular virulencia después de la aparición del cristianismo. Allí se estamparon las más insolentes y sacrílegas infamias contra Cristo y los cristianos. Esto determinó que los libros del Talmud fueran entregados a las llamas por orden de los Romanos Pontífices o de los príncipes cristianos. Fue entonces cuando un Sínodo judío, reunido en Polonia en 1631, ordenó suprimir cuanto se refiere a Cristo o a los cristianos, en los siguientes términos: "Por tales razones, os ordenamos que de ahora en adelante, cuando publicareis una nueva edición de estos libros, dejéis en blanco los pasajes donde se habla de Jesús de Nazareth, haciendo un círculo como éste O; y todo rabino, como cualquier otro maestro, tenga el cuidado de enseñar tales pasajes a sus fieles sólo verbalmente. De este modo los hombres de ciencia cristianos no tendrán nada que repro-

CHRISTIANUS

IN TALMUDE IUDAEORUM

SIVE

RABBINICAE DOCTRINAE DE CHRISTIANIS

SECRETA

QUAE PATERE FECIT

I. B. PRANAITIS

S. THEOLOGIAE MAGISTER, LINGUAE HEBRAEAE IN ACADEMIA CAESAREA ROM. CATH. ECCLESIASTICA PETROPOLITANA PRAECEPTOR, PRESBYTER DIOECESEOS [illegible].



PETROPOLI

OFFICINA TYPOGRAPHICA ACADEMIAE CAESAREAE SCIENTIARUM.

1892.

Reproducción fotográfica de la portada de la obra de Mons. Pranaitis, que mencionamos en la página 48.

charnos al respecto, y podremos evitar que nos sobrevengan las más grandes calamidades y nos será posible vivir en paz".

La obra de Pranaitis

En 1892, de la tipografía de la Academia de Ciencias de San Petersburgo salía la mejor y más cuidadosa antología de máximas talmúdicas referentes a Cristo y los cristianos. Su autor era Mons. I. B. Pranaitis, titular de la cátedra de hebreo de la Universidad Imperial, y tenía por título: "Christianus in Talmude Judaeorum sive Rabbinicae doctrinae de christianis secreta". (El cristiano en el Talmud de los judíos, o los secretos de la enseñanza rabínica acerca de los cristianos). El libro llevaba el texto hebreo de las prescripciones rabínicas con su traducción en latín. Pero los ejemplares desaparecieron casi completamente. Sólo algunos pocos se salvaron. Con uno de éstos publicó una edición fotocopiada Mario de Bagni, con la correspondiente traducción italiana. De esta edición, aparecida en los Editores Tumminelli y Cía., Milán, Roma, 1939, hemos podido hacer uso para este nuestro libro.

Las enseñanzas del Talmud referentes a Cristo y a los cristianos

Antes de reproducir textualmente los pasajes más insultantes y criminales del Talmud referentes a Cristo y a los cristianos vamos a dar de ello una idea de conjunto. En una primera parte expondremos la doctrina del Talmud sobre Cristo y los cristianos, y en una segunda los preceptos del Talmud sobre los cristianos.

La primera parte encierra dos capítulos, uno sobre Cristo y otro sobre los cristianos.

Sobre Cristo. Se le llama con desprecio: "este hombre", "un quidam", "hijo del carpintero", el "colgado". Se enseña que es hijo espurio, de una mujer menstruada. Que tenía en sí el alma de Esaú, que era tonto, prestidigitador, seductor, idólatra, que fue crucificado, sepultado en el infierno, y que hasta ahora es un ídolo para sus secuaces. Como seductor e idólatra, no pudo enseñar otra cosa que el error y la herejía, y ésta irracional e imposible de cumplir.

Sobre los cristianos. Son llamados *Notsrim*, Nazarenos, y se les aplica todos los nombres con los cuales se designa a los no judíos. *Aboda zara*, es decir, cultivadores de la idolatría; *Acum*, adoradores de las estrellas y de los planetas; *Obdé Elilim*, siervos de los ídolos; *Minim*, herejes; *Edom*, idumeos; *Goim*, gentiles; *Nokhrim*, extranjeros, forasteros; *Ammé Aarez*, pueblos de la tierra, ignorantes; *Apicorosim*, epicúreos; *Cutim*, samaritanos.

Se dice de los cristianos lo más abominable que se pueda imaginar. Que son idólatras, hombres pésimos, peores que los turcos, homicidas, libertinos, animales impuros, indignos de llamarse hombres, bestias con forma humana, contaminantes a manera del estiércol, bueyes y asnos, puercos, perros, peores que los perros; que se propagan a modo de las bestias, que son de origen diabólico; que sus almas proceden del diablo y que han de volver al diablo en el infierno después de la muerte; que el cadáver de un cristiano muerto no se distingue de los restos de una bestia extinta.

Del culto de los cristianos se dice que es idolátrico, que sus sacerdotes son sacerdotes de Baal, que sus templos son casas de fatuidad e idolatría, y que todos los aparatos que hay en ellos, cálices, libros, sirven a la idolatría; que sus preces privadas y públicas son pecados que ofenden a Dios y que sus fiestas son días de calamidades.

La segunda parte de los preceptos del Talmud sobre los cristianos encierra tres capítulos: los cristianos deben ser evitados, deben ser destruidos, deben ser matados.

Los cristianos deben ser evitados. Según el Talmud, por lo mismo que el judío viene de un linaje escogido y recibe la circuncisión, *está dotado de tan alta dignidad que nadie, ni siquiera un ángel, lo puede igualar.* (Chullin 91b). Aún más, se le considera casi igual a Dios. *Quien golpee al israelita en la mejilla,* dice R. Cremina, *es como si da una bofetada a la Divina Majestad.* (Sanhedrín 58b). *El judío es siempre bueno, a pesar del número y cantidad de los pecados, que no alcanzan a contaminarle, al modo que el barro no contamina el núcleo de la nuez sino sólo su cáscara.* (Chagigah 15b). *Sólo el israelita es hombre; de él es todo el universo y a él deben servirle todas las cosas, principalmente los animales que tienen forma de hombre.*

Siendo esto así, se hace manifiesto que todo comercio con los cristianos mancha a los judíos. Y desdice grandemente a su dignidad. Deben, por tanto, mantenerse lejos de todas las costumbres y actos de los cristianos.

Los cristianos deben ser evitados porque son inmundos. El Abhodah Zarah (72b) cuenta *que una vez un hebreo trasvasó vino por medio de un sifón con dos cañas, una y otra sumergidas en los vasos. Vino un cristiano y tocó el sifón, y de repente quedó contaminado todo el vino.*

Deben ser evitados porque son idólatras y perniciosos. Y así no es lícito al judío usar nodriza cristiana, ni preceptor, ni médico, ni peluquero, ni obstetriz cristianos.

Los cristianos deben ser destruidos. A los discípulos de "aquel hombre", cuyo mismo nombre entre los judíos suena a "bórrese su nom-

bre y su memoria", no se les puede desear otra cosa sino que perezcan todos, romanos, tiranos, los que llevan en cautiverio a los hijos de Israel, de suerte que los judíos puedan librarse de ésta su cuarta cautividad. Está obligado, por tanto, todo israelita a combatir con todas sus fuerzas aquel impío reino de Idumea, propagado por el orbe. Pero como no siempre y en todas partes y a todos es posible este exterminio de cristianos, manda el Talmud combatirlos al menos indirectamente, haciéndoles daño de todas las maneras y así disminuyendo su poder y preparando su ruina. Donde sea posible, puede el judío matar a los cristianos y debe hacerlo sin ninguna misericordia. Vamos a detenernos en este último punto trayendo los textos de la obra de Pranaitis.

Abhodah Zarah 26b: *Los herejes y traidores y apóstatas deben ser tirados en un pozo de donde no puedan ser sacados.*

Si añadimos a éstos los tiranos que ahora reducen en cautiverio a Israel, tendremos los cuatro géneros de los que deben ser matados por los judíos; es, a saber: los traidores, los apóstatas, los tiranos y todos los herejes-cristianos, sin ninguna excepción, ni aunque fueran los mejores de los hombres.

I) Son considerados como los mayores enemigos de los judíos aquéllos que revelan los secretos del Talmud o causan daño pecuniario a los judíos aunque sea de poca importancia —Noseroth— traidores.

Choschen Hammischpat 388, 10. *Es lícito matar al delator aun en nuestro tiempo, en todo lugar en que sea encontrado. Puede ser matado antes de la delación. Tan pronto como haya dicho que él quiere traicionar a alguien en sus bienes de vida o de riqueza, aunque éstas sean pequeñas y no le produzca mucho daño, ya pronunció contra sí mismo suficiente causa de muerte. Avísenle y díganle:"No quieras delatar". Pero si imprudentemente dice: "No, manifestaré esto", debe ser muerto; y cuanto más pronto alguien le matare, tanto mayor mérito tendrá. Si faltare el tiempo de avisarle, el aviso no es necesario. Hay quienes dicen que el traidor debe ser matado sólo cuando sea imposible librarse de él privándole de algún miembro. Si fuera posible librarse de él, por ejemplo, quitándole la lengua o los ojos, entonces no es lícito matarle, porque no es peor que los otros perseguidores.*

Choschen Hammischpat 388, 15: *Si se hubiera probado que alguien ha traicionado por tres veces a Israel, o ha hecho que su dinero pasara a manos de cristianos, será necesario buscar un medio prudente y astuto de suprimirlo del haz de la tierra.*

Sanhedrín 59a: Dice R. Jochamam: *El cristiano que escruta la ley es reo de muerte.*

II) Deben ser matados los judíos que reciben el bautismo.

Abhodah zarah 26 b. Tosephoth:

כשר שבגוים הרוג Optimus inter Goim occidi meretur.

Multoties haec phrasis repetita occurrit in diversis libris Iudaeorum, licet non iisdem verbis. V. g.: R. Sal. Iarchi in Exodi cap. XIV, v. 7 editionis Amstelodamiensis [1]) dicit:

כשר שבמצרים הרוג Optimus inter Aegyptios [2]) occidi meretur.

Schulchan Arukh, post verba Iore dea 158, 1 non esse occidendum propria manu eos Akum, qui non sunt Iudaeis nocivi, (qui non gerunt bellum cum Israel) in commentario *Bier hetib* sic animadvertit ad vocem מלחמה *Milchamah* — bellum:

אבל בשעת מלחמה הורגין אותו בידים דאמרינן טוב שבעכו"ם הרוג Sed tempore belli occidant eum (Akum) manibus, secundum quod est dictum: Bonus inter Akum occidi meretur. Et s. p.

V. Iudaeus occidens Christianum non peccat, sed offerre dicitur Deo acceptabile sacrificium.

Sepher Or Israel 177 b. [3]):

הסיר חיות הקליפות ותמיתם ואז תעלה עליך השכינה כאילו הקטרת קטורת Dele vitam Kliphoth et occide ea; gratus enim eris Divinae Maiestati sicut ille, qui offert oblatum incensi.

---

pauperes portantes morbos». Lex. Buxt. in rad. סכב.

Quid significent ista omnia, quae praedicantur de Roma impia delenda, quosque designent post destructum Romanorum Imperium, praesertim nostris temporibus, quibus ne nomen quidem Imperii Romani remansit, iudicio relinquo cuiusque iudicare valentis.

1) In Venetiana edit. ut in Talmude: Optimus inter Goim etc. In Basileensi autem omnino non apparet.

2) Nomen מצרים malitiose legi potest נצרים *Nolerim*, propter similitudinem literae מ duabus aliis iuxta se positis נו. Non desunt fortasse exemplaria, in quibus non tecte Christiani nominantur. Edzard scribit: «Iarchi in Exod. XIV, 7 edit. Amstelodamien. audacius substituit: כשר שבנוצרים הרוג «Optimus de Christianis est occidendus».

3) Hunc et sqq. IV text. vid. ap. Rohl. «Die Polemik» etc.

Página de la obra de Mons. Pranaitis en la que se encuentran los textos del Talmud que prescriben la destrucción de los cristianos (ver págs. 50 y 52).

Iove Dea 158, 2 Hagah: *Los prevaricadores que se pasan a la parte de los cristianos y que se contaminan entre los cristianos, dando culto a las estrellas y a los planetas como ellos hacen, son semejantes a aquéllos que prevarican para irritar a Dios; por eso deben ser echados al pozo y no sacados.*

III) Deben ser matados los cristianos porque son tiranos, restos de los amalecitas, a los que manda destruir la ley antigua.

Zohar I, 219 b: *Cierto es que nuestra cautividad debe durar hasta que sean borrados de la tierra los príncipes cristianos que adoran a los ídolos.*

IV) Deben ser matados todos los cristianos, sin exceptuar los mejores de entre ellos.

Abhodah Zarah 26b. Tosephoth: *El mejor entre los goim merece ser muerto.*

V) El judío que mata a un cristiano no peca, sino que ofrece un sacrificio aceptable.

Sepher Or Israel 177 b: *Borra la vida del cristiano y mátale. Es agradable a la majestad divina como el que ofrece un don de incienso.*

Ibid. fol. 180. *El israelita está obligado a poner todo su empeño en quitar las espinas de la viña, esto es, en arrancar y en extirpar a los cristianos de la tierra; no se puede dar alegría mayor a Dios bendito que ésta que hacemos exterminando a los impíos y a los cristianos de este mundo.*

VI) Después de la destrucción del templo de Jerusalén no hay sacrificio más grande que el exterminio de los cristianos.

En el Zohar III, 227 b., dice el buen pastor: *No hay otro sacrificio fuera del que consiste en quitar del medio la parte inmunda.*

Mikdasch Melech en el Zohar f. 62, dice: *El cabrón que mandaban el día de la expiación a Azaziel nos enseña que también nosotros debemos suprimir del mundo a los cristianos.*

VII) A los que matan a los cristianos se les promete el supremo lugar en el paraíso.

Zohar I, 38 b y 39 a. *En el cuarto palacio del paraíso están todos los que lloraban a Sión y a Jerusalén y todos los que han destruído los restos de las naciones idólatras... Y como la púrpura es el vestido honorífico y distintivo de Dios, así serán honrados y distinguidos todos los que habrán matado a los otros pueblos idólatras.*

VIII) No se deben hacer las paces con los cristianos, sino que hay que exterminarlos.

Hilkhoth Akum 10, 1: *No hagan las paces con los idólatras; de suerte que les concedan permiso de adorar a los ídolos... sino que los aparten de su culto y los maten.*

IX) Todos los judíos están obligados a obrar concordemente para destruir a los traidores sus enemigos; si no con la acción directa, al menos con todos los medios.

Choschen Hammischpat, 388, 16: *Todos los habitantes de la ciudad están obligados a resarcir los gastos hechos para matar al traidor, aun aquéllos que pagan por otro concepto sus tributos.*

Pesachim 49 b: Dice R. Eliezer: *Es lícito estrangular al hombre idiota en la fiesta de la expiación, aun si caiga en día sábado.*

Le dijeron sus discípulos: Rabbi, di más bien inmolar. A lo que les respondió: De ningún modo; porque inmolando es necesario recitar ciertas preces, y estrangulando no son necesarias.

Cuatro acusaciones contra los judíos

Y ahora veamos cómo diecinueve siglos de historia cristiana van a comprobar cuatro capítulos de perversidades judías; es, a saber: 1. cómo los judíos, llevados por un odio satánico, buscan la destrucción del cristianismo; 2. cómo conspiran contra los Estados cristianos que les dan albergue; 3. cómo se apropian de los bienes de los cristianos; y 4. cómo los exterminan, arrebatándoles la vida, cuando pueden.

En este capítulo me limitaré preferentemente a la época histórica de la Edad Media, para terminar exponiendo las medidas represivas con que la Iglesia, representada en los Soberanos Pontífices, prevenía la peligrosidad de los judíos. Una advertencia preliminar. Al exponer las perversidades de esta raza grande (porque es la primera para el bien y para el mal) no me dejaré llevar por ningún sentimiento de desafecto hacia ella. En la lección anterior he expuesto la grandeza espiritual de este linaje, de quien tomó carne nuestro Adorable Redentor. Israel es tan grande, que no ha podido perpetrar el mal sino también terriblemente. Linaje consagrado, que si nos salva en el Cristo, cuando se aparta de Dios nos pierde en el Anticristo.

Los cristianos no podemos odiar a este pueblo; sólo podemos compadecerlo, temblando también nosotros, porque si este pueblo cayó, ¿que será de nosotros si la misericordia de Dios no nos sostiene?

Por esto ruego no se quiera ver animosidad en todo cuanto diga; sobre todo que nada podré decir de inicuo, de perverso y de pérfido más espantoso que lo que este pueblo perpetró ya, dando muerte al Hijo de Dios.

Además que autores judíos como Bernard Lazare, en su libro *L'Antisémitisme*, reconocen la peligrosidad de los judíos forjada por la mentalidad que en este pueblo imprimió la acción exclusivista

de los Rabinos. *Los rabinos,* dice (ed. 1934, pág. 57 Tomo I), *habían separado a Israel de la comunidad de los pueblos; le habían hecho un solitario salvaje, rebelde a toda ley, hostil a toda fraternidad, cerrado a toda idea bella, noble y generosa; le habían hecho una nación miserable y pequeña, agriada por el aislamiento, embrutecida por una educación estrecha, desmoralizada y corrompida por un injustificable orgullo.*[1]

Los judíos destruyen el Cristianismo

Comencemos por la primera acusación: *Los judíos, llevados por un odio satánico, buscan la destrucción del cristianismo.*

San Pablo, en la Primera Carta a los Tesalonicenses, recriminando la perfidia de los judíos que molestaban a los primeros convertidos de su nación, dice (*1 Tes.* 2, 15-16): *Los cuales dieron muerte al Señor Jesús y a los profetas, y a nosotros nos persiguen, y que no agradan a Dios y están contra todos los hombres; que impiden que se hable a los gentiles y se procure su salvación. Con esto colman la medida de sus pecados...*

Hemos visto cómo los judíos impedían de palabra y de obra esta predicación. En las épocas posteriores se perpetuará en igual forma esta acción pérfida.

San Justino, en su famoso *Diálogo con el judío Trifón,* dice repetidas veces que los judíos, después de haber matado al Justo, y antes de Él a los Profetas, ahora deshonran y alzan increpaciones contra los cristianos, y cuando pueden aun les quitan la vida (XVI, CXXXIII). San Basilio afirma que antes los judíos y los paganos han luchado entre sí, pero ahora tanto unos como otros luchan contra el cristianismo. Y así vemos a los judíos en Esmirna, en el año 155, reclamando suplicios para San Policarpo (*Martyrium Sancti Polycarpi*); en el año 250 los vemos insultar a los cristianos que se niegan a apostatar (*Passio S. Pionie*); en el año 304 se los encuentra entre los más violentos de los que quieren obligar a sacrificar a los ídolos a San Felipe y su diácono Hermes en Heraclea (*Passio S. Philippi Heracleensis*), y asimismo en las Actas de los martirios de San Poncio de Cimiez el año 261 y San Marciano de Cesarea; en Mauritania en el año 303 figuran los judíos excitando a los paganos contra los Santos Mártires. Ellos son, asimismo, los que levantan las calumnias contra los cristianos para suscitar persecuciones de parte de los paganos, como afirman San Justino, Tertuliano (ad *Marcionem* III, XXIII), Orígenes (*C. Cels.* VI, XXVII) y San Gregorio Nacianceno (*Oratorio* II *contra Jul.*).

[1] Hay edición argentina: *El antisemitismo.* Su historia y sus causas. Edics. La Bastilla, Bs. As., 1974, pág. 20. (N. del E.)

Los judíos colaboran gozosos con Juliano el Apóstata en las terribles persecuciones contra los cristianos (Sócrates, *Hist. Ecl.* III, XVII). En Persia, dicen las Actas de San Simeónbar-Sabac, Patriarca de Seleucio, la persecución de Sapor es fomentada por los judíos, *estos perpetuos enemigos de los cristianos que se encuentran siempre en los tiempos de tempestad, tenaces en su odio implacable y que no retroceden ante ninguna acusación calumniosa.* En Singara, el año 390, el niño judío Abdul Masich, que se había convertido al cristianismo, es degollado por su padre; el año 524, el rey Dhon Nowas, de los Hyniaritas, judío, desencadena, a instigación de los judíos, una persecución criminal contra los cristianos (H. Leclerc, *Les Martyrs*, París 1905, t. IV, p. CIII). En Antioquía, el año 603, los judíos se precipitan sobre los cristianos, matan un gran número y queman los cadáveres. En Palestina, el año 614, masacran a los cristianos por millares e incendian las iglesias y conventos. (Ver el artículo de F. Vernet, "Juifs et Chrétiens" en *Dictionnaire d'Apologétique*).

Desde el siglo XII en adelante disminuyen estas persecuciones, no porque se amengüe el odio, sino porque, dada la vigilancia de la Iglesia y del Estado, disminuyen las posibilidades de realizarlas.

Sin embargo, vemos a los judíos aliados con los herejes en la destrucción del cristianismo. Con sus intrigas deciden a León Isáurico en su campaña iconoclasta. Los judíos inspiran y se alían con Cátaros y Valdenses. Una ordenanza de Felipe el Hermoso, de 6 de junio de 1299, nos enseña que los judíos escondían a los herejes fugitivos (Donais, *L'Inquisition*, París, 1906), y en 1425 el duque de Baviera castigó a los judíos de su ducado, que habían proporcionado armas a los husitas contra los cristianos.

No es aventurado afirmar, con el judío Darmesteter, *Les Prophètes d'Israël*, que todos los revolucionarios del espíritu (herejes, por tanto) vienen a él, en la sombra o en plena luz, a recoger el arsenal criminal de razonamientos y blasfemias que llegará luego a la posteridad. (Ver Luis Dasté, *Les Sociétés Secrètes et les juifs*, París, 1912).[1]

Conspiran contra el Estado

Los judíos, si quieren la desaparición del cristianismo, también deben trabajar para el exterminio de los Estados cristianos, y así los vemos en todo período ocupados en la tarea de *conspirar contra el Estado* que los alberga. Jamás se los ha visto asimilarse con el país que los acoge; al contrario, forman en él un foco permanente de espionaje, dispuestos a entregarlo al primer enemigo que se presente.

[1] Ver pág. 62. (N. del E.)

La acusación del ministro Amán al rey Asuero contra los judíos cautivos en Babilonia tiene en todo tiempo y lugar una sorprendente actualidad:

Hay un pueblo –dice– *esparcido por toda la tierra, que se gobierna por leyes propias y que, oponiéndose a la costumbre de todas las gentes, menosprecia las órdenes de los reyes y altera con su discusión la concordia de todas las gentes...*

Nación contraria a todo el linaje de los hombres, que sigue leyes perversas y perturba la paz y concordia de las provincias... (*Est.* 13, 4-5).

En España, los judíos, de acuerdo con sus hermanos de Africa, traman el año 694 una conjuración para abrir la península a los árabes; en el 711 se alían con los árabes, que invaden y conquistan a España. El año 852 entregan Barcelona.

En Francia, por el año 507, acusan a San Cesareo, obispo de Arles, de querer entregar a los francos la ciudad ocupada por los visigodos, mientras un judío, en nombre de sus correligionarios, se ofrece a los sitiadores para introducirlos en la plaza. Hasta el siglo XII duró en Tolosa la práctica de la colafización: el viernes santo el representante de la comunidad judía debía recibir en presencia del conde una bofetada en castigo de la traición hecha por los judíos en favor de los musulmanes. Igual práctica existía en Béziers.

El año 845 la ciudad de Burdeos fue entregada a los normandos por los judíos, y a fines del siglo XIII se habrían entendido con los mongoles en contra de los cristianos de Hungría.

SE APODERAN DE LOS BIENES DE LOS CRISTIANOS

La tercera acusación grave contra los judíos es la de que en todo tiempo y lugar se apropian los bienes de los no-judíos, en especial de los cristianos. La usura es el gran instrumento para ejercer esta apropiación. El préstamo a interés es un robo, como enseñaron siempre las Sagradas Escrituras y la Iglesia. Por esto los judíos tenían severamente prohibido prestarse a interés entre ellos. (*Deut.* 23, 20). Dios les había permitido prestar a los extranjeros, porque, dice Santo Tomás, era muy grande en ellos la avaricia, y entonces había que consentirles que prestasen a los extranjeros para que no recibiesen usura de los judíos, sus hermanos, que adoraban a Dios. (II-II, 78, 1, ad 2m).

En realidad, la avaricia es el pecado capital de los judíos, así como en los gentiles el pecado por excelencia es la lujuria. El Profeta Isaías ha anatematizado con palabras de fuego la inclinación judaica a la avaricia, y un judío moderno, Bernard Lazare, en su conocido

libro *L'Antisémitisme*, reconoce que el amor al oro se ha exagerado al punto de llegar a ser para esta raza el único motor de sus acciones.[1]

Afirmaba más arriba que así como la avaricia es el pecado de los judíos, la lujuria es el pecado de los no-judíos. Un judío, por miserable que sea su situación económica, siempre va acumulando ahorros que forman un capital; en cambio el gentil, por holgada que sea su condición, siempre se halla en bancarrota porque gasta en vicios más de lo que gana. Es lógico que los no-judíos acudan a los judíos en busca de dinero, y así se cumplan las proféticas palabras de Dios en el Deuteronomio (15, 6; 28, 12) hechas al pueblo judío: Prestarás a muchas gentes, pero tú de nadie recibirás prestado.

En todos los tiempos los judíos han sido y son, para castigo de los cristianos pródigos, los grandes usureros.

Para circunscribirnos a una época de la historia, veamos lo que dice Jansen, el gran historiador de *Alemania y la Reforma,* cuando estudia la economía alemana en la época anterior a la Reforma: Los judíos no sólo acaparaban el comercio del cambio: la verdadera fuente de su fortuna era la usura o el préstamo a interés o sobre prendas, que les reportaban grandes ventajas. Llegaron a ser poco a poco los verdaderos banqueros de la época y los prestamistas de todas las clases sociales. Prestando al Emperador como al simple artesano y al agricultor, explotaron a grandes y pequeños sin el menor escrúpulo. Puede hacerse una idea aproximativa de las proporciones que alcanzó su tráfico examinando la tasa de los intereses autorizados por la ley en los siglos XIV y XV. En el año 1338 el Emperador Luis de Baviera concede a las burgueses de Francfort, *a fin de que protejan a los judíos de la ciudad y velen por su seguridad con mejor corazón,* un privilegio especial, gracias al cual podrán obtener empréstitos de los judíos al 32 ½ por ciento al año, mientras que con los extranjeros están autorizados a prestar hasta el 43 por ciento. El Consejo de Maguncia contrajo un empréstito de 1.000 florines y les permitió reclamar el 52 por ciento. En Ratisbona, Augsburgo, Viena y otras partes, el interés legal subía frecuentemente hasta el 86 por ciento.

Pero los intereses más vejatorios eran los que exigían los judíos por préstamos mínimos contraídos a corto plazo, préstamos a los que estaba obligado a recurrir el pequeño comerciante y el campesino. *Los judíos saquean y despellejan al pobre hombre,* dice el coplero Erasmo de Erbach (1487). *La cosa llega a ser verdaderamente intolerable; ¡que Dios tenga piedad de nosotros! Los judíos usureros*

[1] "...éste amor de los judíos por el oro... se exacerbó hasta el punto de convertirse, para esta raza, casi en el único motor de sus actos..." (o. c., Bs. As., 1974, pág. 25). (N. del E.)

se instalan ahora en lugar fijo en las ciudades más pequeñas; cuando adelantan 5 florines, toman prendas que representan 6 veces el valor del dinero prestado; después reclaman los intereses de los intereses y éstos aún de los intereses nuevos, de suerte que el pobre hombre se ve despojado de todo lo que poseía.

Es fácil comprender, dice Tritemo en esa época, *que en los pequeños como en los grandes, en los hombres instruídos como en los ignorantes, en los príncipes como en los campesinos, se ha arraigado una profunda aversión contra los judíos usureros, y yo apruebo todas las medidas legales que proporcionen al pueblo los medios de defenderse de su explotación usuraria. ¿Qué? ¿Acaso una raza extranjera debe reinar sobre nosotros? ¿Es más poderosa y animosa que la nuestra? ¿Su virtud más digna de admiración? No. Su fuerza no descansa más que en el miserable dinero que quita de todos lados y que se procura por todos los medios, dinero cuya búsqueda y posesión parece constituir la suprema felicidad de este pueblo.* (Ver Jansen, *L' Allemagne et la Réforme*, I).

Recordemos otro hecho que demuestra la proverbial usura de los judíos, y que de paso demuestra la sempiterna prodigalidad y derroche de los cristianos. Cuando Felipe Augusto, en el siglo XII, los expulsó de Francia, poseían la tercera parte de las tierras, y habían acaparado de tal suerte el numerario del reino, que cuando ellos se fueron apenas se encontró dinero.

Exterminan a los cristianos

Vengamos ya a la cuarta acusación de que los judíos, cuando pueden, arrebatan la vida de los cristianos. San Justino lo dice ya en su tiempo, y hemos visto cómo el Talmud los autoriza a practicar esta acción agradable a Dios y la historia lo comprueba en todo período de la humanidad cristiana. Prescindamos de si los judíos martirizan a cristianos inocentes con el objeto de arrebatarles la sangre, que emplearían en ciertos ritos, y que ha dado lugar a la debatida cuestión del *crimen ritual*. Pero sea con el propósito de crimen ritual o sea simplemente por el odio satánico que tienen a Cristo, lo cierto es que no hay época en la historia, incluso la moderna, en que no hayan quitado la vida a cristianos, sobre todo a niños inocentes. Hay más de cien casos perfectamente registrados, algunos tan famosos como San Guillermo de Inglaterra, niño de 12 años, afrentosamente martirizado por los judíos en 1144.

San Ricardo de París, asesinado el día de Pascua de 1179.

Santo Dominguito de Val, crucificado en Zaragoza el año 1250.

El beato Enrique de Munich, que fue desangrado y herido con más de 60 golpes, el año 1345.

El beato Simón, martirizado en Trento el año 1475.

Más recientemente el Padre Tomás de Calangiano, martirizado en Damasco, con su criado, el año 1840; caso famoso éste, en que los asesinos confesaron su crimen y fueron condenados a muerte por Chérif-Pachá, gobernador general de Siria. Pero intervino la judería universal en favor de los culpables, influyendo sobre Mehemet-Ali para que revocase la sentencia del gobernador de Siria. Crémieux, judío, vicepresidente del Consistorio francés, no tardó en tomar la defensa de los culpables, y en una carta aparecida en el *Journal des Débats* del 7 de abril de 1840 no dudó en atribuir este odioso asunto a la *influencia de los cristianos en Oriente.* Los judíos de todos los países se agitaron en favor de los *santos y de los mártires;* es decir, de los asesinos de Damasco... Inmensas sumas fueron ofrecidas a los empleados de los consulados y a los testigos... para obtener la conmutación de la pena y la no inserción en los Procesos verbales de las *tradiciones de los libros judíos* y de las explicaciones dadas por el rabino Mouza-Abu-el-afieh.

Y el hecho es que Mehemet-Ali, en vista de la inmensa población judía que por medio de Montefiore y de Crémieux reclamaba en favor de los asesinos, decretó su libertad.

Táctica perfectamente encuadrada dentro de las normas habituales de estos hijos de la mentira y de la hipocresía, que cuando son convictos de culpa se declaran víctimas de la arbitrariedad de los cristianos.

Los cuatro capítulos de acusaciones se pueden documentar perfectamente en todo período de la historia y en todo lugar de la tierra donde la casta judía coexistía con los cristianos. La historia comprueba entonces con hechos uniformes registrados en tiempos y lugares diversos, que los judíos son un peligro permanente y un peligro religioso y social para los pueblos cristianos.

No se diga: eso acaecía así antes, en la Edad Media, que vivía de prejuicios. El capítulo anterior demostró que esta lucha es una ley de la historia. Podrán variar las condiciones y los métodos de lucha, pero en el fondo, hoy como en la Edad Media y en la Edad apostólica y en tiempo de Cristo Nuestro Señor, la lucha se plantea irreductible y decisiva entre cristianos y judíos.

El deseo de los judíos de destruir los Estados cristianos y el cristianismo, y de apoderarse de los bienes de los cristianos y de arrebatar sus vidas es hoy tan firme como en las edades anteriores... La única diferencia es que entonces los judíos no podían realizar

estos propósitos sino directamente, contra pueblos que estaban prevenidos contra ellos y que generalmente hacían pagar muy caro estos deseos criminales.

Hoy, en cambio, cuando los pueblos se han descristianizado y se han inficionado con las lacras del liberalismo, los judíos arrebatan los bienes de los cristianos, exterminan sus vidas y conspiran contra los Estados... valiéndose de los mismos cristianos, a quienes antes han insensibilizado con un descristianamiento progresivo que lleva 300 años; y los judíos han logrado así que los cristianos se dividan en bandos opuestos que luchan hasta un total exterminio. Pero de esto nos ocuparemos en el próximo capítulo.

Juicios de los Papas sobre los judíos

La Iglesia no dejó de reconocer, por boca de sus más ilustres Pontífices, toda la ruindad y peligrosidad de este pueblo. Existen por lo menos 15 documentos públicos de Papas como Inocencio IV, Gregorio X, Juan XXII, Julio III, Paulo IV, Pío IV, en los que se denuncia la célebre perfidia judaica. Y tengamos en cuenta que estos ilustres varones no procedían por impulsos inferiores, ya que dieron generosa hospitalidad a los judíos y los defendieron de injustas vejaciones, como lo reconocen en documentos públicos los rabinos reunidos en París en 1807, en el sanhedrín convocado por Napoleón, y cuyo texto fue reproducido en el capítulo anterior.[1]

Veamos con qué palabras califica el gran Papa San Pío V[2] a esta casta de los judíos:

El pueblo hebreo –dice–, *elegido en otro tiempo por el Señor para ser participante de los celestes misterios por haber recibido los oráculos divinos, cuanto más en alto fue levantado en dignidad y gracia sobre todos los otros, tanto más, por culpa de su incredulidad, fue después abatido y humillado; cuando llegó la plenitud de los tiempos fue reprobado como pérfido e ingrato, después de haber quitado la vida indignamente a su Redentor. Porque perdido el sacerdocio, habiéndosele quitado la autoridad de la Ley, desterrado de su propia tierra, que el Benignísimo Señor le había preparado, donde corría la leche y la miel, anda errante hace ya siglos por el orbe de la tierra, aborrecido y hecho objeto de insultos y desprecios por parte de todos, obligado, como vilísimos esclavos, a emprender cualquier sucio e infame trabajo con el que pueda satisfacer el hambre. La piedad cristiana, teniendo compasión de esta irremediable caída, les ha permitido hallar hospitalidad en medio de los pueblos cristia-*

[1] Ver pág. 28. (N. del E.)
[2] 1566-1572. (N. del E.)

nos... Sin embargo, la impiedad de los judíos, iniciada en todas las artes más perversas, llega a tanto que es necesario, si se quiere atender a la salud común de los cristianos, poner remedio rápido a la fuerza del mal. Porque, para no nombrar los muchos modos de usuras con los que los judíos arrebatan los recursos de los cristianos pobres, creemos que es demasiado evidente que ellos son los cómplices y ocultadores de rateros y ladrones que a fin de que no se conozcan las cosas profanas y religiosas que éstos roban, o las ocultan, o las llevan a otro lugar o las transforman completamente; muchos también, con el pretexto de asuntos del propio trabajo, andan rondando por las casas de mujeres honestas y hacen caer a muchas en vergonzozos latrocinios; y lo que es peor de todo, entregados a sortilegios, a encantaciones mágicas, a supersticiones y maleficios, hacen caer en las redes del diablo a muchísimos incautos y enfermos que creen que profetizan acontecimientos futuros, que revelan robos, tesoros y cosas ocultas y que dan a conocer muchas cosas de las que ningún mortal tiene poder de investigar. Por fin, tenemos perfecto conocimiento de cuán indignamente tolera esta raza perversa el nombre de Cristo, cuán peligrosa sea para todos los que lleven este nombre, y con qué engaños busca poner asechanzas contra sus vidas. En vista de éstas y otras gravísimas cosas, y movidos por la gravedad de los crímenes que diariamente aumentan para malestar de nuestras ciudades, y considerando, además, que la dicha gente, fuera de algunas provisiones que traen de Oriente, de nada sirven a nuestra República...

Pero la Teología Católica no dejaba de reconocer que, aunque esta peligrosidad era bien real, sin embargo este pueblo merecía una consideración muy especial. En efecto, el judío podrá ser muy perverso, pero es un pueblo sagrado, para con el cual debe tener la Iglesia suma consideración, ya que en cierto modo es el Padre de la Iglesia, porque a él le fueron hechos los oráculos de Dios. Ahora bien, por perverso y peligroso que sea un padre, los hijos le deben albergue y respeto. No se lo puede exterminar, ni se lo puede maltratar, aunque haya que buscar el hacer inocua su perversidad.

De acuerdo a este principio, el gran Pontífice Inocencio III[1] ha resumido la doctrina y jurisprudencia con respecto a los judíos:

Son ellos —dice el sabio Pontífice— *los testigos vivos de la verdadera fe. El cristiano no debe exterminarlos ni oprimirlos, para que no pierda el conocimiento de la Ley. Así como ellos en sus sinagogas no deben ir más allá de lo que su ley les permite, así tampoco debemos molestarlos en el ejercicio de los privilegios que les son acordados. Aunque ellos prefieran persistir en el endurecimiento de sus*

[1] 1198-1216. (N. del E.)

corazones antes que tratar de comprender los oráculos de los Profetas y los secretos de la Ley y llegar al conocimiento de Cristo, sin embargo no tienen por eso menos derecho a nuestra protección. Así como reclaman nuestro socorro, Nos acogemos su demanda y los tomamos bajo la égida de nuestra protección, llevados por la mansedumbre de la piedad cristiana; y siguiendo las huellas de nuestros predecesores de feliz memoria, de Calixto, de Eugenio, de Alejandro, de Clemente y de Celestino, prohibimos, a cualquiera que fuere, de forzar al bautismo a ningún judío... Ningún cristiano debe permitirse hacerle daño, apoderarse de sus bienes o cambiar sus costumbres sin juicio legal. Que nadie les moleste en sus días de fiesta, sea golpeándolos, sea apedreándolos, que nadie les imponga en esos días obras que puedan hacer en otros tiempos. Además, para oponernos con toda nuestra fuerza a la perversidad y a la codicia de los hombres, prohibimos, a cualquiera que fuere, el violar sus cementerios y desenterrar sus cadáveres para sacarles el dinero. Los que contravinieren estas disposiciones serán excomulgados.

He aquí, en estas sabias palabras, reconocidos los derechos de consideración y respeto a que tienen derecho los judíos por parte de los cristianos. Tomen nota los antisemitas de estas prescripciones, para no rebasar de lo justo en la acción represiva de la peligrosidad judaica. Sobre todo, no olviden que el antisemitismo es una cosa condenada, porque es la persecución del judío sin atender al carácter sagrado de esta Raza Bendita y a los derechos consiguientes.

El ghetto

Pero si los judíos deben ser respetados en el ejercicio de sus legítimos derechos, no hay que desconocer su peligrosidad ni hay que dejar de reprimirla. Y así la Santa Sede puso en vigor, con energía, la disciplina del ghetto, es decir, el aislamiento de los judíos y la restricción de los derechos civiles.

El dominico Ferraris ha resumido la legislación sobre el ghetto, cuando escribe: "Todos los judíos deben habitar en un mismo lugar; y si éste no fuera capaz, en dos o tres o los que sean necesarios, contiguos, lo que deben tener sólo una puerta de entrada y de salida".

Los judíos no podían domiciliarse fuera de los ghettos, y aun no podían ausentarse de ellos desde el toque del Ave María al atardecer hasta la madrugada.

Tres ventajas importantísimas se derivaban de este régimen: (Constant, *Les juifs devant l'Eglise*): 1. El Estado tenía constantemente número e identidad de los judíos, lo que facilitaba su vigilancia. 2. El sentimiento de esta vigilancia mantenía al judío en el recto pro-

ceder, ya que el judío se rige por el temor, de acuerdo a lo que enseña San Pablo, quien dice, hablando de ellos, que han recibido el espíritu de servidumbre en el temor. [1] 3. Atendiendo a que la noche es cómplice del malhechor, *Qui male agit odit lucem* (el que obra mal, odia la luz),[2] se prevenían las perversidades de los judíos durante la noche.

Además de la reclusión en los ghettos, los judíos debían someterse a la obligación de llevar una escarapela o cinta amarilla que los distinguiese de los no-judíos, para que en esta forma, perfectamente individualizados, no pudiesen hacer daño más que a los cristianos tontos que se pusiesen en relaciones con ellos.

Dirá alguno: ¿Y estas odiosas distinciones no van contra la justa libertad y contra los legítimos derechos a que es acreedor todo hombre y toda colectividad humana?

No. De ninguna manera, cuando este hombre y esta colectividad humana rehusa asimilarse en el país que le brinda hospedaje; de ninguna manera, cuando esta colectividad quiere regirse con leyes propias y conspirar contra la nación que le da albergue. Y éste es el caso del judío, como lo demuestra la Teología católica, como lo exigen las prescripciones del Talmud y como lo comprueba la historia de los mismos judíos en todo tiempo y lugar.

El mismo Santo Tomás de Aquino, consultado por la duquesa de Brabante sobre si era conveniente que en su provincia los judíos fueran obligados a llevar una señal distintiva para diferenciarse de los cristianos, contesta: *Fácil es a esto la respuesta, y ella de acuerdo a lo establecido en el Concilio general* (Cuarto de Letrán, año 1215, c. 68), *que los judíos de ambos sexos en todo territorio de cristianos y en todo tiempo deben distinguirse en su vestido de los otros pueblos. Esto les es mandado a ellos en su ley, es a saber, de que en los cuatro ángulos de sus mantos hayan orlas por las que se distingan de los demás.* [3]

Restricciones civiles

Además de la obligación de recluirse en los ghettos, había otras restricciones que limitaban los derechos civiles de los judíos dentro de las sociedades cristianas.

Así, por ejemplo, no podían tener nodrizas, ni sirvientes cristianos, de ambos sexos; no podían dedicarse al comercio de mercaderías

1 *Rom.* 8, 15. (N. del E.)
2 *Jo.* 3, 20. (N. del E.)
3 *De Regimine Judaeorum* (ver Apéndice II).

nuevas; de modo particular les estaba vedada la confección de seda de toda especie y género, y la compra o venta, aun indirecta, de seda nueva, tejida o no, debiendo limitarse a la compra-venta de ropa usada o a un comercio definido y limitado de alimentos necesarios para la vida. (Benedicto XIII,[1] *Alias emanarunt*).

Se les prohibía el ocupar cátedras en las universidades; no podían ser promovidos al doctorado, ni ejercer la medicina entre los cristianos, ni ser farmacéuticos, ni hoteleros, ni ejercer la magistratura, ni la carrera de las armas. Se les permitía, en cambio, las profesiones de banqueros, proveedores de los reinos, joyeros, impresores, corredores, profesiones ellas que no implicaban un peligro directo para los cristianos, y en las que mostraban los judíos singulares aptitudes, ya por las inmensas riquezas de que disponían, ya por su cosmopolitismo, que les permitía el rápido desplazamiento de la riqueza.

La sabiduría de la Iglesia en estas prescripciones limitando las actividades comerciales de los judíos está admirablemente reconocida en *La reclamación de los mercaderes y comerciantes de París contra la admisión de los judíos* formulada en 1760, cuando por la influencia de las logias masónicas se quiso destruir estas admirables leyes represivas de la ciudad cristiana. Dice así: *La admisión de esta especie de hombres en una sociedad política no puede ser sino muy peligrosa; se los puede comparar a las avispas, que no se introducen en las colmenas sino para matar a las abejas, abrirles el vientre y extraer la miel que tienen en sus entrañas. Así son los judíos, en quienes es imposible suponer que existan las cualidades del ciudadano de una sociedad política.*

Ninguno de los de esta especie de hombres ha sido educado en los principios de una autoridad legítima. Creen ellos que toda autoridad es una usurpación sobre ellos y hacen votos por llegar a un Imperio universal; miran todos los bienes como si les perteneciesen, y a los súbditos de todos los Estados como si les hubiesen arrebatado sus posesiones.

Habla luego el documento de la rápida acumulación de riquezas que hacen los judíos, y pregunta: ¿Será acaso por una capacidad sobrenatural que llegan ellos tan rápidamente a un tal grado de fortuna?

Los judíos —contesta— *no pueden gloriarse de haber procurado al mundo ninguna ventaja en los diferentes países en que han sido tolerados. Las invenciones nuevas, los descubrimientos útiles, un trabajo penoso y asiduo, las manufacturas, armamentos, la agricultura, nada de esto entra en su sistema. Pero aprovechan los descubrimien-*

[1] 1724-1730. (N. del E.)

tos para con ello alterar las producciones, alterar los metales, practicar toda especie de usura, ocultar los efectos robados, comprar de cualquier mano, aun de asesinos o de un criado, introducir mercaderías prohibidas o defectuosas, ofrecer a los disipadores o a los infortunados deudores recursos que apresuran su bancarrota, los descuentos, los pequeños cambios, los agiotajes, los préstamos sobre prendas, los trueques, la compraventa; he aquí toda su industria.

Permitir a un solo judío una casa de comercio en una ciudad sería permitir el comercio en toda la nación; sería oponer a cada comerciante las fuerzas de una nación entera, que no dejaría de emplearlas para oprimir el comercio de cada casa, una después de otra, y por consiguiente el de toda la ciudad.

Y concluye:

Los judíos no son cosmopolitas, no son ciudadanos en ningún rincón del universo; ellos se prefieren a todo género humano, son sus enemigos secretos, ya que un día se proponen sojuzgarlo como a esclavo.

Hasta aquí los comerciantes de París en esta requisitoria, que conserva toda su actualidad.

Disciplina de la Iglesia

La disciplina de la Iglesia con respecto a los judíos se puede resumir en dos palabras: libertad para que dentro de sus leyes legítimas puedan los judíos desenvolverse y vivir; protección a los cristianos para que no sufran los efectos de las asechanzas judaicas y no caigan bajo su dominación.

Que los judíos no permitan que los cristianos pobres les llamen señores (dueños), prescribe Paulo IV.[1] (*Cum nimis absurdum*, Julio 1555).

Que ni siquiera los judíos se atrevan a jugar o comer o mantener familiaridad con los cristianos, ordena el mismo Pontífice.

No concibe la Iglesia que los judíos, hijos de la esclava Agar, puedan estar en pie de igualdad con los herederos de Isaac en las Promesas Divinas, y mucho menos dominar sobre ellos.

De aquí que si la Iglesia, en todos los tiempos, y también modernamente por boca de Pío XI, hace oír su voz de protesta por las persecuciones contra los hijos de este pueblo pérfido, por el ansia injusta de exterminarlo, es también ella la que previene con medidas eficaces el instinto peligroso de dominación que hay en el

1 1555-1559. (N. del E.)

judío y la que advierte a los cristianos de no acercarse a los judíos y de no trabar con ellos relaciones de ningún género.

Sabiduría de la Iglesia

Sabiduría admirable de la Iglesia, que ha sabido penetrar hondamente en el corazón de los judíos y en el de los cristianos, para descubrir en el de aquéllos el deseo disimulado pero profundo de dominación universal, y en el de éstos la simplicidad pecadora de arrimarse a los judíos para obtener algunas ventajas para sus arcas de oro.

Porque la esclavización de los cristianos, de los pueblos cristianos debajo del poder judaico, ha comenzado por la culpa de los cristianos. Los judíos, con sus ansias orgullosas de dominación no hacen sino cumplir con su deber. Para eso están en medio de los pueblos cristianos: para dominarlos, si pueden. Ese es su papel teológico; es decir, la misión que Dios ha deparado a su perfidia.

¿No quieren los cristianos ser víctimas de esa perfidia? Dejen de frecuentar a los judíos; no se entreguen a los vicios, y así no tendrán necesidad de recurrir al prestamista judío; ni a los cines judíos, ni a los modistos judíos, ni a los teatros judíos, ni a las revistas judías, y no tendrán mañana que aguantar al patrón judío en la fábrica, al patrón judío en la oficina, en los bancos, en las empresas comerciales, al patrón judío en la riqueza del país, en el trigo, en el maíz, en el lino, en la leche, en el vino, en el azúcar, en el petróleo, en los títulos y acciones de toda empresa de importancia, en la regulación de la moneda, en el oro, y quizá también en el dominio político. No tendrán mañana que pensar a lo judío en teología, en filosofía, en historia, en política, en economía, porque la prensa judía y las universidades, escuelas y bibliografía judaizadas han formado la mentalidad de nuestro pueblo; no tendrán mañana que aguantar la acción mortífera de los judíos en la sociedad liberal que nos legó la revolución francesa, la acción judía en la socialización de los pueblos del socialismo, ni la esclavización judaica en el comunismo.

En el capítulo próximo estudiaremos cómo la judaización de los pueblos cristianos marcha a la par de su descristianización, y cómo, si la Misericordia de Dios no dispone otra cosa, no estamos lejos del día en que los cristianos seremos parias que con nuestros sudores estaremos amontonando las riquezas de esta raza maldita.

Lo que decíamos en el capítulo anterior es muy importante, y no está demás repetirlo aquí. Si los pueblos gentiles, es decir, también nosotros, queremos una civilización basada en la grandeza de lo económico como fue, por ejemplo, la antigua civilización de los

Faraones en tiempos de José, o de Babilonia en tiempos de Asuero,[1] o modernamente la civilización capitalista o comunista, es decir, un régimen de grandeza carnal, del auge de todos los valores económicos, un régimen en que toda la nación, maravillosamente equipada con las últimas invenciones de la técnica, se desenvuelva con la precisión de un reloj para producir cuanto el hombre necesita para una vida confortable aquí abajo, yo digo que sí, que lo podemos lograr como se han logrado estas civilizaciones... siendo los judíos amos y nosotros esclavos.

Después que Cristo vino al mundo no es posible una civilización de grandeza carnal, del predominio de Mammón, el dios de las riquezas y el dios de la iniquidad, sin que sean los judíos sus creadores y sean los gentiles sus ejecutores. Porque a ellos se les ha dado la hegemonía en lo carnal, como hemos explicado en el capítulo anterior; y el capítulo próximo, que versará sobre los judíos y los pueblos descristianizados, nos hará ver que el proceso de destrucción del orden cristiano, o sea de una civilización de tipo espiritual, corre paralelo con la formación de una civilización de tipo carnal, materialista, de predominio económico, y uno y otro proceso corren asimismo paralelos con la emancipación de los judíos, que van tomando revancha sobre las pretendidas agresiones medievales, y ésta a su vez corre paralela con la esclavización de los pueblos cristianos.

¡Ah! Es que no se pisotea impunemente la palabra de Dios. La Teología rige la historia con una precisión inmensamente más admirable de lo que creen los ojos vulgares, que no ven más que fuerzas antagónicas que sin sentido luchan entre sí. No, la historia tiene un sentido, y éste es un sentido teológico, porque Dios sabe aprovechar todos los aciertos y desaciertos de los hombres para que se cumplan sus insondables designios.

A las naciones cristianas que se han desenvuelto bajo el control amoroso de la Iglesia en la Edad Media, Dios les ha puesto dos enemigos: uno interno, que es el instinto de rebelión contra lo espiritual para realizar una grandeza sin Dios; otro externo, que son los judíos, que debían vivir junto a los pueblos cristianos para servirles de aguijón y de acicate.

La Cristiandad, bajo el gobierno de Pontífices y Reyes Santos como Inocencio III[2] y Luis IX de Francia, supo refrenar a estos enemigos. Refrenaba los instintos carnales de grandeza porque estaba unida a la palabra de Jesucristo, que había dicho: *Buscad primero El Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por*

[1] Ver pág. 46(N. del E.)

[2] Ver págs. 51-52. (N. del E.)

añadidura.[1] Rechazaba las asechanzas judías porque, con gran sentido teológico, veía en ellos la dominación de lo carnal, con la consiguiente peligrosidad para lo espiritual, y sabía reprimirla con el aislamiento enérgico de esta raza pérfida, aunque sagrada.

La Cristiandad realizó una civilización y cultura espiritual en la libertad, donde era forzoso que los judíos viviesen bajo la dominación cristiana.

Pero se inicia la Edad Moderna, con la rebelión de los instintos carnales del Renacimiento y de la Reforma Protestante, y por una necesidad teológica, más fuerte que los cálculos de los hombres, ha de comenzar también la emancipación de los judíos, a quienes entregó Dios el monopolio de lo carnal; emancipación que ha de irse acrecentando a medida que se acrecienta la civilización de grandeza carnal; emancipación que ha de trocarse forzosamente en la dominación efectiva del judío que se logra en el Capitalismo y que con más eficacia aún se realiza en el Comunismo, como demostraré, Dios mediante, en el capítulo próximo.

Por esto yo no culpo a los judíos de los males que nos acontecen. Ellos cumplen con su deber al realizar el programa pérfido que en los Divinos designios les toca llevar a cabo. Hay que culpar a los cristianos, a los pueblos cristianos, que no han respondido a la vocación admirable a que Dios los llamó, y por la ambición de ser grandes en lo carnal, han trabado alianza con los judíos; grandeza que tiene que terminar en los ríos de sangre cristiana como terminó en Rusia, en España y en el mundo, porque no en vano la Verdad Eterna ha dicho: *Buscad primero el Reino de Dios, que lo demás se os dará por añadidura* (cfr. *Mt.* 6, 24-33).

[1] *Mt.* 6, 33. (N. del E.)

Capítulo III

EL JUDIO Y LOS PUEBLOS DESCRISTIANIZADOS

En el primer capítulo hemos expuesto la ley teológica que rige los pueblos desde el advenimiento de Cristo Nuestro Señor. Existe, decíamos, por disposición inescrutable de Dios, una oposición irreconciliable entre la Iglesia y la Sinagoga, entre judíos y cristianos, oposición que ha de perpetuarse irremediablemente hasta que llegue el tiempo de la Reconciliación. Judíos y cristianos han de encontrarse en todas partes sin reconciliarse y sin confundirse. Representan en la historia la eterna lucha de Lucifer contra Dios, de la serpiente contra la mujer, de las tinieblas contra la Luz, de la carne contra el Espíritu. La eterna lucha de Caín contra Abel, de Ismael contra Isaac, de Esaú contra Jacob, de Faraón contra Moisés, de los judíos contra Cristo.

Es tan fundamental esta oposición, que después de Cristo no son posibles para el hombre sino dos caminos: la cristianización o la judaización, como tampoco son posibles en todas las manifestaciones de la vida más que dos modos verdaderamente fundamentales: el cristiano y el judío; dos religiones: la cristiana y la judaica; dos políticas: la cristiana y la judaica; dos economías: la cristiana y la judaica; sólo dos internacionalismos: el cristiano y el judaico.

Hemos visto cómo la Iglesia tuvo presente este hecho de la "peligrosidad" del judío y cómo tomó precauciones, a veces dolorosas, para evitar la contaminación de los pueblos cristianos.

Los judíos confinados en sus ghettos bajo el control avizor del Estado podían desenvolverse paralelamente con los cristianos, pero sin mezclarse con ellos, a fin de no contaminarlos.

Mientras se evitó esta contaminación los pueblos cristianos nada tuvieron que temer de la peligrosidad judaica. El judío era un servidor del cristiano, como corresponde al hijo de la esclava estar al servicio del hijo de la Libre.

Pero ¿cuál era la mejor defensa del cristianismo contra la peligrosidad judaica? ¿Acaso los reglamentos policiales?

No. Jesucristo, Verdad y Salud del hombre, era la garantía y seguridad del cristiano, y Él había enseñado:

33. *Buscad primero el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.* (*Mt.* 6, 33).

28. *No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el cuerpo y el alma en el infierno.* (*Mt.* 10, 28).

27. *Tened buen ánimo. Yo soy, no temáis.* (*Mt.* 14, 27).

Es decir, que mientras los pueblos cristianos estén adheridos a Cristo nada tienen que temer de la Sinagoga.

Pero ¡ay de los pueblos cristianos si llega un día en que olvidan que su Salud es Cristo!

¡Ay de la Europa si llega un día en que quiere romper los suavísimos lazos que la unen a la Santa Iglesia de Dios!

Porque entonces tendrán que caer bajo la esclavitud oprobiosa del diablo y de su ejecutor en la tierra, el judío... Entonces Europa y América, los pueblos gentiles que conocieron las bendiciones de la fe, tendrán que conocer el oprobio de su judaización.

La descristianización del mundo

He aquí que al final de la Edad Media los pueblos cristianos cometen grandes, enormes, espantosos pecados... El clero, sobre todo, que debía ser sal de la tierra y luz del mundo, se corrompe y se oscurece.

Esto es gravísimo para la salud de los pueblos; porque si se van descristianizando, tendrán que irse judaizando. Esta es la ley teológica. Esta es también la comprobación, punto por punto, de la historia. Los hechos nos van diciendo que el proceso de descristianización, iniciado por el Humanismo del Renacimiento y de la Revolución Francesa, y que culmina ahora en la Revolución Soviética, es un proceso típico de judaización del mundo, es decir, en que los planes judaicos de dominación universal y absoluta sobre cristianos van logrando cumplimiento.

Que estos planes existan no puede haber la menor duda para aquéllos que han seguido los dos capítulos anteriores. Lo exige la irreductible oposición de Ismael e Isaac, de Esaú y Jacob, de Caín y Abel, que ha dispuesto Dios sobre el mundo. Lo exige el Talmud, que es el Código civil y religioso de los judíos. Lo comprueba la historia en todo lugar y tiempo.

Se demuestra, además, que tanto el Renacimiento como la Reforma Protestante, el Enciclopedismo pedantesco del siglo XVIII, la Revolución Francesa, el Capitalismo, la contaminación de los pueblos con el Liberalismo y el Socialismo, el Comunismo, la Revolución Soviética, han sido en gran parte fraguados por los judíos y han servido ciertamente de beneficio a los judíos en detrimento de los pueblos cristianos.

En otras palabras: desde el Renacimiento hasta el Comunismo se desenvuelve un proceso uniforme de descristianización de los pueblos y de su sometimiento a los judíos, que de siervos que eran en la Edad Media pasan a amos y reyes. Y este proceso es en gran parte obra de los judíos.

Creo que no es necesario advertir a lectores inteligentes que al atribuir al judío un papel preponderante en la obra de descristianización del mundo moderno no se quiere hacer de él un dios maligno con poderes sobrehumanos para fraguar revoluciones y catástrofes.

Todo proceso histórico se realiza dentro de un complicado ajetreo de las fuerzas más diversas, muchas de las cuales se determinan libremente; de suerte que hay que tener en cuenta todos estos intereses que se cruzan para explicar *totalmente* las realidades históricas que se engendran en el curso de la historia. Pero, aunque esto sea verdad, no hay duda que podemos enfocar nuestra atención exclusivamente sobre la acción e influencia de los judíos, para ver en qué sentido proceden y con qué intensidad y alcance, dentro de las posibilidades de acción, para crear y dar nacimiento a los grandes hechos que se producen en la historia desde el Renacimiento hasta aquí. Y mi tesis es que, dentro de las posibilidades de actuación, los judíos son causa primera y principal (digamos el cerebro que piensa y la mano que dirige, en expresión de Mons. Jouin) de los principales hechos anticristianos que se van jalonando desde el Renacimiento hasta el Comunismo.

El judío, agente teológico de la iniquidad, como demostré en el primer capítulo, va cumpliendo con tenacidad indefectible esta tarea demoledora de destrucción del cristianismo.

Renacimiento y Reforma

Supuesto esto, entremos a exponer la tesis propuesta.

¿Es posible creer que los judíos de la Edad Media, con su inteligencia sagacísima para conspirar, con su corazón humeando odio contra una sociedad que los rechazaba, van a estar ociosos en la reclusión de sus ghettos?

El judío Darmesteter [1] (*Coup d'oeil sur l'histoire du Peuple juif*) dice: *El judío se ocupa en descubrir los puntos vulnerables de la Iglesia, y tiene a su servicio para descubrirlos, además de su inteligencia de los libros santos, la sagacidad terrible del oprimido. Es el doctor de lo incrédulo. Todos los sublevados del espíritu vienen a él en la sombra o a cielo abierto. Él está en obra en el inmenso taller del blasfemo gran Emperador Federico y de los Príncipes de Suabia o de Aragón; es el que forja todo ese arsenal criminal de razonamiento y de ironía que legará a los escépticos del Renacimiento, a los libertinos del gran siglo, y el sarcasmo de Voltaire no es más que su último y resonante eco de una palabra murmurada seis siglos antes en la sombra del ghetto y más antes aún en tiempos de Celso y de Orígenes, en la cuna misma de la religión de Cristo.*

Y es otro judío, Bernard Lazare, quien dice (*L'Antisémitisme, I,* 222) [2] *que durante los años que anuncian la Reforma el judío llega a ser el educador y quien enseña el hebreo a los sabios, los inicia en los misterios de la Cábala despues de haberles abierto las puertas de la filosofía árabe; él los equipa, contra el catolicismo, de la temible exégesis que los rabinos habían cultivado y fortificado durante siglos; esta exégesis de la que se serviría el Protestantismo y más tarde el Racionalismo.*

No hay duda (aunque no sea fácil aportar las pruebas documentales precisas) que todas las sectas y sociedades secretas, ocultistas y cabalistas que pululan por todas partes al final de la Edad Media en forma más o menos disfrazada, algunas de ellas bajo las apariencias de las célebres Academias Italianas de los siglos XV y XVI; otras, como la misteriosa Orden de los Templarios, extinguida por Felipe el Hermoso y Clemente V [3], eran reductos de conspiración contra la Iglesia y los Estados cristianos, manejados hábilmente por la satánica mano judaica.

Un francmasón, el H. Ludwig Keller, consejero íntimo de los Archivos de Berlín, ha aprovechado los documentos que le estaban confiados para tratar a fondo esta cuestión (*Les Académies italiennes au XVIIIe. siècle et les commencements de la Francmaçonnerie dans les pays latins et les pays du Nord*), y llega a la conclusión de que las Academias de los siglos XV y XVI, las Compañías de los siglos XVII y XVIII como la "Truelle" de Florencia, las sociedades filarmónicas como el "Apollon" de Londres, fueron humanistas y han conservado, por tanto, desde el comienzo el carácter judío y pagano

1 Ver pág. 45. (N. del E.)

2 Edics. La Bastilla, Bs. As., 1974, pág. 116. (N. del E.)

3 1305-1314. (N. del E.)

del Renacimiento. (Ver Mons. Jouin, *La Judéo-Maçonnerie et l'Eglise Catholique*).

Por otra parte, Werner Sombart, el autorizado historiador del Capitalismo, que no es ni católico ni antisemita, en su documentado libro "Los judíos y la Vida Económica" demuestra cómo algunas sectas protestantes, y en especial el puritanismo (*Les juifs et la Vie Economique*, pág. 321), son judaicas, de suerte que puede justificarse lo que presentía el judío Enrique Heine:[1] *¿Los Escoceses Protestantes* –pregunta en sus *Confesiones*– *no son hebreos con nombres bíblicos, su canto no tiene algo de hierosolimofariseo, y su religión no es en el fondo el judaísmo, con la diferencia que están autorizados a comer cerdo?*

Por otra parte, se conocen las relaciones íntimas que durante la Reforma Protestante se establecieron entre el judaísmo y ciertas sectas cristianas, y el furor que se declaró entonces por la lengua y los estudios hebraicos; se sabe también que en la Inglaterra del siglo XVII los puritanos rodeaban a los judíos de un culto casi fanático y que los "Levellers", Niveladores, que se decían judíos, exigían la promulgación de una ley que hiciese de la Thora de los judíos el código inglés; se conoce, además, que los oficiales de Cromwell,[2] también gran judaizante, le propusieron componer su Consejo de Estado de 70 miembros, a ejemplo del Sanhedrín de los judíos, y que en el año 1629 se propuso en el Parlamento reemplazar el feriado del domingo por el sábado.

Los judíos se introducen en la Cristiandad

Pero cualquiera sea la influencia de los judíos en el Renacimiento y en la Reforma Protestante, lo cierto, certísimo, es que los judíos se beneficiaron de uno y otra. El judío Bernard Lazare ha podido decir (*L'Antisémitisme*, I, 225) que el *espíritu judío triunfó con el Protestantismo*.[3]

El Renacimiento y el Protestantismo abren un boquete en el sólido edificio de la Cristiandad, por donde se introduce el judío; desde allí dentro el judío va a emplear su perseverancia y tenacidad secular, con su astucia e hipocresía, para realizar su sueño también secular de destruir el cristianismo y de establecer el imperio judaico universal.

No olvidemos que éste es el sueño del judaísmo; ésta es la ley de su destino.

[1] 1797-1856. (N. del E.)
[2] 1599-1658. (N. del E.)
[3] Edics. La Bastilla, Bs. As., 1974, pág. 118. (N. del E.)

Este pueblo, que un día rechazó a Cristo porque no quiso entronizar la carne judaica, no ha perdido la esperanza de que venga otro Mesías que, en expresión del Talmud, *dé a los judíos el cetro del mundo, de suerte que todos los pueblos y todos los reinos les serán sometidos. Entonces cada judío tendrá 2.800 servidores y 310 mundos.* (*Jalgut*, fol. 56, *Bachai*, fol. 168). La venida de este Mesías será *precedida de una gran guerra en la cual perecerán dos terceras partes de los pueblos*, de modo que *los judíos necesitarán siete años en destruir las armas conquistadas.* (Abardanel, *Masmia Jesua*, fol. 49, a).

El célebre rabino Maimónides cree también en el imperio universal de los judíos, quienes dicen que cuando éste se entronice, *los dientes de los antiguos enemigos* de Israel saldrán de sus bocas y alcanzarán una longitud de 22 varas. (*Othioth* del Rabbi Agiba, 5, 3), y que entonces *el Mesías recibirá los dones de todos los pueblos y no rehusará sino el de los cristianos.* (Tract. *Pesachim*, folio 118 b).

El famoso Drach, gran rabino convertido, de quien hice referencias en el capítulo anterior,[1] dice que el Mesías que los judíos se obstinan en esperar, a pesar de que éste se obstina en no venir, debe ser un gran conquistador que hará a todas las naciones del mundo esclavas de los judíos. Estos volverán a la Tierra Santa Triunfantes, cargados con las riquezas de todos los infieles. Jerusalén será adornada con un nuevo Templo, y sus más pequeñas piedras serán de diamantes. (*De l'harmonie entre l'Eglise et la Synagogue*).

Los judíos y la francmasonería

Ahora bien, con esta ilusión se introducen en la Cristiandad los judíos, medio a escondidas. En los ghettos han preparado las herramientas para la obra demoledora que ahora pueden emprender dentro de la misma Cristiandad.

¿Qué tienen que hacer ahora? Tienen que echar a rodar por el mundo de los cristianos ideas de rebelión que rompan esa armadura de Sociedad Medioeval, tan fuertemente consolidada, y sobre todo terminar con estos dos puntales de la Sociedad Cristiana: el altar y el trono; el Papa y el Rey. Para ello tienen preparada una fórmula magnética que va a deslumbrar y subyugar las multitudes de una sociedad en cierto modo agitada y turbulenta por culpa de ese trono y de ese altar que, olvidando que en el reino de Dios toda grandeza es una grandeza de servicio, porque el Papa y el Rey están sobre todos para servirlos a todos, han carnalizado el poder.

Una fórmula de tres palabras va a enloquecer al mundo: *¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!*

[1] Ver pág. 36. (N. del E.)

Pero ¿cómo lanzarla al mundo para que se hagan substancia en la carne de los cristianos, sobre todo sabiendo que basta que aparezca el sello judaico para que sean rechazadas?

Muy sencillo para esta raza conspiradora por naturaleza. Las hará germinar y aclimatar primero en conciliábulos secretos, donde se agruparán todos los ambiciosos de una sociedad en descomposición.

Y así los turbulentos y agriados por el espíritu de rebelión, con el cerebro delirando concepciones e ideas de transformación mundial, apañados por aristócratas no menos ambiciosos, se reunirán en "logias secretas" de la Francmasonería.

En esas tenebrosas sectas, bajo la apariencia de ritos y fórmulas judaicas inofensivas, con el pretexto de "trabajar por el mejoramiento material y moral en el perfeccionamiento social e intelectual de la humanidad" (E. Plantagenet, *La Franc-Maçonnerie française*), se buscará *destruir cuanto la Iglesia Católica había hecho en el mundo.* (A. Preuss, *Etudes sur la F. M. Américaine*).

No se crea que el problema de la Masonería es un fantasma que se agita para explicar lo que no es sino resultado de fuerzas naturales. Basta decir que hay pruebas abundantes y sólidas de la acción mortífera de estas sectas corruptoras.

Son éstas, sobre todo, los documentos masónicos incautados, como los del "Iluminismo de Baviera", caídos en manos de la Policía en 1785, y que el abate Barruel aprovechó para escribir sus *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*, 1798; los de "La Alta Venta Romana", llegados a poder del Vaticano en 1845, y de los que se ocupó Crétineau Joly en su libro *La Iglesia Romana frente a la Revolución;* más recientemente los de los Archivos masónicos de Budapest, incautados en 1919 cuando la caída de Bela Kun en Hungría.

Pero aún sin recurrir a estos documentos, basta recoger las afirmaciones insolentes y cínicas de los mismos francmasones que hoy se sienten orgullosos de sus gestas perversas.

Las palabras con que el francmasón Bonnet resumió los triunfos masónicos en el Congreso Masónico del Gran Oriente de Francia en 1904 son muy ilustrativas.

En el siglo XVIII –dice– *la gloriosa generación de los enciclopedistas encontró en nuestros templos un auditorio fervoroso que, entonces solo, invocaba la radiante divisa, desconocida por la muchedumbre: Libertad, Igualdad, Fraternidad. La semilla germinó pronto.*

Nuestros ilustres H. H. D'Alembert, Diderot, Helvecio, Holbach, Voltaire, Condorcet, terminaron la obra de evolución espiritual y prepararon los tiempos actuales.

Y cuando se desplomó la Bastilla, la francmasonería tuvo el honor supremo de dar a la humanidad la carta que había elaborado con amor.

El H. La Fayette es el primero que presentó el proyecto de una declaración de los derechos naturales del hombre y del ciudadano que vive en sociedad, para formar con él, el capítulo primero de la Constitución. El 25 de agosto de 1789, la Constituyente, de la que más de 300 miembros eran masones, adoptó definitivamente, casi palabra por palabra, como se estudió largamente en las logias, el texto de la inmortal declaración de los derechos del Hombre. En esta hora decisiva para la civilización la francmasonería francesa fue la conciencia universal, y en las improvisaciones e iniciativas de las Constituyentes no cesó de aportar el resultado reflexivo de las elaboraciones de sus talleres.

Hasta aquí el francmasón Bonnet. Otros dos autores, Cochin y Charpentier, que coleccionaron los documentos de los archivos municipales y nacionales de Francia, han podido escribir que *desde 1787 a 1795 no hay ni un solo movimiento popular, excepto el de la Vendée, que no haya sido movido y organizado en los más insignificantes detalles por los jefes de una organización secreta, que actuó en todas partes del mismo modo, haciendo ejecutar sus órdenes a la voz de mando.*

¿Y quién creó y quién comandaba las multitudes de logias que infestaban el suelo de Francia?

El judío Isaac Wise nos da la respuesta en "The Israelite" del 3 y 17 de agosto de 1855: *La Masonería* –dice– *es una institución judía, cuya historia, reglamentos, deberes, consignas y explicaciones son judías desde el comienzo al fin, con excepción de alguna regla secundaria y algunas palabras en el juramento.*

Y por los numerosos documentos secuestrados de los Archivos masónicos de Budapest en 1919 (*La Franc-Maçonnerie en Hongrie*, Préface de Charles Wolf, Budapest, 1921) aparece claro que la masonería es una obra eminentemente judía. Así, por ejemplo, el libro que contiene la Constitución de la Gran Logia Simbólica de Hungría, impreso en Budapest en 1905, lleva la fecha de la era judía 5886. El texto de los votos pronunciados por los miembros está concebido en lengua hebraica. Las consignas, que cambian cada seis meses o cada año, son igualmente hebreas: La lista publicada al fin del libro nos muestra que el 92 por ciento de los miembros de las Logias son judíos, no son sino nombres como Abel, Bloch, Berger, Fuchs, Herz, Levy, Pollak, Rosenthal, Schon, etc., o bien nombres judíos magiarizados como Kun, Kadar, etc. (Ver Mons. Jouin, *La Judéo-Maçonnerie et l'Eglise Catholique*).

La afirmación de Gougenot des Mousseaux (*Le juif et la judaïsation des peuples*, 1869) de que *en el Consejo universal y supremo, pero secreto, de la Masonería, compuesto de nueve miembros, se han de reservar cinco asientos para los representantes de la nación judía*, no es tan peregrina.

Los judíos y la Revolución Francesa

La francmasonería es obra de los judíos. La Revolución Francesa, a su vez, es obra de la francmasonería. Por otra parte, la Revolución Francesa se hizo contra la Iglesia, en beneficio exclusivo de los judíos.

El Padre José Léhmann, célebre judío del siglo pasado, convertido, ha estudiado en forma concluyente la entrada de los judíos en la Sociedad Francesa y en los Estados cristianos.

La obsequiosidad de la Masonería –dice– *para con el judaísmo no tardó en manifestarse*. Los francmasones llevaron a la Constituyente la emancipación de los judíos, y ellos se encargaron de hacerla pasar. Es Mirabeau quien le prestará el apoyo perseverante de su elocuencia, y Mirabeau es francmasón de los altos grados, íntimo con Weishaupt y sus adeptos. Y cuando, después de dos años de titubeos, la Asamblea Constituyente, llegada a su última hora y en su penúltima sesión titubee aún, el francmasón y jacobino Duport exigirá el voto sin más trámite y con la amenaza en los labios.

Tal será –dice Léhmann– el primer servicio oculto hecho al Judaísmo por la Masonería. Después de éste vendrán otros. Ella es, en definitiva, el formidable pasillo, con cuya ayuda la cuestión judía está segura de encontrar una salida, el sombrío corredor a través del cual los hijos de Israel podrán desembocar a gusto en la Sociedad (Abbé Joseph Léhmann, *L'Entrée des Israëlites dans la Société Française et les Etats Chrétiens*, p. 356).

Los judíos emancipados y su plan de conquista del mundo cristiano

El 27 de septiembre de 1791 los judíos quedan completamente emancipados a la faz del mundo. Y con los judíos emancipados queda asimismo el orden social cristiano destruido bajo el pretexto mentiroso de los Derechos del Hombre. Los judíos podrán iniciar desde ya, a plena luz, su trabajo de conquista de la sociedad cristiana no sólo porque están en pie de igualdad con los pueblos cristianos, sino también porque las leyes anticristianas que se han implantado van a favorecer la ejecución de sus planes seculares.

¿Cuál será, desde entonces, la táctica judaica para lograr el propósito de dominación universal? Sumamente sencilla y sumamente eficaz.

Se apoderarán de las riquezas de todos los pueblos. Y con esa riqueza corromperán a los mismos pueblos física y moralmente hasta reducirlos a una multitud de esclavos, que no tendrán otro destino que trabajar bajo el yugo de esta raza maldita y en su exclusivo beneficio.

Hemos de demostrar tres cosas.

La primera, que con el *capitalismo* los judíos se apoderan de las riquezas de todos los pueblos.

La segunda, que con el *liberalismo* y el *socialismo* los judíos, dueños de las riquezas del mundo, envenenan a todos los pueblos, pervirtiendo su inteligencia y corrompiendo su corazón.

La tercera, que con el *comunismo* los judíos exterminan a sus opositores y sujetan a los cristianos a un yugo de esclavos imposible de romper.

Los judíos y el capitalismo

PRIMERA PROPOSICION

Con el capitalismo, los judíos se apoderan de las riquezas de todos los pueblos.

¿Cuál es la esencia, el corazón del régimen económico capitalista que está en vigor desde la Revolución Francesa y que ha producido las grandezas carnales de los pueblos modernos? Es el régimen de riqueza financiera como primer motor de todas las actividades económicas. El poder financiero que se concentra en los bancos impulsa y desarrolla toda actividad comercial, industrial y de cultura agrícolo-ganadera. El capital financiero es el gran factor de expansión económica. A través del crédito, del préstamo a interés, un capital financiero moviliza ingentes riquezas, que a su vez multiplican y acrecientan ese mismo capital financiero.

Los bancos se enriquecen rápidamente no sólo por el préstamo a interés en cuanto interés, sino sobre todo por el préstamo. También se enriquecen con el interés. Y bajo este concepto, el préstamo es maravilloso. Porque tenemos 10.000 pesos, y al cabo del año, sin que medie nuestro trabajo y nuestra preocupación, esta suma nos ha beneficiado con 600 pesos. Maravilloso, porque con él el dinero adquiere un poder de encantamiento, de imantación. El dinero, por sí solo, atrae más dinero. ¡Felices aquéllos que en un régimen donde esté en vigor el préstamo a interés posean dinero! Sin necesidad de

que lo arriesguen en empresas problemáticas podrán acrecentarlo. Basta que lo entreguen sobre buena garantía a un prestatario.

Maravilloso el préstamo a interés. Sin embargo, los judíos no pueden prestarse a interés entre ellos. Pueden, en cambio, prestar a los no judíos. (*Deut.* 23, 19). La razón de esta diferencia está en que entre ellos han de tratarse como hermanos, y en cambio a los extraños pueden tratarlos como a enemigos. Y en realidad el préstamo a interés, en un régimen económico de fuerte estabilidad monetaria, va creando dos clases bien definidas: la prestamista y la trabajadora. La prestamista, que forzosamente tiene que irse enriqueciendo porque el dinero cada día aumenta con nuevo e indefectible acrecentamiento. La trabajadora, que forzosamente tiene que trabajar para sí y para los prestamistas; y como éstos vanse acrecentando, luego tiene también que acrecentarse el trabajo de los productores hasta que llegue el momento en que sus trabajos no cubran lo que deben a los prestamistas, y entonces se vayan endeudando.

Pero hay otro capítulo por donde los bancos se enriquecen rápidamente, y es por las muchas operaciones de préstamo y devolución de los préstamos que realizan. Ello les permite, disponiendo de un fondo efectivo relativamente pequeño, realizar operaciones hasta diez veces superiores. Hay una verdadera creación de dinero en poder del banquero. El crédito es moneda. Y el banquero, al crear crédito crea moneda. Y al crear moneda se enriquece rápidamente. Sabido es que el sector judío, siendo relativamente pequeño en comparación del sector de gentiles que se dedica a la creación de riquezas, maneja sobre todo el poder financiero que se ejerce a través de los bancos. ¿Qué pasa, entonces, en la economía?

Los no-judíos cultivan la tierra, hacen florecer los campos, crean poderosos establecimientos agrícola- ganaderos, levantan industrias, descubren y utilizan nuevas invenciones, hacen surgir de la tierra las verdaderas riquezas, y sin embargo son, en gran parte, miserables deudores.

Los judíos, en cambio, ni cultivan, ni inventan, ni producen, y son los dueños de todo.

Siempre se los ve prendidos al oro; siempre manipulando mil papeles que se llamarán letras de cambio, cheques, pagarés, acciones, obligaciones, títulos, cuyos secretos sólo ellos conocen; siempre se quedarán con el oro, aun cuando a los demás les dejan estos papeles.

Y ellos, dueños del oro, que es el polo hacia donde todo converge, serán, por lo mismo, dueños de todo el movimiento financiero, de todo el movimiento comercial, de todo el movimiento industrial, de todo el movimiento agrícola-ganadero.

Ellos, que no cultivan un grano de cereal, tienen el monopolio del trigo, del arroz, del lino, del algodón, de la cebada y de todos sus derivados, del mundo entero; ellos, que no crían una oveja, poseen el monopolio de los ovinos, vacunos, porcinos, y en general de todas las carnes del mundo entero; ellos, que no explotan ninguna mina, son dueños de los yacimientos hulleros y petroleros, dueños del oro, de la plata, del estaño, del hierro, del cobre, de las fuerzas eléctricas; ellos, que no saben fabricar más que artículos de miserable calidad, controlan las fábricas más importantes de todos los países.

El Espíritu Santo dice en el *Eccl.* 10, 19, *que al dinero obedecen todas las cosas*, y los judíos, después de haber creado una economía que está toda ella en función del dinero, del acrecentamiento y multiplicación del dinero como último fin, han sabido quedarse con el dinero. Y así se han quedado con todo, incluso con los gobiernos. Porque como éstos siempre necesitan dinero, siempre son sumisos clientes de los judíos.

Pero, ¿y no podrían los gobiernos romper los lazos en que los tienen prendidos los judíos? Sí podrían, pero ¡es tan difícil! Porque fuera de otras muchas circunstancias, cuya enumeración sería larga, observemos solamente este hecho: los judíos, según les convenga, son nacionales o internacionales.

¿Se trata, pués, de afianzar en el país una industria o productos judíos? Ellos se afanarán por hacerlos figurar como nacionales o argentinos. Y si se quiere un signo relativamente acertado para conocer la procedencia judía de una fábrica o artículo, se tiene en el rótulo de nacional o argentino que ostentarán.

Pero, en cambio, cuando se los quiere constreñir con leyes o reglamentos que limiten su omnipotencia financiera, invocarán la procedencia belga, inglesa o americana, no dudando hasta exigir la intervención a estos gobiernos en resguardo de sus intereses.

El judío internacional ha creado el capitalismo internacional para tener en sus manos las riquezas internacionales. Werner Sombart ha escrito un voluminoso libro donde documenta con abundancia abrumadora cómo los judíos han creado el capitalismo y cómo sin ellos no se podría explicar este régimen económico. (*Les juifs et la Vie Economique*, traduit de l'allemand avec l'autorisation de l'auteur par le Dr. S. Jankélévitch, Payot, París, 1923). Henry Ford, el célebre rey del automóvil, aporta datos interesantísimos en *El judío internacional*, datos sobre todo relacionados con el poderoso capitalismo americano, que demuestran la influencia jamás sospechada de la Banca judía internacional. Ni se diga que H. Ford ha desmentido su poderoso libro, porque un libro como el suyo, abundantemente docu-

mentado, no se desmiente con una simple carta redactada bajo la presión de toda la judería internacional en contra de su industria. Al contrario, esta victoria de la judería en contra de una potencia como Ford es la mejor demostración del poder fantástico de los judíos, amos de las riquezas del mundo.

Los judíos y la corrupción demoliberal

SEGUNDA PROPOSICION

Con el liberalismo y el socialismo, los judíos, dueños de las riquezas del mundo, envenenan a todos los pueblos, pervirtiendo su inteligencia y corrompiendo su corazón.

El gran beneficiario de la revolución liberal burguesa ha sido el judío. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano se iba a convertir en la declaración de los derechos del judío. No se puede demostrar que la Revolución Francesa, que abrió la puerta de la sociedad a los judíos, haya sido obra directa de ellos. Sin embargo, ellos tuvieron gran parte en el éxito de esta revolución. Después de los estudios de Agustín Cochin (*Les Sociétés de Pensée et la Révolution en Bretagne*, Plon, París; *La société de pensée et la démocratie*, Plon, 1920; *La révolution et la libre pensée*, Plon, 1924; *Les actes du gouvernement révolutionnaire*, A. Picard, 1920) ha quedado en claro que a la masonería le cabe parte de primer plano en la Gran Revolución. El prologuista del libro *La Franc-Maçonnerie Française et la préparation de la Révolution* (Les Presses Universitaires, París), del notorio masón Gastón Martín, reconoce *que la masonería, resumiendo en ella el aporte francés de los filósofos y de los economistas el aporte inglés y americano, en fin, el aporte científico, ha sido, en medio del desorden de las instituciones y de los espíritus, una de las piezas maestras de la organización prerrevolucionaria y del orden nuevo, del orden burgués de 1789* (pág. xv), y añade: *El libro de M. Gastón Martín lo demuestra con una claridad luminosa.* Si la revolución fue en gran parte obra de la masonería, tiene que haberlo sido igualmente de los judíos, que eran elementos de los más activos en la promoción de logias.

Pero, en fin, sea esto más o menos discutible, lo cierto es que los judíos lograron una influencia preponderante en la sociedad liberal burguesa. En el sector financiero, comercial e industrial alcanzaron posiciones importantes, que pusieron en sus manos el manejo de la riqueza de los países, sobre todo de Francia, y en el sector cultural y educacional lograron un dominio también total.

La influencia desmesurada que habían de lograr en la población las minorías judías habría de provocar a su vez pogroms o perse-

cuciones, o un estado de animosidad que acompaña invariablemente a aquellos predominios. Es interesante leer los volúmenes de Simón Doubnov, *Histoire moderne du peuple Juif*, Tome I (1789-1848) y Tome II (1848-1914), Payot, París, para seguir esta alternativa de influencia de los judíos y persecuciones de los pueblos a través del siglo diecinueve en los países más diversos como Rusia, Alemania, Austria, Europa central, Francia, etc. Siempre se verifica el mismo fenómeno. Los judíos, dejados en completa libertad en la sociedad gentil, se apoderan de las posiciones de poder en el campo económico, cultural y político, y someten a toda la sociedad a un alto grado de corrupción de las formas de pensar y de actuar, lo que a su vez determina una fuerte reacción de la opinión pública en su contra.

Pero el demoliberalismo es sólo una etapa en el proceso de disolución de los pueblos. La otra etapa es el socialismo. Y aquí los judíos han tenido una actuación también de primer plano.

Que el socialismo sea judaico no sólo se demuestra porque sus prohombres fueran judíos, tales como Marx, Engels, Lasalle, Kurt Eisner, Bela Kun, Trotsky, León Blum, sino, sobre todo, como hace notar el judío Alfredo Nossig (*Integrales Judentum*, El Judaísmo integral), porque el socialismo y el mosaísmo no sólo no se oponen, sino que, por el contrario, entre las ideas fundamentales de ambas doctrinas hay una conformidad sorprendente [1].

El movimiento socialista moderno –dice– *es en su mayor parte obra de los judíos; los judíos fueron los que imprimieron en él la marca de su cerebro; igualmente fueron judíos los que tuvieron parte preponderante en la dirección de las primeras repúblicas socialistas. Sin embargo, los socialistas judíos dirigentes estaban, en su inmensa mayoría, alejados del judaísmo; y a pesar de eso, el papel que desempeñaron no depende de ellos, porque obraba en ellos de una manera inconsciente el principio eugenético del mosaísmo, y la raza del antigüo pueblo apostólico vivía en su cerebro y en su temperamento social.*

El socialismo mundial actual forma el primer estadio del cumplimiento del mosaísmo, el principio de la realización del estado futuro del mundo, anunciado por los profetas.

Por eso es por lo que todos los grupos judíos, cualesquiera que sean, o sionistas o adeptos de la Diáspora, tienen interés vital en la victoria del socialismo, la que deben exigir no sólo por principio y por su identidad con el mosaísmo, sino también por principio de táctica.

[1] Aunque sea falsa la afirmación de Nossig de que el mosaísmo sea socialista, sin embargo la cita tiene valor demostrativo en cuanto demuestra que la interpretación judía moderna del mosaísmo concuerda con el socialismo. (N. del A.)

Pero, diréis, ¿cómo es posible que el judío forje el socialismo y el capitalismo, dos fuerzas que se contradicen y se eliminan? Muy sencillo. Porque estas dos creaciones están forjadas para los cristianos, *ad usum christianorum*.

El capitalismo, para robarles lo que tienen; el socialismo, para envenenar a los que no tienen, y así establecer la lucha de clases.

Con capitalismo y pauperismo, con burgueses y proletarios, con liberalismo y socialismo, los judíos han logrado dividir el mundo en dos grandes bandos igualmente perniciosos. Y desde entonces todas las manifestaciones de la vida, culturales, benéficas, gremiales, religiosas, políticas, económicas, llevan el sello de uno u otro bando.

Y el catolicismo, que es la Salud del mundo, que forjó la Cristiandad, queda confinado en una "especie de ghetto", arrinconado apenas en las sacristías, en los seminarios y conventos.

Las gentes, el público, se han judaizado; los ricos con el liberalismo, los pobres con el socialismo. Todos piensan, odian, aman y danzan a lo judaico. Todos se sienten libres, es cierto. Libres para ser manejados, como títeres por el astuto poder de los hijos de Israel. Todos libres, pero ninguno piensa sino por el cerebro judaizado de su diario, de su libro, de su revista. Todos libres, pero ninguno odia ni ama sino a través de la artista o del actor judaizado del cine. Todos libres, pero sus ideas políticas, económicas, religiosas, filosóficas han sido preparadas e impuestas por los judíos.

Cuán exactas las palabras de un diario inglés (*Jewish World*, 9 febrero 1863) cuando dice: *El gran ideal del judaísmo es que el mundo entero esté imbuído de la enseñanza judía y que en una fraternidad universal de las naciones –un judaísmo hecho más grande– todas las razas y religiones separadas desaparezcan.*

Por su actividad en la literatura y en la ciencia, por su pasión dominante en todas las ramas de la actividad pública, están en tren de hacer vaciar gradualmente los pensamientos y los sistemas no-judíos en moldes judíos.

Hace años ya que se escribía esto... Hoy las cosas marchan muy avanzadas en favor de Israel...

Los judíos y el comunismo

TERCERA PROPOSICION

Que con el comunismo los judíos exterminan a sus opositores y sujetan a los cristianos a un yugo de esclavos imposible de romper.

Porque el comunismo es típicamente judaico, y ha sido y es financiado con el dinero judío.

Está comprobado quién es el que ha proporcionado, al menos como agente directo, el oro que ha favorecido, fraguado y financiado la Revolución Soviética: Jacobo Schiff, jefe de la fabulosa Banca Kuhn, Loeb and Co., fallecido en octubre de 1920.

A. Netchvolodow ha demostrado en su libro *L'Empereur Nicholas II et les juifs* cómo Jacobo Schiff adelantó fondos al Japón para la guerra con Rusia, cómo Schiff financió la propaganda revolucionaria entre los prisioneros de guerra rusos internados en Japón, cómo Schiff, el 14 de febrero de 1916, promete dinero a los revolucionarios rusos residentes en Nueva York, y cómo el mismo Schiff, según la relación secreta del Alto Comisario francés en Wáshington a su gobierno, en la primavera de 1917 proporciona subsidios a Trotsky para establecer en Rusia el comunismo.

Leamos parte de esta relación secreta, extraída de *los archivos de una de las principales instituciones gubernamentales de la república francesa* y que fue publicada por vez primera en el número 1, del 23 de septiembre de 1919, del diario "A Moscú", editado en Rostow-sobre-el-Don.

Dice así:

I. — En febrero de 1916 se supo por primera vez que se tramaba una revolución en Rusia; se descubrió que las personas y casas infrascritas estaban comprometidas en esta obra de destrucción:

1. *Jacobo Schiff, judío.*
2. *Kuhn, Loeb and Co., casa judía.*
   Dirección:
   Jacobo Schiff, judío
   Félix Warburg, judío
   Otto Kahn, judío
   Mortimer Schiff, judío
   Jerónimo H. Hanauer, judío.
3. *Gugenheim, judío.*
4. *Max Breitung, judío.*

Apenas hay duda de que la revolución rusa, que estalló un año después de la información antedicha, fue lanzada y fomentada por influencias claramente judías. De hecho, Jacobo Schiff hizo una declaración pública en abril de 1917 diciendo que gracias a su apoyo financiero había tenido éxito la revolución rusa.

II. — En la primavera de 1917 comenzó Jacobo Schiff a pedir al judío Trotsky ayuda para hacer la revolución social de Rusia...

De Estocolmo, el judío Max Warburg comanditaba igualmente a Trotsky y compañía, y asimismo pedía ayuda al sindicato Westfaliano-Renano, importante negocio judío, lo mismo que al judío Olef Aschberg, de la Nye Banken de Estocolmo, y al judío Jivotovsky, cuya hija se casó con Trotsky. Así se establecieron las relaciones entre los multimillonarios judíos y los judíos proletarios.

III. – En octubre de 1917 la revolución social tuvo lugar en Rusia, gracias a la cual ciertas organizaciones de los soviets tomaron la dirección del pueblo ruso. En estos soviets se destacaron los individuos siguientes: (sigue una lista de 29 judíos y de Lenín, ruso de madre judía).

VIII. – Si observamos el hecho de que la firma judía Kuhn, Loeb and Co. está en relaciones con el Sindicato Westfaliano-Renano, firma judía de Alemania; los hermanos Lazare, casa judía de París; y también la casa de banca Ganzburgo, casa judía de Petrogrado, Tokio y París; si observamos además que esos negocios judíos estan en estrechas relaciones con las casas judías de Speyer y Co., de Londres, Nueva York y Francfort, lo mismo que con la Banca Nye, negocio judío bolchevique de Estocolmo, se verá que el movimiento bolchevique como tal es, en cierta medida, la expresión de un movimiento general judío, y que ciertas casas de banca judías están interesadas en la organización de este movimiento.

Los aliados han obtenido una maravillosa victoria sobre el militarismo alemán. De las cenizas de la autocracia alemana se levanta una nueva autocracia mundial... es el imperialismo judío, cuyo propósito final es establecer la dominación judía sobre el mundo.

La judería internacional se organiza febrilmente, agrupándose, esparciendo sus doctrinas envenenadas, realizando enormes sumas de dinero... e invirtiendo enormes sumas para su propaganda.

Hasta aquí algunos fragmentos de este interesantísimo documento.

Yo creo que cuanto más profunda y universalmente se estudie al judío, más ha de afianzarse la convicción de que esta raza, que Dios ha querido junto a los pueblos cristianos como agente de la iniquidad, puesta para asechar, está efectuando con indefectible seguridad la revancha sobre estos mismos pueblos; es clarísimo el lento pero progresivo avance del judaísmo sobre los pueblos cristianos. Cada etapa de descristianización es un nuevo jalón en la judaización. Y el comunismo señala como el término, el *acabamiento de la emancipación de los judíos y el triunfo del judaísmo,* en palabras de una revista judía (*Vu,* abril 1932) porque ha sido *realizado por los judíos,* y más que esto, porque el comunismo es el sometimiento efectivo de una multitud de cristianos a la minoría judía.

El capitalismo, en la mente judía, no es más que una etapa transitoria que ha de terminar forzosamente en el nivelamiento igualitario que se logra en el comunismo. De aquí que el judío Walter Rathenau, el magnate de la finanza y de la industria alemana, uno de los hombres más poderosos del mundo, haya podido escribir: *La fórmula oratoria de la Revolución Rusa es la humanidad. Su deseo secreto: dictadura (provisoria) del proletariado y anarquismo idealizado. Su plan práctico en el porvenir, supresión de la estratificación europea, bajo la forma política de repúblicas socializadas. Después que durante siglos nuestro planeta ha edificado, acumulado, conservado, preservado los tesoros materiales e intelectuales para servir para el gozo de algunos, he aquí que llega el siglo de las demoliciones, de la destrucción, de la dispersión, del retorno a la barbarie...*

Con todo, no sólo debemos recorrer la ruta sobre la que hemos entrado, sino que queremos recorrerla. (Le Kaiser).

El hecho cierto es que las sangrientas convulsiones operadas en Rusia, Hungría y Baviera, y después en España, tienen todos los caracteres de una tragedia tramada y ejecutada por los judíos, con hombres tan sombríos como Lenin, Trotsky, Bela Kun y Janos Kadar.

Y desgraciadamente los hombres de raza judía no sólo han desempeñado un papel en el desarrollo de la revolución bolchevista, sino que han sido los principales actores en cada uno de los peores crímenes de esta revolución. En los anales del terrorismo hay cuatro nombres que surgen siniestramente: Jankel Yurovsky, el monstruo que asesinó a los once miembros de la familia imperial en los sótanos de la casa Ipatief en Yekaterinburgo, incluso las cuatro hijas del zar; Moisés Uritsky, el primer ejecutor en jefe de la Tcheka; Bela Kun, el verdugo de Budapest y de Crimea; Djerdinsky, el ejecutor general de la Tcheka. De estos cuatro nombres, ni uno solo es ruso; uno de los cuatro, polaco; los otros tres, judíos. (Ch. Sarolea, *Impressions of soviets.* Rusia).

Que el comunismo, como filosofía revolucionaria de Marx y como praxis implantada en Rusia, sea creación de los judíos no significa que éstos mantengan actualmente la iniciativa y el poder que tuvieran en los primeros lustros de la revolución del 17. El curso de los acontecimientos ha seguido allá un camino muy accidentado y, aunque los judíos, bajo nombres rusos, tienen todavía poder, éste ha declinado mucho, sobre todo después de 1947, en que se rompe la alianza de los dos bloques. Aunque todavía está en vigor en la legislación soviética diez años de prisión contra el que injuria a un judío, se puede sostener que, en general, predomina en la Rusia actual un sentimiento antijudío. Y, por otra parte, aunque los judíos

continúan promoviendo el comunismo prefieren verlo realizado en otras formas que en la rusa. No es difícil advertir que en la aspiración de los judíos el comunismo sionista comienza a desplazar al ruso. Si la Providencia no dispone otra cosa, pareciera que el Estado de Israel hubiera de encabezar un nuevo comunismo mundial.

El imperio universal judaico

¿Y junto con el comunismo qué otra cosa quieren los judíos? El imperio universal de su raza sobre los pueblos amansados, con Jerusalén por capital del mundo. Este es el sentido del movimiento sionista, el cual quiere la reintegración de los judíos en Palestina, no para que la *nueva Judea englobe la totalidad de los judíos, sino para que la creación de un centro judío sea a modo de un hogar común que comunique la impulsión necesaria a la mayoría de judíos que permanecerían en sus patrias de adopción.* (G. Batault, *Le Problème Juif*).

Entonces el sueño dorado de los judíos será una realidad. Porque cuando los judíos sean dueños del mundo, con Jerusalén por capital, entonces, sueñan, *ha de venir el Mesías, el gran conquistador que hará «a todas las naciones del mundo esclavas de los judíos»* (Drach, *De l'harmonie entre l'Eglise et la Synagogue*) *y que recibirá los dones de todos los pueblos y sólo rehusará el de los cristianos.*

Mixtura de judíos y de cristianos

¿Qué hay de verdad en estas pretensiones judaicas? ¿Lograrán esta dominación universal? ¿En qué medida? He aquí un problema difícil, cuya solución exigiría detenido examen. Es mejor omitir su tratado.

Lo que sí se puede decir es que hoy todas las fuerzas del mal que se han ido engendrando, consciente o inconscientemente, desde el Renacimiento hasta aquí, paganismo del Renacimiento, protestantismo, racionalismo, capitalismo, liberalismo, laicismo, socialismo, comunismo, todas ellas trabajadas por el virus del odio a Cristo y a su Iglesia, se están movilizando en un frente único... frente compacto, arrollador... y estas fuerzas están satánicamente comandadas por la Francmasonería y sobre todo por el Judaísmo. Los judíos desde el Gólgota hasta aquí, no han abandonado su tarea de crucificar a Cristo. Ahora como entonces, ellos han tramado en el secreto su plan diabólico que los gentiles han de ejecutar... Y están ejecutando. La lucha se establece, entonces, terrible, decisiva, entre el Judaísmo y el Catolicismo. Muchos dicen entre Moscú y Roma. Pero Moscú no ha sido más que un simple cuartel del Judaísmo Universal. La estatua que allí se ha querido levantar a Judas es todo un símbolo.

La lucha se entabla furiosa entre Ismael e Isaac, entre Esaú y Jacob, entre Caín y Abel. Caín está por asestar el golpe mortal sobre su hermano Abel. El judío, que fue siervo de la Iglesia, está logrando la revancha absoluta sobre su antiguo amo.

¿La logrará? ¿Vencerá Goliat a David?

Dios lo sabe. Pero unos son los planes de los hombres y otros son los planes de Dios. Y Dios sabe dirigir y encaminar los aciertos y desaciertos de los hombres para realizar sus fines secretísimos.

No hay duda que la mixtura de judíos y de cristianos, que se viene operando desde el Renacimiento, es perniciosa, porque la cizaña no se debe sembrar con el trigo, y esta mixtura nos tiene ahora abocados a una colisión, catastrófica, cuyo desenlace es difícil presagiar.

Pero si Dios la permitió, algo bueno se ha de poder sacar de esta mixtura.

¿Y qué bien puede sacar de ella el Señor?

En primer lugar, hacer expiar a las naciones cristianas sus impiedades de siglos, para que vuelvan contritas al Señor. Dios no llamó a los beneficios de la fe a los pueblos bárbaros para que éstos se entregaran a las idolatrías y abominaciones de los tiempos modernos. Los pueblos cristianos, con Francia, la hija primogénita de la Iglesia a la cabeza, debían ser los heraldos de la Fe y del Amor cristiano entre los pueblos de Oriente y Occidente, para que en toda la tierra fuese conocido e invocado el nombre del Señor. En cambio, han sido los heraldos del pecado.

Hay que expiar, entonces, estas culpas. Y así como el pueblo judío, que renegó de Cristo, fue entregado al cautiverio oprobioso de los otros pueblos, así ahora los gentiles conoceremos el oprobio de la esclavitud judaica.

No olvidemos que Cristo profetizó a los judíos: *Vendrán días de venganza... habrá gran apretura e ira sobre la tierra para este pueblo... Y caerán al filo de espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.* (*Lc.* 21, 22-24).

Y esta palabra de Cristo se cumplió y se cumple. El año 70 Jerusalén fue cercada por los ejércitos de Tito, el Templo fue incendiado y un millón 100.000 judíos fueron masacrados y otros 97.000 llevados prisioneros (Josefo, *De Bello Judaico*), y, desde entonces el judío anda errante, hecho oprobio y baldón de todos los pueblos, siendo un testigo inicuo de Cristo, Rey de los Siglos.

Si los judíos fueron castigados, ¿los pueblos descristianizados quedarán sin castigo?

Pero castigo éste que ha comenzado ya... porque ayer fue Rusia y mañana el mundo... castigo que será para todos, para judíos y cristianos; para ambos, porque ambos llevan siglos de espantosas impiedades.

Castigo espantoso y saludable, en el que la Justicia purificará y la Misericordia forjará apóstoles de santidad.

Creo que sin vocación de profeta es fácil prever que la humanidad ha de caer bañada en una ola general de sangre purificadora... sangre de los cismáticos rusos para expiar sus doce siglos de apostasía de Cristo, que está allí donde está Pedro; sangre de los herejes protestantes para lavar las felonías de cuatro siglos de maquinaciones anticristianas; sangre de los pueblos católicos que como viles rameras se han prostituído vergonzosamente, y ¡qué espléndido instrumento el judío en la mano de Dios para ser el verdugo de estos pueblos que trocaron la grandeza de la Cruz por la grandeza de Babel!... ¡Ah, pero también puede Dios suscitar un nuevo Atila (si no lo suscitó ya) que a judíos y a descristianizados los oprima como a la uva en el lagar!...

Todos tienen que ser purificados... ¿Y después? Después surgirán hombres de santidad, judíos y cristianos, varones llenos del cristianismo auténtico, de aquella fe y de aquella caridad cristiana de que estaban llenos los apóstoles y los mártires... No será posible el cristianismo falso y mentiroso de un siglo hipócrita; sólo después de la purificación se podrá efectuar la reconciliación de judíos y cristianos, de Esaú y de Jacob.

Filadelfia, unión de hermanos

No olvidemos que es doctrina católica de fe, enseñada explícitamente por San Pablo, que cuando a todas las naciones llegue el conocimiento de la fe, el pueblo de Israel se convertirá en masa y será un hecho Filadelfia, o sea la unión de los Hermanos.

En el dolor común de un común castigo entenderemos judíos y cristianos que somos hermanos, hermanos en Aquél que fue prometido a Abrahán, a Isaac, a Jacob. Aquél cuya sangre debe correr como signo de bendición en el corazón de todos los pueblos, porque únicamente en Él son benditos todos los linajes de la tierra.

Si puede ser saludable mi opinión, yo diré que la purificación general de los pueblos que ha de operarse en la próxima colisión catastrófica de las fuerzas del mal sobre las pocas fuerzas que opongan resistencia ha de ser una Efusión del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios, que es fuego ardiente, *Ignis Ardens*, abrasará a las almas,

por entre las llamas de castigos materiales penetrará en ellas y las hará encontrarse profundamente en Aquél que ha dicho: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón,*[1] porque si los hombres todos, judíos y gentiles, nos hemos perdido por la soberbia de nuestra carne, sólo nos podremos salvar en la humildad de Cristo, que no dudó en humillarse hasta los abatimientos de la Cruz.

[1] *Mt.* 11, 29. (N. del E.)

Capítulo IV

LOS JUDIOS EN EL MISTERIO DE LA HISTORIA Y DE LA ESCATOLOGIA

De lo que llevamos dicho surge la importancia excepcional que tiene en la humanidad el pueblo judío. Es un pueblo que acompaña a la humanidad en todo el proceso histórico. Ha habido pueblos que se han singularizado en un lugar del mundo, o que, si han sido singulares en todo el Universo, lo han sido por breve tiempo. Así los grandes imperios de la antigüedad y aún los modernos como los de España, Francia o Inglaterra. El pueblo judío, en cambio, está activo en todo el proceso de la historia y en lo más vivo del proceso. Esto nos corresponde aclarar ahora, haciendo previamente una consideración de tipo teológico sobre la marcha de la historia.

Las dos historias en una única historia

La trama histórica es un tejido complejo y heterogéneo de diversas acciones que cumplen distintos protagonistas por motivos muy diferentes. El hombre ocupa el lugar central de esta trama. Si no hubiera habido humanidad, es decir, un ser sensible, inteligente, no habría habido historia. Al menos historia como la muestra de acontecimientos de seres inteligentes, cuyas acciones se desarrollan en un proceso evolutivo. El hombre, de múltiples dimensiones, toca a lo más alto y a lo más bajo de la creación, de modo que su actuación compromete a todo el universo. Pero por encima del hombre hay un protagonista particularmente singular que asume la iniciativa de todo lo bueno que se encuentra en esta trama. Si siempre es verdad la enseñanza del Apóstol (*Sant.* 1, 17) de que *todo don y toda dádiva perfecta vienen de arriba*, lo es singularmente en la historia. Porque la historia es una trama de hechos singularísimos e imprevisibles que sólo puede escribir quien domine todo el curso de los acontecimientos. Si, de ser posible, fueran las criaturas quienes como autores principales la escribieran, se haría tan confuso y enredado el trazado, que se tornaría imposible la mera marcha del proceso histórico.

La historia comienza con la creación. Y en la creación es Dios quien toma la iniciativa. *En el principio creó Dios el cielo y la Tierra* (*Gén.* 1, 1). Y Dios continúa actuando en la humanidad para dispensar lo bueno que hizo en el comienzo. *Y vio Dios ser bueno cuanto había hecho.* (*Gén.* 1, 31). Las intervenciones divinas se hacen cada vez más urgentes e indispensables a medida que el hombre desordena con su actuación el plan que Dios ha impuesto a las cosas. Y siempre es admirable Dios en dar orientación y sentido a las acciones disparatadas de los hombres. El Apóstol no sale de su admiración precisamente al contemplar la sabiduría divina que ha trazado al proceso histórico inescrutable sentido. *¡Oh profundidad* —exclama (*Rom.* 11, 33)— *de la riqueza, de la ciencia y de la sabiduría de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!*

Si Dios tiene la iniciativa en el bien, la criatura la tiene en el mal. Y en el caso de la historia, es el hombre quien, bajo la sugestión del demonio, asume la responsabilidad de lo malo. El Génesis nos refiere cómo cumple esta tarea la primera pareja humana.

En la historia hay, entonces, protagonistas visibles e invisibles. Allí actúan los individuos, los pueblos, las civilizaciones y las religiones. Detrás de todos los hechos históricos está, en definitiva, el hombre con todas sus inacabables virtualidades. También actúan otras fuerzas de la naturaleza, incluídas las influencias de los astros. Pero actúan también los ángeles, los demonios y, por encima de todos, con inefable trascendencia, Dios.

Si miramos la cosa desde el punto de vista puramente humano, pensaríamos descubrir dos historias. Una que escribe Dios con su intervención especial en las cosas humanas, la otra que escribe el hombre. Una historia diríamos santa, y una profana. La historia santa, constituída por las intervenciones divinas en las cosas humanas, en la tarea especial de cumplir el plan que ha trazado el divino designio. Hay, entonces, una acción misteriosa del mismo Dios, que se inicia en la creación, continúa en la preparación del Mesías, culmina con la redención de Cristo resucitado y se ha de cerrar con la muerte del último elegido. Esta acción divina continúa dispensando las gracias a los elegidos y acomodando el curso de los acontecimientos humanos a esa dispensación de gracias. Y Cristo, la gracia máxima, es el centro de esa dispensación. Cristo en el misterio de su resurrección, victorioso del pecado y de la muerte. Unas gracias y unas intervenciones preparan el cumplimiento de este hecho central, otras lo cumplen y realizan en el tiempo, otras, en fin, le entregan, "traditio", a las sucesivas generaciones humanas, *para la edificación del Cuerpo de Cristo hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones*

perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo. (*Ef.* 4, 12-13). La Historia Santa es, en definitiva, la historia de Cristo y de la Iglesia, su Cuerpo Místico.

Hay otra historia, una historia profana, que escribe el hombre marcando su huella en todos los rincones de la tierra. Esta es la historia de las diversas civilizaciones que se suceden en el predominio de los acontecimientos humanos. Aunque parece aquí prevalecer la voluntad del hombre, adviértese, sin embargo, una dosis grande de necesidad, de fatalidad, "fatum", por donde se vislumbra cómo la acción providencial divina condiciona y cómo dirige la marcha de los acontecimientos humanos hacia fines cuyo conocimiento se reserva.

Es que en realidad no hay sino una única historia, la que escribe Dios con el concurso de todas las criaturas. Esta historia es un drama grandioso, con su principio, con su nudo y trama y con su desenlace. La augusta Trinidad inicia el desarrollo escénico con la obra de la creación. La criatura inteligente, creada gratuitamente por Dios, desordena con su pecado el primitivo plan divino sembrando desorden donde Dios puso orden. Dios aprovecha la culpa y el desorden del hombre para la realización de un plan más admirable de reparación, donde resplandezca su justicia y su divina misericordia. Cristo resucitado es la pieza maestra de este plan. Y con Cristo, sus elegidos. Cuando el Cuerpo de Cristo logre su plenitud, la historia habrá terminado.

Es que la historia, la que realizan los hombres, la profana, la que está constituída por la trama de las pasiones humanas en un afán loco por apoderarse de la tierra, no es más que un soporte secundario en el que Dios escribe su gran historia, su única historia. Porque Dios, que habita en la plenitud de la eternidad sin sentir ninguna especie de necesidad, por un acto libérrimo de su bondad ha querido comunicarse misteriosamente a las criaturas en grado más y más perfecto, y ha cumplido en el tiempo, en actos irreversibles y singulares –hapax–, un como acrecentamiento de la inefable vida trinitaria. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, introduce al hombre, y con él a toda la creación, en el seno mismo de Dios. Toda la historia, con sus ruidosos acontecimientos, se ordena a que Cristo, con los elegidos, entre en el seno de la misma deidad.

Por esto las Escrituras han dicho dos palabras que son la clave de la historia. Escribe San Pablo en la Primera carta a los Corintios (3, 20-23): *El Señor conoce cuán vanos son los planes de los sabios. Nadie, pues, se gloríe en los hombres, que todo es vuestro: ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas; ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero; todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.* Dice el Apóstol aquí que nadie debe gloriarse en

aquello que le es inferior, sino en lo que le es superior, porque, como enseña el Salmo 8, 7: *Todo lo pusisteis bajo sus pies.* Ahora bien, están debajo de cada fiel, en primer lugar, los ministros de Cristo, sea Pablo que plantó, sea Apolo que regó, sea Pedro que tiene el gobierno universal de las ovejas de Cristo, según aquello de la *2 Cor.*, 4, 5: *Nosotros, en cambio, vuestros siervos por Jesucristo.* Quiere decir que el orden religioso, y en consecuencia buena parte de la Historia Santa, está al servicio de los predestinados. En segundo lugar, "el mundo" también está debajo de cada fiel y le sirve en cuanto satisface sus necesidades o le ayuda al conocimiento divino, según aquello (*Sab.* 13, 5): *Por la hermosura y grandeza de la criatura.* En tercer lugar, *ya la vida, ya la muerte*, es decir, todos los bienes y todos los males de este mundo, ya que por los bienes se conserva la vida y por los males se llega a la muerte. En cuarto lugar, *ya lo presente, ya lo venidero,* porque con aquello nos ayudamos a merecer, y esto se nos reserva para el premio según aquello *No tendremos aquí ciudad permanente.* (*Hebreos*, 13, 14).

De este modo hay tres ordenamientos de la historia. El primero es el de las cosas de Cristo a los fieles. *Todo es vuestro.* El segundo, el de los fieles de Cristo a Cristo. *Vosotros sois de Cristo.* El tercero, el de Cristo, en cuanto hombre, a Dios. *Y Cristo es de Dios.* En estos tres ordenamientos está encerrado todo el drama de la historia, de la única historia, en la cual el conjunto de las criaturas se mueve para ejecutar y cumplir el plan divino. Por ello es tan profunda la enseñanza de Santo Tomás, quien ha visto que la historia, constituida por el movimiento de los hombres y de las criaturas, no tiene —como no lo tiene ningún movimiento— un fin en sí misma, sino fuera de sí. Por el movimiento, dice *De Pot* 3, 10 ad 4 y 4, con el cual Dios mueve las criaturas, se busca y se intenta otra cosa que está fuera del movimiento mismo, a saber completar el número de los elegidos, el cual, una vez obtenido, cesará el movimiento, aunque no la substancia del movimiento.

Quedaría por explicar cómo se verifica que los acontecimientos humanos, que al parecer se mueven casi exclusivamente por los designios de los hombres en oposición a los designios divinos, pueden en definitiva ordenarse al cumplimiento exactísimo de los divinos designios. San Pablo, haciéndose eco de unas palabras de *Job*, 5, nos da la explicación de este modo misterioso: *Pues escrito está,* dice, *Dios caza a los sabios en su astucia.* Y Santo Tomás comenta: *Caza Dios a los sabios en su astucia porque por esto mismo que maquinan astutamente contra Dios pone Dios obstáculo a sus designios y cumplen lo que se propone, así como por la malicia de los hermanos de José, que querían impedir su principado, se cumplió por la divina ordenación que José, vendido a Egipto, alcanzara el poder.*

El que Dios oriente todos los acontecimientos de la humanidad según un modo especialísimo y misterioso para la edificación del Cuerpo de Cristo, no impide, sino, al contrario, exige, que todos los acontecimientos se desenvuelvan también por causas propias puramente humanas. De este modo, la historia profana –lo que San Agustín llama ciudad terrena– tiene su sustancia y su ritmo propios, diferentes sino divergentes de los de la Ciudad de Dios. Los Libros Santos refieren ya que Caín, después que tuvo a su hijo Enoc, *púsose a edificar una ciudad, a la que dio el nombre de su hijo Enoc*;[1] cuenta también que de los descendientes de Caín, Tubalcaín –el primer metalúrgico– fue forjador de instrumentos cortantes de hierro y de bronce.[2] Después del diluvio nos muestran a los hombres concentrando sus esfuerzos en una tarea exclusivamente civilizadora, en la edificación de la ciudad de Babel, hasta que el Señor, con la confusión de las lenguas, los dispersó por el haz de la tierra.

Los Libros Santos no se ocupan ya en adelante de la historia profana, sino que, con el relato de Abrahán, entran en la historia Santa propiamente tal, y de ella se ocupan casi exclusivamente hasta el Apocalipsis. Pareciera que Dios abandonara la ciudad de los hombres a sus propios designios. La ciudad de los hombres nada tiene que ver con la de Dios, al menos directamente. Su vida se desenvuelve en un movimiento y en una dialéctica propia. Hasta pudiera pensarse algo más, y es que la estructura y la dinámica de las civilizaciones y de la vida profana de los hombres caen bajo el dominio del "Príncipe de este mundo". No porque sean en sí malas, sino porque éste adquirió sobre ellas posesión al ceder el hombre a su sugestión. Cierto que Cristo trabó combate contra el diablo en las tres tentaciones y le venció definitivamente en la cruz, pero sobre otro terreno y con otras armas. Sobre el terreno de la historia santa y con armas específicamente santas.

De aquí que la historia profana se mueva bajo el alto dominio del príncipe de este mundo. San Juan parece indicar las grandes leyes de la dialéctica de las civilizaciones. Dialéctica de la voluntad de poder por la dominación de unos pueblos sobre otros pueblos –orgullo de la vida–; dialéctica del enriquecimiento sin límites con la miseria y sujeción correlativa de los más débiles –concupiscencia de los ojos–; dialéctica de los celos y rivalidades sexuales –concupiscencia de la carne– (1 *Jo*, 2, 16). Por esto San Juan contrapone

1 *Gén*. 4, 17. (N. del E.)
2 *Gén*. 4, 22. (N. del E.)

la Historia Santa a la historia profana: *Sabemos que somos de Dios, mientras que el mundo está todo bajo el maligno.* (1 *Jo*, 5, 19).

San Pablo muestra, asimismo, la contraposición de la dialéctica del mundo, en la que hay rivalidad de judío y de griego –luchas por la dominación política–; de amo y de esclavo –luchas de dominación económica–; de varón y de hembra –lucha por las satisfacciones carnales–; a la ciudad de Dios, en que *todos sois uno en Cristo Jesús.*[1]

Las grandes pasiones de los hombres que estudian, analizan y combaten los Libros Santos son el motor del movimiento histórico de las civilizaciones. El cosmos corre hacia una unificación universal, bajo el férreo poderío del más fuerte. Toynbee ha visto bien cómo la civilización declina en una humanidad que progresa en la carrera por conseguir armas cada vez más poderosas. Un imperio sucede a otro imperio, una civilización a otra civilización. Pero si la voluntad del más fuerte tiene fuerza de ley, la substancia profana de la historia es amasada en la injusticia y camina a la degradación, y por aquí a la barbarie. Por esto, cuando una civilización se ha fortalecido devorando a la anterior que había entrado en decadencia, emerge por un momento en explosión de pujanza, pero luego declina de inmediato, para entrar en estado crónico de barbarie o en la muerte. Si atendemos a la substancia misma de que están formadas, ésta es la ley que rige a las civilizaciones. Ley del nacimiento y de la muerte, propia de todos los cuerpos naturales. En este plano de la substancia profana de la historia, la tesis de Spengler parece definitiva.

Pero el grave error de Spengler es creer que la historia profana de los pueblos debe ser la única historia. Será quizá, la única que puedan escribir los hombres. En esta misma historia que escriben los hombres, urgidos por la dialéctica de la triple concupiscencia, Dios escribe otra historia, la verdadera historia, la historia definitiva.

Pero si es cierto que el orden profano de la historia no ayuda directamente a la historia verdadera que escribe Dios en la edificación del Cuerpo de su Unigénito, es cierto que de manera indirecta, pero efectiva, también le sirve. Porque es en el mundo donde se edifica esta historia verdadera, aunque no se edifique ni con el mundo ni del mundo. La Historia Santa está insertada en la profana y mezclada en ella. La buena semilla es sembrada en el campo de la historia profana.

Ello determina que la historia profana cumpla una serie de servicios en favor de la Historia de las almas, cuya naturaleza y medida sólo Dios conoce. San Pablo fijó también esta ley: *Sabemos*

[1] *Gál.* 3, 28. (N. del E.)

—enseña— *que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son escogidos* (Rom. 8, 28). De aquí se sigue que *lo que acaece en los escogidos, que son las partes más nobles del universo, no se hace en beneficio de otros, sino de ellos mismos. No así, lo que acaece en los hombres que han de ser reprobados ni en todos los seres inferiores de la creación, pues éstos se ordenan para el bien de los escogidos. Y así como el médico provoca una herida en el pie para curar la cabeza, así Dios permite el pecado y el mal en unos seres para el bien de los escogidos. Para que se cumpla la palabra de la Escritura: el necio servirá al sabio, esto es, los pecadores a los justos.* (Santo Tomás *in Rom.* 8, 28, *n.* 697).[1]

Por aquí aparece cómo la historia profana está sostenida por la Historia Santa. Y si es cierto que la obra de Dios en los suyos no se cumple sino en el ancho y turbulento campo del mundo, sujeto a su vez a la dialéctica de la triple concupiscencia, y si esto crea una interdependencia entre las dos historias, no se sigue que la historia profana arrastre hacia sí a la Historia Santa, sino, por el contrario, que es ella la arrastrada y atraída por ésta. Pues los Santos juzgarán al mundo [2] y lo vencerán.

Los judíos en el misterio de la historia

La historia, en todos sus movimientos religiosos y profanos, se mueve al servicio del Cuerpo Místico de Cristo. A través de la historia se está completando el Cuerpo del Señor. Y el trabajo de incorporación de nuevos miembros al Cuerpo de Cristo se cumple por la fe. *Sin la fe es imposible agradar al Señor.* (*Heb.* 11, 6). *Pero ¿cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? ¿Y cómo pueden creer sin haber oído de Él? ¿Y cómo pueden oír si nadie les predica? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?* (*Rom.* 10, 14-15). De aquí que estén estrechamente unidos la historia, el Cuerpo Místico de Cristo, la fe, la predicación del Evangelio y la misión de los evangelizadores. La historia no tiene otra razón de ser que explayar el tiempo que se necesita para que los pueblos abracen la fe cristiana. Y este tiempo, a su vez, está condicionado por la fuerza y el ímpetu con que se haga oír la predicación por los pueblos de la tierra. Y a su vez este ímpetu de la predicación depende de la fuerza con que arraigue la fe en los pueblos para que se susciten misioneros que difundan el mensaje evangélico. La Iglesia está en estado de misión desde el día en que Cristo la ha privado de su presencia visible.

[1] Cfr. I-II, 79, 4. (N. del E.)
[2] 1 *Cor.* 6, 2 (N. del E.)

Y los pueblos cristianos, que han recibido el mensaje evangélico, tienen que constituirse en portadores de este divino mensaje a otros pueblos. La predicación del Evangelio justifica así la pervivencia de la historia. Cuando el Evangelio haya llegado a todos los pueblos, la historia debe cesar. *Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.* (*Mt.* 24, 14).

La vida de las naciones, por tanto, en la presente economía, tiene su razón de ser en la predicación del Evangelio. Pero a su vez la predicación del Evangelio está trabada y como frenada por una tensión fundamental que proviene del odio del judío contra la evangelización de los gentiles. Los judíos, como categoría histórica permanente, desempeñan este papel de ser los enemigos del Evangelio, que se oponen con toda su furia a que los gentiles se conviertan. Esta ley —ley histórica— la enuncia San Pablo en una serie de textos, cuya fuerza es necesario destacar. El más significativo es de 1 *Tes.* 2, 15-16. Allí dice: *Los judíos, aquéllos que dieron muerte al Señor Jesús y a los profetas, y a nosotros nos persiguen, que no agradan a Dios y están contra todos los hombres; que impiden que se hable a los gentiles y se procure la salvación. Mas la ira viene sobre ellos y está para descargar hasta el colmo.* Difícilmente se podrá resumir en menos palabras la culpa y el alcance de la misma que pesa sobre el pueblo judío. Se oponen a la predicación evangélica al dar muerte a Jesús, autor principal de la misma, y a los profetas que la prepararon; y persiguiendo a los apóstoles que la difunden. No agradan a Dios, aunque piensan lo contrario. Están contra todos los hombres. San Pablo enuncia aquí la ley explicativa de la enemistad permanente como categoría histórica del pueblo judío contra todas las naciones. Y aclara de qué manera se oponen a todos los pueblos; es, a saber, impidiendo su evangelización y salvación. Éste es el papel del pueblo judío: sembrar la corrupción y la ruina de los pueblos, sobre todo de los cristianos.

Esta ley de persecución de la Sinagoga contra la Iglesia la expone también San Pablo en *Gál.* 4, 28-29, donde dice: *Y nosotros, hermanos somos hijos de la promesa, a la manera de Isaac. Mas así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el Espíritu, así también ahora.* Ismael, hijo de Abrahán por la esclava Agar, perseguía a Isaac, hijo de Abrahán por Sara. Así la Sinagoga persigue a la Iglesia. De modo permanente y fundamental como una categoría histórica. Y como la Iglesia está en estado de misión, llevando el Evangelio a todos los pueblos a través de la historia, la Sinagoga traba esta tarea y el plan de evangelización.

Por ello la Iglesia, con gran sabiduría y adoctrinada por el Apóstol sobre las intervenciones de la Sinagoga, cuando tuvo fuerza en lo

temporal se opuso a la entrada de los judíos en los pueblos cristianos. Sabía que era un pueblo peligroso, que asechaba la perdición de los cristianos. Pueblo sagrado, sin duda, no había que perseguirlo y debía ser tratado con respeto, como correspondía a la grandeza de sus padres. Pero pueblo enemigo, del que era necesario precaverse y defenderse. La disciplina del ghetto se acomodaba a su triste condición.

Los judíos, desde el ghetto, aunque impotentes para asestar golpes mortales contra la cristiandad, maquinaban de mil diversas maneras para perder a los pueblos cristianos. Disponían de dos armas poderosas: un conocimiento dialéctico de la palabra de Dios que les daba la ciencia rabínica, y con el que podían forjar toda clase de herejías, y el poder del oro con qué corromper las costumbres, sobre todo de los poderosos. Hicieron algún mal, pero desde fuera, sin llegar a apoderarse del control de las sociedades cristianas.

Pero cuando el fervor cristianos se enfrió y los pueblos se paganizaron, la sociedad otrora cristiana abrió sus puertas a los judíos. La Revolución Francesa, que señala la muerte de la sociedad cristiana, introduce en su seno a los judíos. Desde allí dentro, y alcanzando cada vez más poderío, los judíos logran corromper cada vez más profundamente a los pueblos cristianos. Con el liberalismo, el socialismo y el comunismo disuelven todas las instituciones naturales y sobrenaturales que había consolidado el cristianismo. La estructura de las naciones cristianas se rompe. Los pueblos ya no se proponen objetivos misionales ni empresas políticas. Se transforman en conglomerados de individuos movidos por el bienestar puramente económico, el cual, a su vez, no pueden alcanzar sino en dependencia y al servicio de los judíos, que se convierten en amos de la riqueza mundial.

La tensión judío-gentil que ha establecido Dios en el seno de las naciones se acrecienta a medida que éstas se alejan de Jesucristo. Y con razón. Porque esta tensión sólo puede desaparecer en el cristianismo San Pablo lo enseña categóricamente: *En Cristo no hay judío ni gentil.* (*Gál.* 3, 28). Por tanto, si las naciones no quieren caer bajo la dominación del judío, tienen que someterse al yugo suave de la ley de Cristo. Si, en cambio, rechazan el reinado público de Jesucristo, habrán de caer necesariamente bajo la dominación judaica. La ley de la tensión dialéctica de judío y gentil opera necesariamente con rigor teológico. Y la Europa otrora cristiana, que debió ser portaestandarte del Evangelio a todos los pueblos del Universo, ahora judaizada, lleva la explotación y la ruina a los pueblos paganos, creando allí obstáculos insuperables a la predicación del Evangelio.

Esta ley de tensión dialéctica entre judíos y gentiles, que San Pablo denuncia en 1 *Tes.* 2, 15-16, y que rige la evangelización de los pueblos, tiene que fundarse en alguna disposición misteriosa de la Providencia en la presente economía. San Pablo así lo enseña en los capítulos nueve, diez y once de la Carta a los Romanos. Vamos a puntualizar sus enseñanzas, para mayor claridad.

1. *Existe una superioridad y preeminencia del judío sobre el gentil.* Como es sabido, la elección divina en favor de este minúsculo pueblo llena páginas maravillosas del Antiguo Testamento. El Apóstol no deja de recordárselo a los orgullosos romanos.

Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal; primero sobre el judío, luego sobre el gentil; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil. (*Rom.* 2, 9-10).

Si es cierto que tanto judíos como gentiles son pecadores inexcusables (*Rom.* 2, 1), sin embargo los judíos tienen una superioridad que San Pablo reconoce abiertamente: *¿En qué, pues, aventaja el judío o en qué aprovecha la circuncisión?* Y contesta: *Mucho, en todos los aspectos. Porque primeramente le ha sido confiada la palabra de Dios.* (*Rom.* 3, 1-2).

Pero, podrá argüir alguno, los judíos han sido infieles y se han hecho indignos de las divinas promesas. Contesta el Apóstol: *¡Pues qué! Si algunos han sido incrédulos, ¿acaso va a anular su incredulidad la fidelidad de Dios?* [1] Y en *Rom.* 11, 28-29, añade: *Por lo que toca al Evangelio, son enemigos para vuestro bien, mas según la elección son amados a causa de los padres. Que los dones y la vocación de Dios son irrevocables.*

2. *Pero la superioridad que Dios ha adjudicado al judío le viene de la fe y no de la carne.*

La tentación permanente del pueblo judío ha consistido en creer que su grandeza le venía puramente por su linaje carnal y no por la fe. Es claro que su linaje carnal era grande, por cuanto debía ser el vehículo que nos trajera al Salvador. Pero era grande por el Salvador y porque Dios en sus designios había elegido su linaje y no otro para traernos al Salvador. San Pablo señala fuertemente esta verdad en *Gál.* 3, 6, haciendo ver que la grandeza de Abrahán no consistió en su carne, que por ella fue padre de Ismael de la esclava Agar, sin que ello le trajera ninguna gloria; su grandeza consistió en

[1] *Rom.* 3, 3. (N. del E.)

la fe, en que creyó, creyó que Sara, su mujer, anciana ya, le daría a Isaac, hijo de la Promesa, y tanto creyó Abrahán, que no dudó en obedecer al mandato divino y sacrificar a su unigénito. La fe salva. La ley y la carne pierden porque son una maldición. Y Cristo nos redimió de la maldición de la Ley haciéndose por nosotros maldición, pues escrito está: «Maldito todo el que está colgado del madero», para que la bendición de Abrahán se extienda sobre las gentes en Jesucristo y por la fe recibamos la promesa del Espíritu.[1]

3. *La tensión judío-gentiles, con la superioridad del judío sobre el gentil, termina dentro del cristianismo.*

Esta categoría histórica que significa la tensión dialéctica de judíos-gentiles, que ha de regir toda la historia en la teología de San Pablo, termina en el Cristianismo. No con término temporal, sino suprahistórico.

Cuando judíos y gentiles entran en la Iglesia, hacen profesión de Cristo, en el cual termina toda división. Así lo enseña el Apóstol en *Gál.* 3, 26-28: *Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús.*

El Cristianismo no se realiza de una vez, sino que se cumple progresivamente en el proceso histórico. Las tensiones, y en especial la de judío y gentil, han de existir para que se cumpla el proceso de evangelización de los pueblos. Por ello el judío se hace presente en todos los pueblos a la par de los misioneros. Si en cierto modo su presencia confirma el mensaje evangélico como cumplimiento de las profecías, de otro modo él es el contradictor auténtico de Cristo y del Cristianismo, *que impide que se hable a los gentiles y se procure su salvación.* (1 *Tes.* 2, 16).

Pero una vez convertidos, tanto el judío como el gentil, nada tienen que temer a los judíos. No porque éstos no asechen, sino porque sus asechanzas son vanas para el que está unido a Jesucristo.

4. *Hay, pues, un gran misterio con respecto a los judíos, y es que parte de ese pueblo ha sido reprobado para que pudieran ser salvos los pueblos gentiles.*

El apóstol nos enseña que parte de Israel ha sido reprobada. En *Rom.* 9, 30-33, enseña abiertamente: *Pues ¿qué diremos? Que los gentiles, que no perseguían la justicia, alcanzaron la justicia; es decir, la justicia por la fe, mientras que Israel, siguiendo la ley de la justicia, no alcanzó la Ley. ¿Y por qué? Porque no fue por el camino de la fe, sino por el de las obras. Tropezaron con la piedra del escándalo, según está escrito: He aquí que pongo en Sión una piedra*

[1] *Gál.* 3, 13-14. (N. del E.)

de tropiezo, una piedra de escándalo, y el que creyere en Él no será confundido.

Se cumplió la palabra de Isaías (28, 16): *Por eso dice el Señor Yavé: Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, piedra angular, de precio, sólidamente asentada.* Contra esta piedra tropezó y cayó parte del pueblo judío. *Dióle Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy.* (*Rom.* 11, 8). Y añade el Apóstol: Y *David dice: vuélvase su mesa un lazo, y una trampa y un tropiezo, en su justa paga; oscurézcanse sus ojos para que no vean y doblegue siempre su cerviz.* (*Rom.* 11, 9-10).

Pero la reprobación no ha sido total, sino sólo en parte, y Dios se ha reservado un resto de Israel. Así lo enseña claramente el Apóstol: *Según esto, pregunto yo: ¿Pero es que Dios ha rechazado a su pueblo? No es cierto... ¿o es que no sabéis lo que, en Elías, dice la Escritura, cómo ante Dios acusa a Israel? «Señor, han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo y aún atentan contra mi vida». Pero ¿qué le contesta el oráculo divino? Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Balaam. Pues así también en el presente tiempo ha quedado un resto, en virtud de una elección graciosa.* (*Rom.* 11, 1-5).

Fue reprobada parte de Israel para que la misericordia alcanzase a los pueblos gentiles. Aquí está precisamente el misterio en que Dios, compadecido de los pueblos y resuelto a salvarlos, permite la perdición de parte de Israel y en su sustitución dispone la inserción de los pueblos gentiles en la gran Oliva de la Iglesia. *Pero pregunto* —dice el Apóstol (*Rom.* 11, 11)—: *¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salud de los gentiles para excitarlos a emulación.*

Los gentiles han de tener buen cuidado de no enorgullecerse, pensando que la caída de parte de los judíos se ha efectuado en mérito a ellos; antes bien, han de temer ante el insondable misterio de la misericordia y de la justicia divina. Y a propósito, dice el Apóstol: *Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir, de la pinguosidad del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engríes, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero dirás: Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera insertado. Bien por su incredulidad fueron despojadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.*[1]

[1] *Rom.* 11, 17-21. (N. del E.)

5. *La reprobación de parte de Israel es permitida hasta que la plenitud de las naciones entre en la Iglesia.*

San Pablo enseña abiertamente que: *el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones, y entonces todo Israel será salvo.* (*Rom.* 11, 25-26).

6. *Mientras parte de Israel sea reprobada y los gentiles convertidos, se ha de suscitar una envidia de los judíos contra los gentiles convertidos.*

San Pablo enuncia esto en diversos pasajes. Así en *Rom.* 10, 19, hace suyas las palabras de Moisés: *Yo os provocaré a celos de uno que no es mi pueblo, os provocaré a cólera por un pueblo insensato.* Y en la misma carta, 11, 14, *por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a algunos de ellos.* Santo Tomás, en su comentario de este pasaje, advierte que los judíos sentían envidia e ira contra los gentiles convertidos, esto es, ira que provenía de la envidia. Se dice, añade, que Dios los induce a envidia y los mueve a ira, no en cuanto causa en ellos la malicia, sino en cuanto les sustrae sus gracias, o más bien convirtiendo a los gentiles, de donde los judíos toman ocasión de ira y de envidia.[1]

Esta ira y envidia de que habla aquí el Apóstol es la que provoca las persecuciones contra la Iglesia y los cristianos de que habla el Apóstol en 1 *Tes.* 2, 15 y *Gál.* 4, 29, cuyos textos hemos reproducido. Adviértase bien que esta enemistad no constituye propiamente tensión, por cuanto esta noción supone reciprocidad de acciones; y aunque la Iglesia es odiada por la Sinagoga, no odia a ésta, sino que se limita a precaverse contra sus asechanzas y ataques.

Estas asechanzas y ataques de la Sinagoga contra la Iglesia y los cristianos se cumplen sobre todo en el plano público de las naciones, y son factores eficaces del movimiento de la historia, como lo llevamos dicho.

7. *En el correr de la historia, a pesar de la reprobación de parte de Israel, algunos judíos serán salvados.*

San Pablo enseña, *Rom.* 11, 14, que por honor de su ministerio y despertando la emulación de sus hermanos los judíos, salvará a algunos. No parece anunciar esto como una exclusividad de su apostolado personal, sino como una constante de toda la historia cristiana.

8. *Pero también Israel se convertirá.*

Así lo anuncia clara y gloriosamente el Apóstol: los judíos se convertirán. *Y si su caída es la riqueza del mundo y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!* (*Rom.* 11,

[1] In *Rom.* 10, 19, n. 852. (N. del E.)

12). Y más adelante: *Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será la reintegración sino una resurrección de entre los muertos?* (*Rom.* 11, 15).

San Pablo tiene buen cuidado de advertir que la caída de Israel se ha hecho provisoria y únicamente en favor de los gentiles. *Porque no quiero* –dice–, *hermanos, que ignoréis ese misterio, para que no presumáis de vosotros mismos; que el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones.* Y como si no fuera suficiente, añade el Apóstol: *Y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: Vendrá de Sión el Libertador para alejar de Jacob las impiedades. Y ésta será mi alianza con ellos cuando borre sus pecados.* (*Rom.* 11, 25-27).

No podría San Pablo señalar con más fuerza la conversión de los judíos, y ello como un derecho; es decir, como queriendo significar que si su caída se había efectuado para hacer un favor a los gentiles, no bien cumplido dicho favor debían los judíos ser reintegrados. San Pablo no oculta el orgullo de su raza, que fue elegida por Dios. *Que soy yo israelita, del linaje de Abrahán, de la tribu de Benjamín.* (*Rom.* 11, 1).

La conversión de los judíos había sido asimismo claramente anunciada en los Profetas del Antiguo Testamento. Los salmos 147 y 126 la celebran con aire triunfal. Isaías (59, 20), Jeremías (31, 10-12; 16-17; 33), Ezequiel (37, 1), Oseas (3, 4-5), Malaquías (3, 2-3),[1] no dejan de cantarle con júbilo. Y el Nuevo Testamento lo anuncia, aunque con aire dramático. *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste! Vuestra casa quedará desierta, porque en verdad os digo que no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor.* (*Mt.* 23, 37-39, *Lc.* 13, 34-35). El acento de esta predicción no se pone en la conversión, sino en el castigo de que será objeto el pueblo judío por su incredulidad. La conversión está anunciada de modo indirecto, en cuanto se dice en ella que los judíos saludarían a Jesús con *el Bendito el que viene en nombre del Señor.*

También Lucas, 21, 24, anuncia la conversión de Israel: *Caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones, y Jerusalén será hollada por todos los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.*

San Pablo, en la 2a. Carta a los Corintios, 3, 15-16, también revela la vuelta de los judíos al Señor: *Hasta el día de hoy, siempre que*

[1] Cfr. pág. 98: *Mal.* 4, 5-6. (N. del E.)

leen a Moisés, el velo persiste tendido sobre sus corazones; mas cuando se vuelvan al Señor, el velo será corrido.

9. *Los judíos se convertirán al filo de la historia.*

La conversión de los judíos está claramente anunciada en las Escrituras. Pero lo que es problemático es el tiempo en que se ha de cumplir. Hasta aquí la opinión corriente de los exégetas, y en especial de Santo Tomás, era que la conversión iba a poner término al desarrollo de la historia, y en consecuencia sería al final de la historia. Pero recientemente autores como Charles Journet (en "Destinées d'Israël", *Egloff, París,* 1945, pág. 339 y siguientes) han defendido que el retorno a Israel se producirá en la trama misma de la historia. Que lejos de poner punto final al desarrollo histórico, sería un hecho de tal magnitud que daría como fruto *una gran epifanía de catolicidad,* la que se desarrollaría por varios siglos. Que el final de la historia vendrá recién después de la conversión de los judíos y de la gran epifanía de catolicidad que ella suscitaría, cuando se levantarían las grandes persecuciones, bajo la acción del misterio de iniquidad que anuncia San Pablo en 2 *Tes.* 2, 7.

Journet quiere fundar su opinión en las palabras del Apóstol: *Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?* [1] El apóstol, arguye Journet, no dice la resurrección de los muertos, *sino una* resurrección. Quiere decir, en consecuencia, que el retorno de Israel provocará en la Iglesia una tal recrudescencia del amor que podrá compararse a un retorno de los muertos a la vida. El mundo, prosigue, después de la conversión de los judíos participará, de una manera más plena y manifiesta, de la resurrección primera de los mil años, de que habla el Apocalipsis, 20, 4-6, es decir, de la vida de la gracia, tal como ha sido derramada con profusión por Cristo durante toda la era de la aparición milenaria o mesiánica, la cual comienza con los días de la encarnación y dura hasta el tiempo de su segunda parusía al fin de los siglos. (*Ibid.*, 341 y E. B. Allo, *L'Apocalypse de Saint Jean*, p. CXXXI).

Pero a esto es fácil contestar. Cierto que del texto en cuestión se sigue que la conversión de los judíos debe traer al mundo y a los gentiles un bien mucho mayor que el que trajo su caída. Pero ¿cuál ha sido el fruto de la caída de los judíos? Nada menos que la Redención, llamada por Pablo *riqueza del mundo...* [2] *riqueza de los gentiles,* [2] *reconciliación del mundo.* [3] ¿Y qué otro acontecimiento esencial puede ser comparable a éste, aún más, superarlo en riqueza,

[1] *Rom.* 11, 15. (N. del E.)
[2] *Rom.* 11, 12. (N. del E.)
[3] *Rom.* 11, 15. (N. del E.)

sino la parusía misma? Al menos, cierto es que un mayor grado de efusión de la gracia no puede compararse como cosa igual o mayor que la efusión substancial de la gracia que se opera en la Redención.

Pero había una razón más fundamental, que explica por qué los antiguos exégetas han ligado, a despecho de *una resurrección de entre los muertos,*[1] la conversión de Israel a la resurrección final. Y esta razón era su concepción de la historia, que les hacía percibir que la oposición de judíos y gentiles era una categoría histórica que iluminaba todo el misterio de Cristo y de su redención del Universo, de modo que cuando terminara dicha oposición terminaba también la historia. En consecuencia, como la conversión de Israel ponía fin a la tensión de judíos y gentiles, ponía fin también a la historia. (Ver Gaston Fessard, "Théologie et Histoire", en *Dieu Vivant*, Nº 8).

La conversión de los judíos es un hecho metahistórico, propiamente escatalógico, porque ha de poner fin a un factor que hace marchar la historia, cual es la tensión de judíos y gentiles. Es claro, por otra parte, que no puede hablarse de un hecho totalmente fuera de la historia, como si se realizase por encima del tiempo y de la historia. *Mientras hay tiempo, hagamos bien a todos* (*Gál.* 6, 10), y sólo el tiempo histórico es tiempo de hacer bien y salvarse. Luego, la conversión de los judíos debe realizarse dentro de la historia y al final de ella. Digamos, al filo de la historia.

10. *La historia marcha hacia la escatalogía, en que habrá un solo pueblo de judíos y gentiles.*

La historia se mueve agitada desde adentro por la división de judíos y gentiles, de amo y libre, de hombre y mujer. Luchas religiosas, políticas, económicas, y sociales mueven unos pueblos contra otros en un afán loco de predominio. El papel que le cabe a la tensión judío-gentil en esta marcha de la historia es primordial. Y ello no como simple hecho, sino como ley que ha sido puesta por Dios en la razón de ser de la historia misma que es la predicación del Evangelio. San Pablo nos ha revelado este misterio. Pero San Pablo nos revela también que la historia marcha a la perfecta unidad de Cristo, donde no hay judío ni gentil.

En su magnífica Carta a los Efesios (2, 12) recuerda primeramente a los gentiles la triste condición en que estuvieron en un tiempo. *Estuvisteis* —les dice— *entonces sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la Alianza de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.* El estado de la gentilidad no puede ser más desgraciado.

[1] *Rom.* 11, 15. (N. del E.)

Pero *los que en un tiempo estabais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo.*[1] Los pueblos gentiles han entrado en la Iglesia y han escuchado la palabra de salvación, y la Iglesia es la verdadera sociedad de Israel. Y Cristo *es nuestra paz,*[2] *y reconciliando a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad.*[3]

En Cristo, pues, se ha hecho la paz entre los dos pueblos. Porque viniendo *Él nos anunció la paz a los de lejos y la paz a los de cerca, pues por Él tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu.*[4]

En Cristo Jesús, entonces, ni judíos ni gentiles, *sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas. Y de esta edificación Cristo es la piedra angular.* (*Ef.* 2, 19-20). Y durante todo el proceso histórico se cumple la edificación de la Iglesia, tomando las piedras de todos los pueblos, de judíos y gentiles, de acuerdo al insondable plan divino. Y allí, en la Iglesia que es Cristo prolongado, termina toda división, de tal suerte que cuando esté la Iglesia totalmente edificada acabará también la historia.

Los judíos en el misterio de la escatología

Para tener una idea cabal del pueblo judío y de su enorme significación en el plan de redención y santificación del mundo, hay que tener presente también su papel en la metahistoria o escatología, es decir, en aquellos acontecimientos postreros que, ya fuera de la historia, están como gravitando sobre toda ella y atrayéndola hacia sí. Estos acontecimientos comienzan:

a. Con la plenitud de las naciones que han de ser evangelizadas aún como naciones en sus estructuras culturales que les hacen tales naciones determinadas. Proceso que se ha de ir verificando a través de toda la historia, en gran parte, y como efecto principal de la dialéctica entre judíos y gentiles, entre Sinagoga e Iglesia. El momento preciso de la historia que vivimos está caracterizado por la culminación de la lucha de la Sinagoga contra la Iglesia para impedir que el Mensaje cristiano llegue a la plenitud de los pueblos. La Iglesia está a punto de hacer penetrar este Mensaje en los pueblos. Pero la Sinagoga, con el liberalismo y el comunismo, rechaza fuertemente este Mensaje. Sin embargo, la Iglesia, sobre todo en su foco fontal, la Cátedra romana, se está revistiendo de una vita-

1 *Ef.* 2, 13. (N. del E.)
2 *Ef.* 2, 14. (N. del E.)
3 *Ef.* 2, 16. (N. del E.)
4 *Ef.* 2, 17-18. (N. del E).

lidad excepcional que, bajo la fortaleza del Espíritu Santo, la hace capaz de deshacer el cúmulo de errores que en los últimos cuatro siglos ha acumulado la Sinagoga en el mundo. Éste parece ser el significado de los mensajes marianos al mundo actual anunciando la paz, bajo la cual estaría significada la plenitud de los pueblos en el seno de la Iglesia. Ésta es también la significación del Concilio Ecuménico Vaticano II.

b. Al cumplirse la plenitud de las naciones en el seno de la cristiandad también irían multiplicándose las conversiones de los judíos, cada vez más valiosas en número y calidad, por el efecto de la emulación de que habla el Apóstol. Pero tanto la plenitud de los gentiles en el seno de la Iglesia como las conversiones de los judíos provocarían una mayor rabia y resentimiento contra la Iglesia en el núcleo central del judaísmo, que a medida que se haría más pequeño se tornaría también más fanático, hasta lograr éxito en su tarea de corromper y someter al mundo de la gentilidad. Así se prepararía y cumpliría la apostasía universal de que nos habla San Pablo, 2 *Tes.* 2, 3, cuando dice: *Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición;* y San Lucas (18, 8) donde el Señor pregunta: *Pero cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?;* y San Mateo (24, 12), donde el Señor dice: *Y por exceso de maldad se enfriará la caridad de muchos.* También 1 *Tim.* 4, 1.

c. La apostasía universal formará un solo hecho histórico con el advenimiento del Anticristo, como se desprende del pasaje de la 2 *Tes.* 2, 3 de San Pablo. El Anticristo será reconocido como el Mesías de los judíos y amo de los gentiles. De esta suerte, la apostasía universal de los pueblos gentiles y la dominación judaica sobre todos los pueblos constituirán también un solo hecho histórico. El advenimiento del Anticristo será en la operación de Satanás, esto es, por la sugestión. Será soltado Satanás de su cárcel, saldrá y seducirá a las naciones (*Apoc.* 20, 7).

d. A la plenitud de las naciones que podrá ser, en absoluto, contemporánea con la apostasía universal y con el advenimiento del Anticristo sucederá la conversión de los judíos que se efectuará principalmente por la predicación de Elías y Enoc según aquello de Malaquías, 4, 5-6: *Ved que yo mandaré a Elías, el profeta, antes que venga el día de Yavé, grande y terrible, Él convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, no venga yo a dar la tierra toda el anatema.*

e. Con la apostasía universal y la revelación del Anticristo se producirá la gran tribulación que anuncia Jesús en el Evangelio. (*Mt.* 24, 21; *Mc.* 13, 19; *Lc.* 21, 25).

f. *Luego, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo y las columnas del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá el estandarte del hijo del hombre en el cielo y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande.* (*Mt.* 24, 29-30; *Mc.* 13, 24-26; *Lc.* 21, 27).

g. *Y enviará sus ángeles con poderosas trompetas y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta otro.* (*Mt.* 24, 31; *Mc.* 13, 27).

h. *Cuando el hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria y se reunirán en su presencia todas las gentes y separará a unos y otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos y pondrán a las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.* (*Mt.* 25, 31-33).

i. Pero cuando venga el día del Señor pasarán con estrépito los cielos, y los elementos abrasados, se disolverán, y asimismo la tierra como las obras que en ella hay. (2 *Pedro*, 3, 10).

j. Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva. (2 *Pedro*, 3, 13). Pues Dios va a crear otro cielo nuevo y tierra nueva (*Is.* 65, 17) según la visión del Apocalipsis (21, 1): *Ví un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar no existía ya.*

k. Y se hará un gran banquete *para que comáis y bebáis en mi reino y os sentéis sobre tronos como jueces de las doce tribus de Israel.* (*Lc.* 22, 30).

Así como el pueblo de Israel desempeña una misión primordial en el tiempo histórico, así también la ha de desempeñar en los acontecimientos escatológicos. No es posible olvidar que toda la obra de Cristo se reduce a la fundación y predicación de su reino mesiánico; reino universal en el tiempo y en el espacio; reino histórico y escatológico; reino espiritual e interno, pero también temporal y externo. Y en este reino mesiánico el pueblo de Israel, aun en su realidad carnal e histórica, cumple misión de primera importancia. Sólo a Abrahán, en efecto, de cuyos lomos fue sacado este pueblo, se le anuncian por vez primera las grandes promesas que fundan este reino mesiánico. *En ti y en tu descendencia serán benditos todos los pueblos de la tierra.*[1] Y sólo en Abrahán comienza este reino a tener realización efectiva.

Los patriarcas de la Antigua Alianza, de cuya serie es Abrahán el primero, serán así la raíz de este reino mesiánico que ha de perpe-

1 *Gén.* 12, 3 y 22. 18. *Gál.* 3, 8. (N. del E.)

tuarse en toda la historia y luego también en la eternidad. Y con los patriarcas también los profetas y los Apóstoles constituirán las primicias y la raíz del pingüe Olivo que es la Iglesia. (*Rom.* 11, 16-17).

Del pueblo de Israel es la adopción y la gloria, y las alianzas, y la legislación, y el culto y las promesas; suyos son los patriarcas y de quienes según la carne proviene el Cristo, que está por encima de todas las cosas. (*Rom.* 9, 4-5). Israel tiene, en consecuencia, una triple grandeza. La primera, la del nombre, pues: *No te llamarás en adelante Jacob, sino Israel, pues has luchado con Dios y con los hombres y has vencido.* (*Gén.* 32, 28). La segunda, por los grandes beneficios que ha recibido de Dios. La tercera, pues de Israel trae su origen carnal Jesucristo. Por ello, y en Cristo, *la salud viene de los judíos.* (*Juan,* 4, 22).

Pero Israel es grande aun en las ramas que han sido desgajadas de este Olivo para ser injertado el acebuche de la gentilidad, porque también ellas han de cumplir una misión en el plan divino, cual es la de acelerar la evangelización del mundo, y con ello el progreso de la historia.

Pero al fin, cuando hayan entrado las naciones en el reino mesiánico, este pueblo, con su nueva inserción en el Olivo del que fuera en parte desgajado, señala el momento preciso del comienzo de los grandes acontecimientos escatológicos que preparan la parusía del Hijo del Hombre.

Y ya en la consumación misma de la escatología, cuando se celebre el banquete final y eterno de la divina contemplación, convidados del Oriente y del Occidente *vendrán y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.* (*Mt.* 8, 11).

EPILOGO

Las consideraciones precedentes han sido escritas para explicar el *judío*. La raza judía es una raza salvadora en el Cristo. Todas las ponderaciones que se hagan del judío resultarán cortas frente a la grandeza de esta raza que nos trajo a Cristo y a María.

Pero Cristo y María son tan grandes, que su grandeza sobrepuja el valor de todas las razas porque sobrepujan la humana. Cristo y María alcanzan lo divino. Cristo como Unigénito del Padre, Esplendor de la Divina Substancia. La Virgen María, como Madre de Dios. De aquí que el judío, sostén genealógico de grandezas que sobrepujan su propio valor, debía abismarse en su propia pequeñez por las grandezas que sostiene.

Pero, en cambio, parte de Israel fue mordida por el orgullo. Insensatamente creyóse más grande que todos los otros pueblos y razas... y sobre todo más grande que Cristo y que María.

Creyóse superior a todos y levantó alrededor de sí un cerco para no contaminarse con la inferioridad de los otros; y trabajó con astucia para dominarlos. Y lo ha ido consiguiendo. Con la prensa y con el dinero los judíos tienen hoy el control de los pueblos cristianos.

Dentro del régimen de grandeza carnal que su astucia ha levantado con el trabajo de las fuerzas descristianizadas, los judíos son amos, y no hay poder, al parecer, que pueda resistir su poderío oculto.

¿Tendrán, entonces, los pueblos cristianos que verse condenados a una esclavitud oprobiosa y sin redención debajo de la prepotencia judaica? De ninguna manera. Hay que sacudir con energía viril esta dominación mortífera. ¿Cómo? Antes de indicarlo voy a pedir a los lectores que pesen las palabras que han de leer, porque han sido escritas dentro de la precisión lógica más estricta. Y han sido escritas también dentro de los principios cristianos más puros.

Sabido es que el cristianismo se resume en el gran Mandamiento: *Amarás al Señor tu Dios de todo corazón... y al prójimo como a ti mismo.*

Amar significa buscar *el bien* de aquéllos a quienes amamos. El hombre debe, entonces, buscar primero *el bien* de Dios y después *el bien* del hombre. El bien de Dios es que su nombre sea bendecido y glorificado en los hechos por el cumplimiento de su ley. El bien del hombre es que le sean reconocidos todos los derechos que conspiran al logro de su bienestar eterno y temporal.

Si es así, faltaría al mandamiento del Amor aquel padre que no reprimiera a su hijo que viola los derechos de Dios o los derechos de su madre. No cumpliría con la caridad el padre que no castiga, si es necesario, al hijo que no respeta a su madre o que maltrata a sus hermanos. No cumple con la caridad el gobernante que no cuida los intereses de la patria o que no previene y castiga los atropellos de los malos ciudadanos.

Caridad no es *sentimentalismo* que consiente todos los errores y atropellos de los demás. Caridad es procurar eficazmente el bien real (eterno y temporal) de los demás y *odiar en todo momento el mal.*

Esto supuesto, ¿cómo hay que prevenir los propósitos judaicos de dominar a los pueblos cristianos?

De dos maneras simultáneas.

Primero: *Afirmando y consolidando la vida cristiana en los pueblos.*

Como he repetido frecuentemente en el curso de este libro, la dominación judaica marcha a la par de la descristianización de los pueblos. Es una ley teológica comprobada por la historia. Luego, la cristianización verdadera de los pueblos, con un catolicismo interior y profundo de fe y caridad, señalará el declinar de la dominación judaica. Por esto la mejor manera de combatir la dominación judaica es restaurar sólidamente en la vida pública y privada el sentido cristiano.

Segundo: *Reprimiendo directamente las asechanzas judaicas.*

Y aquí observemos que los judíos, como *hijos del diablo,* que les llamaba Jesucristo, tienen métodos también diabólicos para dominar a los pueblos cristianos. Estos métodos se reducen a la mentira.

Vosotros sois hijos del diablo, les decía Jesucristo, *y queréis cumplir los deseos de vuestro Padre. Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de suyo habla porque es mentiroso y padre de la mentira.* (*Juan,* 8, 44).

San Pablo, hablando de Satanás, nos dice que se *transforma en ángel de luz.* (*II Carta a los Corintios,* 11, 14).

La mentira es la gran arma del diablo y de los judíos sus hijos. Por esto el diablo está figurado en la serpiente, y los judíos también adoptan la figura de la serpiente como símbolo cabalístico.

De aquí que el método propio del judaísmo en su lucha contra los pueblos cristianos sean las insidias.

Mata a los pueblos cristianos bajo la apariencia de que los salva. Los esclaviza con el pretexto de la libertad. Los odia con el pretexto de la fraternidad. Los domina con el pretexto de la igualdad. Los tiraniza con el pretexto de la democracia. Los roba con el pretexto del crédito. Los envenena con el pretexto de la ilustración.

Y por otra parte, mintiendo siempre con maravillosa habilidad, inculpa a los verdaderos salvadores de ser los enemigos de los pueblos. Y así Cristo, la Iglesia, el sacerdocio, los gobernantes cristianos, son presentados a los pueblos como viles embaucadores.

La lucha trágica de la guerra civil española es la mejor demostración de ello. El judaísmo, con su cuartel en Moscú, había corrompido las masas españolas y había sobornado a unos viles y cobardes gobernantes. Quería terminar su obra sumiendo a la nación hispana en una ruinosa esclavitud más vil que la de la Rusia soviética. Pero surgen los héroes de la España del Cid y de los Reyes Católicos, resueltos a libertar al pueblo español de esta afrentosa tiranía, y entonces el judaísmo universal difunde por todos los ámbitos del orbe que un puñado de facciosos conspira contra el poder constituído y contra el pueblo español.

¿Qué táctica hay que adoptar contra esta lucha satánica fundada en la mentira?

Hay que adoptar la táctica franca y resuelta de los paladines de la Verdad: la táctica de la espada.

Digamos, ante todo, que es un profundo error mostrarnos a la espada incompatible con el cristianismo.

En la simbólica cristiana el Arcángel San Miguel es presentado empuñando la espada porque *peleaba con el dragón.* (*Apocalipsis,* 12, 7).

El *Génesis* nos dice que después del pecado de nuestros primeros Padres, Dios colocó *delante del Paraíso de delicias un querubín con espada de fuego.* (*Gén.* 3, 24).

Cristo Nuestro Señor dice a sus discípulos la víspera de la pasión: *Pues ahora, el que tiene bolsillo, llévele, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprela... Ellos salieron con decir: Señor, he aquí dos espadas. Pero Jesús les respondió: Basta.*[1]

[1] *Lc.* 22, 36 y 38. (N. del E.)

En la Bula dogmática *Unam Sanctam*, el gran Pontífice de los derechos de la Iglesia, Bonifacio VIII,[1] ha visto en estas dos espadas los dos poderes, el espiritual y el temporal, que deben estar al servicio de la Iglesia. Que en el poder de la Iglesia, dice, *haya dos espadas; es a saber, la espiritual y la temporal, lo sabemos por las palabras del Evangelio... Una y otra en poder de la Iglesia es, a saber, la espada espiritual y la material. Pero ésta debe ser usada en bien de la Iglesia, aquélla por la Iglesia misma. Aquélla del sacerdote, ésta en mano de los reyes y de los soldados, pero al mandato del sacerdote. Es necesario, entonces, que una espada esté debajo de la otra espada y que el poder temporal se someta al poder espiritual...* [2]

Una y otra espada deben flamear en defensa de la Verdad y para restaurar la justicia en contra de las asechanzas solapadas de la iniquidad. Y es propio de todo varón, *vir*, empuñar la espada, cuando fuere menester, para salir a la defensa de los Derechos conculcados de Dios y de la Iglesia.

Las Sagradas Escrituras hacen el elogio (*Libro primero de los Macabeos*, cap. 3) de Judas Macabeo, quien *revistióse cual gigante la coraza, ciñóse sus armas para combatir y protegía con su espada todo el campamento.* [3]

Y en los esplendores de la Edad Cristiana los varones de la Cristiandad, exhortados por los Sumos Pontífices y dirigidos por denodados jefes, peleaban resueltamente contra los enemigos del cristianismo. La época de las *Cruzadas* llena las páginas más gloriosas de la Iglesia. Y la figura de Santa Juana de Arco no es una decoración en las iglesias católicas, sino que es un símbolo y ejemplo que invita a todo cristiano a pelear con denuedo para que la iniquidad no esclavice a los hijos de la Luz.

Estas dos espadas son las únicas que pueden vencer la táctica hipócrita del judío. De aquí el horror del judío y de un mundo judaizado delante de la cruz y de la espada.

La espada es la única arma eficaz, en eficacia a corto plazo, que puede vencer las asechanzas judías. Porque la espada, lo militar, está dentro de lo heroico del hombre, del *vir*, del varón. Está conectado por vínculos metafísicos con los valores espirituales del hombre. Es algo esencialmente opuesto a lo carnal. Si los judíos antes de Cristo fueron héroes capaces de esgrimir la espada como los her-

1 1294-1303. (N. del E.)
2 *Denzinger* 469. (N. del E.)
3 1 *Mac.* 3, 2. (N. del E.)

manos Macabeos, después de Cristo, cuando se carnalizaron, se hicieron cobardes como todos los cristianos idiotizados por el liberalismos y por las lacras democráticas. [1]

Hay dos modos radicalmente opuestos de combatir: el uno carnal, el otro espiritual; el uno del diablo, el otro de Dios; el uno del judío, el otro del cristiano; el uno asecha, el otro arremete con hombría.

El diablo venció a Eva con palabras seductoras, pero la Virgen vence al diablo aplastando su cabeza. El diablo tienta a Cristo con promesas fascinadoras, pero Cristo rechaza al diablo con denuedo de León. Los judíos traman contra Cristo conspiraciones en secreto, pero Cristo en la luz denuncia y desbarata sus pérfidas maquinaciones. Y en el cenit de la grandeza medioeval, mientras los judíos conspiraban en los ghettos, los caballeros y héroes peleaban en la luz contra los enemigos de la Cruz. La Edad Media es mística y guerrera como toda grandeza espiritual. La espada está al servicio de la Cruz.

La caridad cristiana, que nos manda procurar *eficazmente el bien* de Dios, *el bien* de la Iglesia, *el bien* de los pueblos cristianos, nos manda por lo mismo empuñar la espada para defender eficazmente estos bienes cuando no haya otro modo de asegurarlos.

Si no ha llegado todavía, quizá no esté lejos el momento en que, si no queremos ver proscripto el nombre de Dios, incendiados los templos, vilipendiados los sacerdotes, violadas las vírgenes por la chusma desatada, sea necesario ceñirse los lomos y empuñar la espada.

Si por sentimentalismo o por cobardía nos resistimos a pelear con denuedo, tendremos que vivir esclavos de una minoría rabiosa de judíos que después de habernos vilipendiado en lo más sagrado nos sujetará a la tiranía del deshonor.

La caridad misma lo exige. Porque no pueden decir que aman verdaderamente a Dios, a la Iglesia, a su Patria, a sus hijos e hijas, aquéllos que rehusan adoptar aquel medio único que asegure el respeto inviolable de Dios, de la Iglesia, de la Patria, de los hijos e hijas.

Medio único, doloroso pero indispensable, como lo es el uso del bisturí para cortar la gangrena que inficiona.

Si el uso de la espada implica una villanía cuando se usa para exterminar al inocente, en cambio cuando se emplea para restaurar los derechos de la Verdad y de la Justicia importa los honores del heroísmo.

[1] Cuando los judíos, no hace muchos años, defendían valores positivos como su religión o como su suelo, podían dar muestra de valentía. (N. del A.)

Al escribir estas páginas he sentido el dolor de pensar que muchos *verdaderos israelitas* puedan creer que con ellas se quiere reprimir al judío por el hecho de llevar sangre judía. ¡Sin embargo, no es posible imaginarlo!

No solamente no es contra la sangre judía como tal, sino que es en defensa de la verdadera sangre judía. Porque la grandeza de Israel es Cristo y María. La grandeza de Israel es la sangre judía que corre en las venas de Cristo y de María. Y en defensa de esta sangre, es decir, de los principios cristianos, se han escrito estas páginas proscribiendo lo infecto de la sangre farisaica.

Quieran los verdaderos israelitas comprender que sólo podrán conseguir la verdadera grandeza de su sangre, que es la grandeza universal del mundo, cuando también ellos empuñen la espada para limpiar de su seno el fermento farisaico que pervierte, y se adhieran a Aquél que vino a salvar a todo hombre.

APENDICE I

Carta Encíclica del Papa Benedicto XIV [1]

Carta Encíclica del Papa Benedicto XIV [2] al Primado, Arzobispos y Obispos de Polonia, referente a lo que está prohibido a los judíos residentes en las mismas ciudades y distritos que los cristianos [3].

Venerables Hermanos:

Salud y Bendición Apostólica.

Mediante la gran bondad de Dios fueron colocados los cimientos de nuestra Santa Religión Católica por primera vez en Polonia hacia fines del siglo décimo, bajo Nuestro Predecesor León VIII,[4] gracias a la celosa actividad del duque Mieceslas y su cristiana esposa, Dambrowska. Así lo aprendemos de Dlugoss, autor de vuestros Anales (Libro II, página 94). Desde entonces, la nación polaca, siempre piadosa y devota, se ha mantenido inalterable en su fidelidad a la santa religión adoptada por ella, y se ha apartado con aversión

[1] Reproducimos en apéndice el último documento de la Cátedra Romana sobre la cuestión judía, publicado en los albores mismos del mundo moderno propiamente tal, pocos años antes de que los judíos se apoderaran del control de la sociedad cristiana, cosa que, como es sabido, tuvo lugar en la Revolución Francesa. El sabio Pontífice Benedicto XIV hace en ella un examen breve, pero lúcido, de la grandeza y miseria del pueblo judío, resumen que, para su desgracia, debían olvidar los pueblos cristianos. Después, cuando los judíos se convirtieron en amos de los pueblos cristianos y confinaron a la Iglesia en los ghettos, ya no consideraron posible ni conveniente hablar. Los pueblos descristianizados no podían entender con inteligencia sobrenatural este misterio de la historia, que es el pueblo judío. Sin embargo, los pueblos debían soportar este misterio padeciendo las penurias sin cuento que con el capitalismo, el liberalismo, el socialismo, el comunismo y hoy el sionismo, les habría de infligir el pueblo judío. (N. del A.)

[2] 1740-1758. (N. del A.)

[3] *Bullarium Romanum,* Vol. 26, pp. 297-300. La Carta está oficialmente designada como *A quo primum.* Fue enviada en el año 1751. (N. del A.)

[4] 963-964. (N. del E.)

de cualquier clase de secta. Así, aunque las sectas no han ahorrado esfuerzos para encontrar un apoyo en el reino a fin de esparcir en él las semillas de sus errores, herejías y perversas opiniones, los polacos sólo han resistido cada vez más adicta y vigorosamente tales esfuerzos y han dado aún más abundantes muestras de su fidelidad.

Tomemos algunos ejemplos de esta fidelidad. Debemos mencionar, en primer lugar, una que puede considerarse como peculiarmente apropiada para nuestro propósito, y que es en mucho la más importante. Es el espectáculo no sólo de la gloriosa memoria, guardada como reliquia en el sagrado calendario de la Iglesia, de los mártires, confesores, vírgenes, hombres notables por su eminente santidad, que nacieron, se educaron y murieron en el reino de Polonia, sino también de la celebración en el mismo reino de muchos concilios y sínodos que fueron llevados a feliz término. Gracias a la labor de estas asambleas se ganó una resplandeciente y gloriosa victoria sobre los luteranos, que habían probado todas las formas y maneras para obtener una entrada y asegurarse una base en este reino. Está, por ejemplo, el gran Concilio de Petrikau (Piotrkov), que tuvo lugar durante el Pontificado de Nuestro ilustre Predecesor y conciudadano Gregorio XIII [1], bajo la presidencia de Lipomanus, Obispo de Verona y Nuncio Apostólico. En este Concilio, para la gran gloria de Dios, se proscribió y excluyó definitivamente de entre los principios que gobiernan la vida pública del reino el principio de la "Libertad de Conciencia". Luego está el substancial volumen de las Constituciones de los Sínodos de la Provincia de Gnesen. En estas Constituciones se encomendó la escritura de todas las sabias y útiles promulgaciones y provisiones de los Obispos polacos para la completa preservación de la vida católica de sus greyes de la contaminación por la perfidia judía. Éstas se redactaron en vista del hecho de que las condiciones de la época exigían que cristianos y judíos habitaran juntos en las mismas ciudades y poblaciones. Todo esto muestra, sin duda, clara y plenamente, qué gloria (como Nos ya dijimos) ha ganado para sí la nación polaca preservando inviolada e intacta la santa religión que sus antepasados abrazaron hace tantos siglos.

De los muchos puntos que acabamos de hacer mención, no existe ninguno que Nos sintamos que debamos quejarnos, excepto del último. Pero referente a este punto Nos vemos forzados a exclamar sollozantes: "¡Cómo se ennegreció el oro!" (Lamentaciones, *Jer.* 6, 1). Para ser breves: de personas responsables cuyo testimonio me-

[1] 1572-1585. (N. del A.)

rece crédito y que están bien enteradas del estado de los asuntos en Polonia, y de gentes que viven en el reino, que por su celo religioso han hecho llegar sus quejas a Nos y a la Santa Sede, hemos tenido conocimiento de los siguientes hechos. El número de judíos ha aumentado grandemente allí. Así, ciertas localidades, villas y ciudades que estaban antiguamente rodeadas de espléndidas murallas (cuyas ruinas son testimonio del hecho), y que estaban habitadas por un gran número de cristianos, como vemos en las viejas listas y registros todavía existentes, están ahora mal cuidadas y sucias, pobladas por gran número de judíos y casi despojadas de cristianos. Además, hay en el mismo reino un cierto número de parroquias en las cuales la población católica ha disminuido considerablemente. La consecuencia es que la renta procedente de tales parroquias ha mermado tan grandemente, que están en inminente peligro de quedarse sin sacerdotes. Además, todo el comercio de artículos de uso general, tales como licores y aun el vino, están también en las manos de los judíos; se les permite encargarse de la administración de los fondos públicos; se han hecho arrendatarios de posadas y granjas, y han adquirido haciendas de tierras. Por todos estos medios, han adquirido derechos de dueño sobre desgraciados cultivadores del suelo, cristianos, y no sólo usan su poder de una manera inhumana y sin corazón, imponiendo severas y dolorosas labores a los cristianos, obligándolos a llevar cargas excesivas, sino que, en adición, les infligen castigo corporal, tal como golpes y heridas. De aquí que estos infelices están en el mismo estado de sujeción a un judío que los esclavos a la caprichosa autoridad de su amo. Es cierto que, al infligir castigo, los judíos están obligados a recurrir a un funcionario cristiano a quien está confiada esta función. Pero, puesto que este funcionario está obligado a obedecer los mandatos del amo judío, para no verse él mismo privado de su oficio, las tiránicas órdenes del judío deben ser cumplidas.

Hemos dicho que la administración de fondos públicos y el arriendo de posadas, haciendas y granjas han caído en las manos de los judíos, para grande y diversa desventaja de los cristianos. Pero debemos también aludir a otras monstruosas anomalías, y veremos, si las examinamos cuidadosamente, que son capaces de originar aún mayores males y más extensa ruina que las que ya hemos mencionado. Es una cuestión cargada de muy grandes y graves consecuencias que los judíos sean admitidos en las casas de la nobleza con una capacidad doméstica y económica para ocupar el puesto de mayordomo. De este modo, ellos viven en términos de intimidad familiar bajo el mismo techo con cristianos, y les tratan continuamente de una manera despectiva, mostrando abiertamente su desprecio. En ciudades y otros lugares puede verse a los judíos en todas partes

en medio de los cristianos; y lo que es aún más lamentable, los judíos no temen lo más mínimo tener cristianos de ambos sexos en sus casas agregados a su servicio. De nuevo, ya que los judíos se ocupan mucho de asuntos comerciales, amasan enormes sumas de dinero de estas actividades, y proceden sistemáticamente a despojar a los cristianos de sus bienes y posesiones por medio de sus exacciones usurarias. Aunque al mismo tiempo ellos piden prestadas sumas de dinero de los cristianos a un nivel de interés inmoderadamente alto, para el pago de las cuales sus sinagogas sirven de garantía, no obstante sus razones para actuar así son fácilmente visibles. Primero de todo, obtienen dinero de los cristianos que usan en el comercio, haciendo así suficiente provecho para pagar el interés convenido, y al mismo tiempo incrementan su propio poder. En segundo lugar, ganan tantos protectores de sus sinagogas y de sus personas como acreedores tienen.

El famoso monje Radulphus, en tiempos pasados, se sintió transportado por su celo excesivo, y era tan hostil a los judíos, que en el siglo XII atravesó Francia y Alemania predicando contra ellos como enemigos de nuestra santa religión, y acabó incitando a los cristianos a barrerlos completamente. A consecuencia de su celo intemperado gran número de judíos fueron sacrificados. Uno se pregunta qué haría o diría aquel monje si estuviera hoy vivo y viera lo que está ocurriendo en Polonia. El gran San Bernardo se opuso a los desenfrenados excesos del frenesí de Radulphus y, en su carta 363, escribió al clero y pueblo de la Francia Oriental como sigue:

"Los judíos no deben ser perseguidos; no deben ser sacrificados o cazados como animales salvajes. Ved lo que las Escrituras dicen acerca de ellos. Sé lo que está profetizado acerca de los judíos en el Salmo: «El Señor —dice la Iglesia— me ha revelado Su voluntad sobre mis enemigos: No les mates, para que mi pueblo no se vuelva olvidadizo». Ellos son, por cierto, los signos vivientes que nos recuerdan la Pasión del Salvador. Además, han sido dispersados por todo el mundo, para que mientras paguen la culpa de tan gran crimen, puedan ser testigos de nuestra Redención".

Otra vez, en su carta 365, dirigida a Enrique, Arzobispo de Maguncia, escribe:

"¿No triunfa la Iglesia cada día sobre los judíos de manera más noble haciéndoles ver sus errores o convirtiéndolos, que matándolos? No es en vano que la Iglesia Universal ha establecido por todo el mundo la recitación de la plegaria por los judíos obstinadamente incrédulos, para que Dios levante el velo que cubre sus corazones y les lleve de su oscuridad a la luz de la verdad. Pues si Ella no

esperara que aquéllos que no creen puedan creer, parecería simple y sin propósito rogar por ellos".

Pedro, Abad de Cluny, escribió contra Radulphus en forma similar, a Luis, rey de los franceses. Exhortó al rey a no permitiar que los judíos fueran masacrados. Sin embargo, como está registrado en los Anales del Venerable Cardenal Baronius, en el año de Cristo 1146, él al mismo tiempo urgía al rey a tomar severas medidas contra ellos a causa de sus excesos, en particular a despojarlos de los bienes, que habían quitado a los cristianos o amasado por medio de la usura, y a usar tal suma para beneficio y ventaja de la religión.

En cuanto a Nos, en esta cuestión, como en todas las demás, seguimos la línea de conducta adoptada por Nuestros Venerables Predecesores, los Romanos Pontífices. Alejandro III [1] prohibió a los cristianos, bajo severos castigos, entrar al servicio de judíos por cualquier período largo o convertirse en sirvientes domésticos en sus hogares. "No deben —escribió— servir a judíos por remuneración de forma permanente". El mismo Pontífice explica como sigue la razón de esta prohibición: "Nuestros modos de vida y los de los judíos son extremadamente diferentes, y los judíos pervertirán fácilmente las almas de las gentes sencillas a su superstición e incredulidad si tales gentes están viviendo en contínua e íntima conversación con ellos". Esa cita referente a los judíos se encuentra en la Decretal "*Ad haec*". Inocencio III [2], tras haber mencionado que los judíos estaban siendo admitidos por los cristianos en sus ciudades, advirtió a los cristianos que el modo y las condiciones de admisión debían de ser tales que evitaran que los judíos pagasen mal por bien: "Cuando son admitidos así por piedad en relaciones familiares con los cristianos, ellos compensan a sus benefactores, como dice el proverbio, como la rata escondida en el saco, o la serpiente en el pecho, o el tizón ardiente en el regazo de uno". El mismo Pontífice [3] dice que es adecuado que los judíos sirvan a los cristianos, pero no que los cristianos sirvan a los judíos, y añade: "Los hijos de la mujer libre no deben servir a los hijos de la mujer esclava. Por el contrario, los judíos, como servidores rechazados por aquel Salvador cuya muerte ellos maliciosamente prepararon, deberían reconocerse a sí mismos, de hecho y de derecho, servidores de aquéllos a quienes la muerte de Cristo ha liberado, de igual modo que a ellos les ha hecho esclavos". Estas palabras pueden leerse en la Decretal "*Etsi Judaeos*". De idéntica manera en otra Decretal, "*Cum sit nimis*", bajo el mismo encabezamiento, "*De Judaeis et Saracenis*", prohibe

[1] 1159-1181. (N. del A.)
[2] 1198-1216. (N. del A.)
[3] Ver págs. 51-52. (N. del E.)

la concesión de cargos públicos a los judíos: "Prohibimos dar nombramientos públicos a los judíos, porque ellos se aprovechan de las oportunidades que de este modo se les presentan para mostrarse amargamente hostiles a los cristianos". A su vez, Inocencio IV [1] escribió a San Luis, rey de los franceses, que estaba pensando en expulsar a los judíos de sus dominios, aprobando el designio del Rey, puesto que los judíos no observaban las condiciones que les había impuesto la Sede Apostólica: "Nos, que anhelamos con todo Nuestro corazón la salvación de las almas, os concedemos plena autoridad por las presentes cartas para desterrar a los judíos arriba mencionados, sea por vuestra propia persona o por la mediación de otras, especialmente porque, según Nos hemos sido informados, ellos no observan las regulaciones redactadas para ellos por esta Santa Sede". Este texto puede encontrarse en *Raynaldus*, bajo el año de Cristo 1253, número 34.

Así, pues, si alguno preguntare qué está prohibido por la Sede Apostólica a los judíos que habitan en las mismas poblaciones que los cristianos, Nos responderemos que les está prohibido hacer precisamente las mismas cosas que se les permiten en el reino de Polonia, o sea todas las cosas que arriba hemos enumerado. Para convencerse de la verdad de esta afirmación no es necesario consultar un número de libros. Sólo es preciso repasar la Sección de las Decretales *"De Judaeis et Saracenis"* y leer las Constituciones de los Romanos Pontífices, Nuestros Predecesores, Nicolás IV [2], Pablo IV [3], San Pío V [4], Gregorio XIII [5] y Clemente VIII [6], que no son difíciles de obtener, ya que se encuentran en el *Bullarium Romanum*. Vosotros, sin embargo, Venerables Hermanos, no es preciso que leáis tanto para ver claramente cómo están las cosas. Sólo tenéis que ver los Estatutos y Regulaciones dictadas en los Sínodos de vuestros predecesores, ya que ellos han sido sumamente cuidadosos en incluir en sus Constituciones todo lo que los Romanos Pontífices han ordenado y decretado referente a esta cuestión.

El meollo de la dificultad, no obstante, estriba en el hecho de que los Decretos Sinodales o bien se han olvidado o bien no se han llevado a efecto. Es de vuestra incumbencia, por lo tanto, Venerables Hermanos, restaurarlos a su prístino vigor. El carácter de vuestro sagrado oficio requiere que luchéis celosamente para hacerlos

[1] 1243-1254. (N. del A.)
[2] 1288-1292. (N. del A.)
[3] 1555-1559. (N. del A.)
[4] 1566-1572. (N. del A.) Ver págs. 50-51. (N. del E.)
[5] 1572-1585. (N. del A.)
[6] 1592-1605. (N. del A.)

imponer. Es idóneo y adecuado, en este asunto, empezar por el clero, viendo que es su deber señalar a los otros cómo actuar rectamente e iluminar a todos los hombres con su ejemplo. Somos felices en la confianza de que por la gracia de Dios el buen ejemplo del clero traerá de nuevo al laicado descarriado al buen camino. Todo esto vosotros podéis mandarlo y ordenarlo con mayor facilidad y seguridad porque, según se Nos ha dicho, en los informes de hombres honorables y merecedores de toda confianza, no habéis arrendado vuestros bienes o vuestros derechos a los judíos y habéis evitado todo trato con ellos en lo concerniente a prestar o pedir prestado. De este modo estáis, así se Nos ha hecho entender, completamente libres y desembarazados de todo trato de negocios con ellos.

El sistemático modo de proceder prescrito por los sagrados cánones para exigir obediencia de los refractarios, en cuestiones de gran importancia como la presente, siempre ha incluído el uso de censuras y la recomendación de añadir al número de casos reservados los que se prevé serían causa próxima de peligro o riesgo para la religión. Sabéis muy bien que el Santo Concilio de Trento hizo todas las previsiones para reforzar vuestra autoridad, especialmente reconociendo vuestro derecho a reservar casos. El Concilio no sólo se abstuvo de limitar vuestro derecho exclusivamente a la reserva de los crímenes públicos, sino que fue mucho más allá y lo extendió a la reserva de actos descritos como más serios y detestables, en tanto que dichos actos no fueran puramente internos. En diversas ocasiones, en varios decretos y cartas circulares, las Congregaciones de Nuestra Augusta Capital han establecido y decidido que bajo el título de "más serios y detestables delitos" hay que incluir aquéllos a los cuales la humanidad está más inclinada, y que son perjudiciales a la disciplina eclesiástica o a la salvación de las almas confiada al cuidado pastoral de los Obispos. Nos hemos tratado este punto con alguna extensión en Nuestro *Tratado del Sínodo Diocesano*, Libro V, Capítulo V.

Nos permitimos aseguraros que toda ayuda que podamos daros estará a vuestra disposición para asegurar el éxito en esta cuestión. Además, para hacer frente a las dificultades que inevitablemente se presentarán, si tenéis que proceder contra eclesiásticos exentos de vuestra jurisdicción, daremos a Nuestro Venerable Hermano, el Arzobispo de Nicea, Nuestro Nuncio en vuestro país, instrucciones apropiadas a este respecto, de modo que podáis obtener de él las facultades requeridas para tratar los casos que pudieran presentarse. Al mismo tiempo, solemnemente os aseguramos que, cuando se ofrezca una oportunidad favorable, Nos trataremos de este asunto con todo el celo y energía que podamos reunir, con aquéllos por

cuyo poder y autoridad el noble reino de Polonia puede ser limpiado de esta sucia mancha. Antes que nada, Venerables Hermanos, suplicad con todo el fervor de vuestra alma la ayuda de Dios, que es el Autor de todo bien. Implorad Su ayuda también, con seria plegaria, para Nos y para esta Sede Apostólica. Abrazándoos con toda la plenitud de la caridad, Nos muy amorosamente impartimos, tanto a vosotros como a las greyes encomendadas a vuestro cuidado, la Bendición Apostólica.

Dada en Castel Gandolpho a 14 de junio de 1751, en el 11o. año de Nuestro Pontificado.

APENDICE II
Santo Tomás de Aquino
De Regimine Judaeorum (El Gobierno de los Judíos) [1]

I. Fray TOMAS DE AQUINO, de la Orden de Predicadores, saluda a tan ilustre señora. He recibido las letras de Vuestra Excelencia, gracias a las cuales comprendí plenamente no sólo vuestra piadosa solicitud por el gobierno de vuestros súbditos, sino también vuestra devota dilección hacia los miembros de nuestra Orden, y agradezco a Dios que haya inspirado en vuestro corazón las semillas de tan grandes virtudes. En dicha carta requeríais, sin embargo, de mí, que respondiera a algunas cuestiones, lo cual ciertamente me resultó difícil, en parte por las ocupaciones que mi deber de enseñar me exige, en parte porque me hubiera agradado que sobre las mismas requirierais el consejo de otros más peritos en tales temas. Sin embargo, considerando indecoroso el ser culpado de ingrato a vuestra consideración o de negligente ante vuestra solicitud, he procurado responder a las cuestiones que me enviasteis, sin perjuicio de una mejor opinión.

II. Vuestra Excelencia me preguntaba, en primer lugar, si os es lícito, por algún tiempo y hasta qué punto, exigir impuestos de los judíos.

[1] Este opúsculo es la respuesta de Santo Tomás a unas preguntas que le formuló la duquesa de Brabante.
ALIX, o ALEYDA, gobernó el ducado de Brabante después de la muerte de su esposo, ENRIQUE III, de 1261 a 1267. Es probable que haya enviado su misiva al Santo al comienzo de su reinado, o sea, en el año 1261 o un poco después. (cfr. H. PIRENNE: *La duchesse Aleyde de Brabant et le De regimine Judaeorum de S. Thomas,* Rev. Néo-Scol., 1928, pp. 193-205).
Sobre el título debe aclararse que todas las ediciones e incluso el catálogo del proceso de canonización lo registran como *De regimine Judaeorum (Sobre el gobierno de los judíos),* a pesar de que sólo algunos puntos del mismo se refieren a los judíos. Por tal razón, algunos códices lo intitulan *De regimine subditorum (Sobre el gobierno de los súbditos). Traducción del texto latino de "Opuscula omnia necnon opera minora",* edic. Lethielleux, 1949, pp. 213-219 [Trad. G.D.C.]

A esta cuestión, así propuesta de un modo absoluto, puede responderse que, aunque el derecho afirme que los judíos, en razón de su culpa, son esclavos a perpetuidad, pudiendo por lo tanto los soberanos expropiarles sus bienes raíces, sin embargo, debe guardarse la debida mesura para que no carezcan en modo alguno de los recursos necesarios para la vida, porque debemos, en fin de cuentas, proceder honestamente incluso con aquéllos que se encuentran afuera, para que no sea blasfemado el nombre de Dios; y así el Apóstol exhorte a los fieles para que con su ejemplo no sean "tropiezo ni a los judíos, ni a los gentiles, ni a la Iglesia de Dios" (1 *Cor.* 10, 32) –lo cual debería observarse para que, como determina el derecho, no se los coaccione a impuestos que no tenían por costumbre pagar en el pasado, puesto que las cosas insólitas suelen perturbar el ánimo de los hombres más de lo acostumbrado. Por lo tanto, según esta sentencia así mitigada, podéis exigir impuestos a los judíos, conforme a la costumbre de vuestros predecesores, siempre que no obste nada en contrario.

III. Según pude apreciar por vuestras preguntas subsiguientes, vuestra mayor duda consistiría en el hecho de que los judíos de vuestro país no tendrían nada más que lo que han obtenido mediante la depravación de la usura; por lo cual inquirís, en consecuencia, si no es lícito cobrarles algo, puesto que lo que han saqueado debe restituirse.

A lo cual creo debe responderse que así como los judíos no pueden retener lícitamente lo usurariamente arrebatado a los demás, igualmente no podríais Vos conservar lícitamente tales bienes, en caso de recibirlos de los mismos, a no ser que por casualidad fuesen de igual magnitud a los que ellos hubiesen saqueado hasta ese momento, a Vos o a vuestros antecesores. Pero en caso de habérselos arrebatado a otros, debéis restituir lo que ellos saquearon, a aquéllos a quienes estaban obligados a restituir; por lo tanto, si aparecen algunas personas, víctimas de sus usuras, éstas les deben ser restituidas; de lo contrario, deben gastarse en fines píos, según el consejo del obispo diocesano o de otros hombres probos, y hasta incluso usarlos para el bien común o para la utilidad de un lugar santo, y, ante una necesidad inminente, para los pobres. Tampoco sería ilícito si exigieseis nuevamente de los judíos tales (restituciones) –guardando la costumbre de vuestros predecesores– a fin de gastarlas en fines píos.

IV. Preguntábais en segundo lugar, cuando un judío hubiese pecado, si debe castigárselo con una pena pecuniaria, en caso de no poseer otra cosa que el fruto de sus usuras.

A esta cuestión se debería responder, conforme a lo anteriormente dicho, que conviene que sea castigado con una pena pecuniaria, para que no obtenga ningún provecho de su iniquidad. Creo, igualmente, que el judío o cualquier otro usurero debería ser castigado con una pena pecuniaria mayor que cualquier otro en un caso similar, en cuanto ya se sabe que tienen menor derecho al dinero que se les quita. Igualmente, puede agregársele otra pena además de la pena pecuniaria, para que no parezca que basta como castigo el despojarlo del dinero que debe a otros. Pues el dinero quitado a los usureros en cumplimiento de la pena no puede ser retenido, sino que debe gastarse en los usos anteriormente explicados, en caso de no poseer nada más que el fruto de sus usuras.

Si se afirmase que tal proceder perjudica a los príncipes de los estados, éstos deben culparse a sí mismos por ese daño, puesto que es hijo de su negligencia. Sería mejor que obligaran a los judíos a trabajar, para que se ganen su propio sustento, –como sucede en algunas comarcas italianas– en lugar de dejarlos vivir ociosos, enriqueciéndose únicamente con la usura, y defraudando así a sus señores en las rentas; pues de ese modo los príncipes serían defraudados, por su culpa, en sus propios réditos, si permitiesen a sus súbditos lucrar únicamente por medio de latrocinios o hurtos, ya que estarían obligados a restituir todo lo que recaudaran de los mismos.

V. La tercera pregunta versaba sobre si era lícita aceptar el dinero u otro don que ofreciesen espontáneamente.

A esto respondo que, en mi opinión, es lícito aceptarlo y conviene que el dinero así recibido sea devuelto a quienes se les substrajo o que sea gastado de otro modo, como se dijo anteriormente, si no poseen nada más que el fruto de sus usuras.

VI. En cuarto lugar preguntais, si recibiereis del judío más de lo que le reclaman los cristianos, qué debe hacerse con el excedente.

La respuesta surge de lo ya explicado. Pues de dos modos puede suceder que los cristianos no reclamen del judío la parte excedente: por un lado, porque el judío quizás poseía algunas cosas más, además de su ganancia usuraria, y en tal caso os es lícito retenerlas, guardando sin embargo la debida mesura anteriormente explicada; lo mismo creo debe afirmarse en el caso de que las víctimas de sus usuras luego se las donasen voluntariamente, aunque los judíos se manifestasen dispuestos a restituir la usura. Por otro lado, puede suceder que aquéllos a quienes explotaron hayan desaparecido, o por haber fallecido o por vivir en otros países; en este caso, ellos mismos están obligados a restituir. Pero si no apareciese nadie a

quien deban restituir, debería procederse conforme a la manera anteriormente explicada.

Lo dicho de los judíos debe entenderse igualmente de los cahorsinos,[1] o de otros cualesquiera entregados a la depravación de la usura.

VII. Preguntábais en quinto lugar, si os era lícito vender los cargos a vuestros oficiales y servidores o aceptarles un préstamo de cien libras, hasta tanto tomasen posesión de sus cargos correspondientes.

Creo que esta pregunta contiene dos dificultades, tratando la primera sobre la venta de los cargos. Sobre esto debe tenerse en cuenta que el Apóstol afirma que "muchas cosas son lícitas, que no son convenientes" (1 *Cor.* 6, 12). Mientras no entreguéis a vuestros oficiales y servidores nada más que la potestad de un cargo temporal, no veo por qué no os sería lícito vender tales cargos, siempre que los vendáis a aquéllos de quienes puede presumirse que los ocuparán honestamente, y que no se vendan a tan alto precio, que vuestros súbditos sólo puedan readquirirlos con grandes apreturas. Sin embargo, no creo de ninguna manera conveniente esta venta. En primer lugar, por cierto, porque sucede frecuentemente que aquéllos que serían los más idóneos para ocupar tales cargos, son pobres, estando de ese modo imposibilitados de comprarlos; y en caso de ser ricos, los que son mejores no andan solicitando tales cargos ni codician las riquezas que brindan los mismos. De aquí se sigue en consecuencia que, por lo general, reciben tales cargos en vuestro país aquéllos que son los peores, ambiciosos y adoradores del dinero; los cuales es probable que opriman a sus mismos súbditos y que no busquen tan fielmente vuestro beneficio. Creo, por lo tanto, más conveniente que elijáis a hombres probos e idóneos para los cargos, obligándolos incluso a su pesar —si fuese necesario— a ocuparlos; porque gracias a su bondad y diligencia obtendréis más Vos y vuestros súbditos, que lo que pudierais adquirir con la mencionada venta de los cargos. Tal consejo dio a Moisés un pariente: "Escoge de todo el pueblo hombres sabios y temerosos de Dios, amantes de la verdad y enemigos de la avaricia; y de ellos establece jefes de mil personas, de cien, de cincuenta y de diez, los cuales sean jueces del pueblo en todo tiempo" (*Éxodo,* 18, 21-22).

[1] "Mercaderes italianos, famosos —sobre todo en Francia— debido a sus usurarios intereses... (toman su nombre) de CAHORS, célebre ciudad de Occitania (departamento Lot, Francia), en donde tenían sus negocios... (o) de la familia florentina Caorsina o Corsina, que, junto a otras familias de la misma ciudad y de las provincias vecinas, se dedicó al comercio en casi toda Europa" (DU CANGE).

VIII. La segunda duda sobre este tema se refería al préstamo. En lo cual creo debe afirmarse que si de ese modo otorgan un préstamo para recibir el cargo, se trata sin ninguna duda de un convenio usurario, ya que, a cambio del préstamo reciben la potestad del cargo; por lo cual les dais en esto ocasión de pecado y ellos mismos están también obligados a renunciar al cargo adquirido de tal modo. Por el contrario, si hubieseis entregado gratuitamente los cargos y luego recibierais de ellos un préstamo, compatible con su cargo, esta operación no entrañaría ningún pecado.

IX. Preguntábais en sexto lugar, si os era lícito recaudar tributos, incluso pasajeros, de vuestros súbditos cristianos. En lo cual debéis tener en cuenta que los príncipes de las naciones no han sido instituidos por Dios, ciertamente, para buscar su propia opulencia, sino para que procuren el bien común del pueblo.

Así se reprende en Ezequiel a algunos príncipes: "Sus príncipes están en medio de ella, como lobos que arrebatan la presa, para derramar sangre y perder las almas, persiguiendo las ganancias de la avaricia" (*Ezeq.* 22, 27). Y en otra parte se dice por el mismo profeta: "¡Ay de los pastores de Israel que se apacentaban a sí mismos! ¿Acaso no son los rebaños los que deben ser apacentados por los pastores? Vosotros os alimentábais de su leche, y os vestíais de su lana, y matábais las reses más gordas; pero no apacentábais mi grey" (*Ezeq.* 34, 2-3). Con tal motivo han sido instituidas las rentas de las naciones para los príncipes, para que viviendo de ellas se abstengan de expoliar a sus súbditos. Por lo cual, en el mismo Profeta se dice, por orden de Dios: "El príncipe tendrá una posesión en Israel, y los príncipes no saquearán ya más en lo venidero a mi pueblo" (*Ezeq.* 45, 8).

X. A veces sucede, sin embargo, que los príncipes carecen de suficientes rentas para custodiar su territorio y para otros gastos razonables que los urgen. En tal caso, es justo que los súbditos señalen de dónde puede echarse mano para procurar el bien común. De allí que en algunas naciones, en virtud de una antigua costumbre, los señores imponen a sus súbditos determinadas contribuciones que, si no son excesivas, pueden ser exigidas sin pecado, ya que —conforme al Apóstol— nadie milita a sus propias expensas (1 *Cor.* 9, 7). El príncipe, por lo tanto, que milita en pro del bien común debe vivir también de lo común, subviniendo a los negocios de la comunidad o por las rentas fijas o, si éstas llegasen a faltar o no fuesen suficientes, por lo que se recaude de los particulares. Una razón similar debe esgrimirse si surge una nueva circunstancia en la que sea necesario efectuar muchos gastos en pro del bien común o para conservar la honrada posición del príncipe y para lo cual no bastasen las rentas propiamente dichas o recau-

daciones sólitas, como ser, por ejemplo, ante la invasión del país por un enemigo o un caso similar. Por lo tanto, además de las recaudaciones habituales, los príncipes pueden exigir lícitamente a sus súbditos otras, en pro del bien común. Pero lo que les está absolutamente vedado es si quisieran exigir más allá de lo que tienen fijado; por la sola voluptuosidad de poseer o en razón de sus gastos desordenados e inmoderados. Por eso Juan el Bautista dijo a los soldados que fueron a su encuentro: "No hagáis extorsiones a nadie, ni calumniéis, sino contentaos con vuestras pagas" (*Lc.* 3, 14). Las rentas de los príncipes son, pues, como su paga, con la cual deben contentarse, no exigiendo más, a no ser por la razón antedicha, en pro del bien común.

XI. En séptimo lugar preguntábais, en caso de que vuestros funcionarios hubiesen saqueado a los súbditos injustamente alguna cosa, qué deberíais hacer al respecto, si llegara o no a vuestras manos.

La respuesta es clara, porque si llega a vuestras manos, debéis restituirla, si podéis, incluso, a los mismos damnificados, o gastarla en fines piadosos o en pro del bien común si no pudierais encontrar las personas afectadas. Pero en caso de que no llegase a vuestras manos, debéis obligar a vuestros funcionarios a restituir lo saqueado, aunque no conociérais las personas que fueron víctimas de su pillaje, para que aquéllos no obtengan beneficios de su injusticia; e incluso debéis castigarlos por esto más gravemente, para que el resto se abstenga en lo futuro de tales fechorías, porque como dice Salomón, "una vez azotado el pestilente, el necio se hará más cuerdo" (*Prov.* 19, 25).

XII. Preguntais, por último, si es bueno que los judíos de vuestro estado sean obligados a llevar una señal que los distinga de los cristianos.

La respuesta es clara, porque conforme a lo estatuido en el Concilio general,[1] los judíos de ambos sexos en todo país cristiano y en todo tiempo deben distinguirse de alguna manera en la indumentaria, de los demás pueblos. Esto también les está mandado en su ley, a saber, que se coloquen fimbrias en los extremos de sus mantos, por las que se puedan distinguir de los demás.

Esto es lo que, presentemente, puedo responder a vuestras preguntas, oh ilustre y piadosa señora, no imponiéndoos tanto mi pensamiento, sino antes bien aconsejándoos otorgar mayor valor a la opinión de los entendidos. Que vuestro Gobierno se extienda por muchos años.

[1] Concilio Lateranense IV (1215 D.C.), cap. 68. "Que los judíos se distingan de los cristianos en la indumentaria: en algunos..." (Mansi, Ampl. coll. conc. t. 22, 1055; Richter-Friedberg, Corp. Iuris Canon., t. II, 1. V, t. VI, c. XV).

Se terminó de imprimir el 29 de septiembre de 1982, festividad de SAN MIGUEL ARCÁNGEL, Angel de la alabanza y del incienso, Príncipe de las milicias celestiales, Guerrero de Dios frente a las huestes del Maligno, Restaurador de la Victoria divina, Patrono de la Iglesia Militante. Custodio y guía de todos los valientes dispuestos al Combate contra las acechanzas de Satán y "los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas", en los Talleres Gráficos Talgraf, Talcahuano 638, Planta Baja "H", Buenos Aires.

OBRAS DEL AUTOR

CONCEPCIÓN CATÓLICA DE LA ECONOMÍA. *Cursos de Cultura Católica, 1936.* Agotado.

ENTRE LA IGLESIA Y EL REICH. *Adsum, 1937.* Agotado.

UN JUICIO CATÓLICO SOBRE LOS PROBLEMAS NUEVOS DE LA POLÍTICA. *Gladium, 1937.* Agotado.

LOS TRES PUEBLOS BÍBLICOS EN SU LUCHA POR LA DOMINACIÓN DEL MUNDO. Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, vol. III, *Ediciones Dictio, 2ª edición, 1974.*

QUÉ SALDRÁ DE LA ESPAÑA QUE SANGRA. *J. A. C., 1937.* Agotado.

HACIA LA CRISTIANDAD. *Adsum, 1940.* Agotado.

DE LAMENNAIS A MARITAIN. *Ediciones Theoria, 1967.*

CORRESPONDANCE AVEC LE R. P. GARRIGOU-LAGRANGE À PROPOS DE LAMENNAIS ET MARITAIN. *Nuestro Tiempo, 1947.* Agotado.

CRÍTICA DE LA CONCEPCIÓN DE MARITAIN SOBRE LA PERSONA HUMANA. *Nuestro Tiempo, 1948.* Agotado.

RESPUESTA A DOS CARTAS DE MARITAIN AL R. P. GARRIGOU-LAGRANGE, O. P. Con el texto de las mismas. *Nuestro Tiempo, 1948.* Agotado.

CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE LA ECONOMÍA. *Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2ª edición, 1973.*

POLÍTICA ARGENTINA (1949-1956). *Editorial Trafac, 1957.*

LA COSMOVISIÓN DE TEILHARD DE CHARDIN. *Editorial Cruzada, 1960.* Agotado.

CONCEPCIÓN CATÓLICA DE LA POLÍTICA. Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, vol. III, *Ediciones Dictio, 4ª edición, 1974.*

TEILHARD DE CHARDIN O LA RELIGIÓN DE LA EVOLUCIÓN. *Ediciones Theoria, 1965.*

LA IGLESIA Y EL MUNDO MODERNO. *Ediciones Theoria, 1967.*

DE LA CÁBALA AL PROGRESISMO. *Editora Calchaquí,* Salta, *1970.*

EL PODER DESTRUCTIVO DE LA DIALÉCTICA COMUNISTA. *Cruz y Fierro Editores, 2ª edición, 1973.*

EL COMUNISMO EN LA ARGENTINA. Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, vol. III, *Ediciones Dictio, 2ª edición recopilada, 1974.*

EL COMUNISMO EN LA REVOLUCIÓN ANTICRISTIANA. ***Cruz y Fierro Editores, 4ª edición, 1982.***

EL JUD'O EN EL MISTERIO DE LA HISTORIA. ***Cruz y Fierro Editores, 6ª edición, 1982.***